

«El acontecimiento será nuestro maestro interior». Emmanuel Mounier (1905-1950)

Revista de pensamiento personalista y comunitario Órgano de expresión del Instituto E. Mounier

AÑO XXV NÚMERO 91 2009/2 www.mounier.org

EDITORIAL

25 Aniversario del Instituto Emmanuel Mounier (1984-2009)

Corría el año 1984, el año emblemático de la novela de Orwell, cuya utopía negativa presenta un mundo en guerra perpetua, en la que el último hombre que ama la libertad y la verdad dimite de sí mismo, persuadido por un funcionario del Estado de Oceanía de la inutilidad y per-

versidad de la lucha contra un sistema definitivo que suponía el cierre fáctico de la historia. En ese año, España se disponía a liquidar todas las esperanzas que transición democrática no había apagado. El Partido Socialista recién llegado al poder, pronto acabaría con cualquier sueño de socialismo por moderado

que fuera y, pese a tres millones de desempleados, proclamaría con orgullo que España era el país donde era más fácil enriquecerse en poco tiempo. De la denuncia de la política de Bloques, se pasaría al atlantista y dos años más tarde decidía la entrada en la OTAN, casi al mismo tiempo que se

Continúa en la página siguiente

SECCIONES

01 Editorial

■ POLÍTICA Y ECONOMÍA

03 La persona, la vida «a saltos», aborto, nazismo y cacería,

por Teófilo González Vila

07 El nacionalismo irracional,

por Miguel Ángel Castaño

11 Resistencia y sumisión desde comunión,

por Antonio Puértolas

12 Zapatero contra la memoria histórica de las colectividades,

por José Manuel Linares

■ CULTURA

14 Europa y lo comunitario,

por José Luis González Ribera

■ RELIGIÓN

16 A favor de una Iglesia más creíble,

por Luis Alberto Henríquez Lorenzo

■ TESTIMONIO

18 José Luis Rubio, un Gigante del Espíritu,

por Antonio Colomer Viadel

■ NECROLÓGICA

20 Antonio Andrés

22 Rincón bibliográfico

ANÁLISIS

Resistencia y sumisión



26 PRESENTACIÓN

27 Fenomenología de la insumisión personalista comunitaria

Carlos Díaz

31 Instituto Emmanuel Mounier: una experiencia de resistencia

Julia Pérez Ramírez

33 Dietrich Bonhoeffer (1906-1945)

Carmen Herrando

35 La resistencia y la mansedumbre de Roviro

Eugenio Alberto Rodríguez Martín

37 Resistencia y sumisión en Miguel de Unamuno

Antonio Calvo

39 Gandhi, un resistente

Esperanza Díaz

41 Desde nuestro pasado: ZYX

Luis Capilla

43 Optimismo educativo

Félix García Moriyón

45 La escuela rural de los 70/80. Nuestra escuela

Ysabel y Luis Blanco

47 Educación para la ciudadanía: la batalla de la moral

Fernando López Luengos

50 ¿Han traicionado los intelectuales su propia misión?

José M.ª Vegas

53 Un mundo sin acontecimientos

Rafael Cid

57 El individuo y el nacionalismo

José Ramón Recuerdo

60 Grandeza y miseria en la política: resistencia o sumisión

Juan Manuel Cabrera

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: Luis Ferreiro
Secretario: Fernando Soler
(fsoler@us.es)

Luis Capilla
Carlos Díaz
José Antonio Fernández
Teófilo González Vila
Carmen Herrando
José M. Linares Poveda
Julia Pérez Ramírez

PRÓXIMOS NÚMEROS:

- N.º 92: *El valor de la vida*
- N.º 93: *Crisis económica, crisis de civilización*

EDITA: Instituto Emmanuel Mounier
c/ Melilla, 10 - 8º D ■ 28005 Madrid
Tel./Fax: 91 473 16 97
<http://www.mounier.org>
Periodicidad: trimestral.
ISSN: 1698-5486
Depósito legal: M-3.949-1986.

DISEÑO Y PRODUCCIÓN: La Factoría de Ediciones,
SERVICIOS EDITORIALES, tel.: 91 521 32 20
Impresión: Color 2002, S.L. (Getafe)

Por estos 25 años de amistad, por todo lo vivido en ellos, nos alegra poder invitaros a compartir un tiempo de celebración en la próxima Asamblea (19 y 20 de septiembre), que culminará con la inauguración del local del Instituto E. Mounier.

Población	C.P.
-----------	------

La persona, la vida «a saltos», aborto, nazismo y cacería¹

Teófilo González Vila

Miembro del Instituto E. Mounier

¿Cuánto vale usted como persona?

En este momento millones de personas son utilizadas por otras como meros instrumentos, sometidas a las más variadas formas de esclavitud, convertidas en material de experimentación o de «repuestos» (en cualquier fase de su existencia, desde la prenatal hasta la terminal) y sacrificadas en aras del «bienestar» de otras. A estos seres humanos, absolutamente indefensos y desprotegidos, cuya existencia queda a disposición de los poderosos, se empieza por negarles la condición misma de personas. Así lo han hecho siempre y lo hacen hoy los que se disponen a usar y abusar de ellos como de cosas y encima quieren acallar remordimientos de conciencia. Ésta es la ley del más fuerte —la de la selva— y se aplica hoy en los más civilizados países, en los más sofisticados laboratorios, en los más asépticos quirófanos. No se ofenda si le pregunto: ¿A usted qué le parece esto? ¿usted cree que hay personas que valen más que otras y que éstas pueden disponer de las que valen menos o simplemente eliminarlas si les estorban...? A esta pregunta hay muchos que responden de modo explícito, descaradamente, que sí; y lo mismo responden muchísimos otros con su conducta, con su silencio ante la violación de la dignidad de la persona en este y en aquel caso. ¿Hay personas de distinto valor como personas? Piense en serio cuál es su respuesta. Y para ser plenamente sincero consigo mismo pregúntese por su postura ante la eliminación de seres humanos embrionarios utilizados como material de experimentación, de se-



lección. ¿Le parecería bien que se utilizara a un ser humano, una persona, hasta eliminarlo, hasta matarlo, si es preciso, para curarle a usted o a un hijo suyo? ¿O sólo le parecería eso bien o se atrevería a decirlo si se tratara de un ser humano pequeñín al que la ley no presta protección alguna y con el que nadie parece mantener vínculo afectivo alguno?

Desde el momento en que alguien acepta que unas personas valen más y otras menos, tendrá que decirnos cuáles son los rasgos, las características que determinan lo que cada persona vale como persona: ¿el tamaño? ¿la edad? ¿la fuerza física? ¿la belleza? ¿la lucidez mental? ¿la pertenencia a un determinado grupo étnico, lingüístico, religioso, económico...? ¿Y pasará a valer menos o dejará sin más de ser persona —p. e., usted mismo— el día que pierda esas cualidades? Le doy otra oportunidad. Dígase a sí mismo si está o no de acuerdo con las siguientes afirmaciones. *Toda persona lo es desde el momento en que*

fue concebida y es desde ese momento un valor absoluto, esto es, con independencia de cuáles sean las condiciones de su existencia en cada momento a lo largo de toda su vida. Todas las personas, en cuanto personas, gozan de igual dignidad y son merecedoras de igual consideración y respeto. Estar o no estar de acuerdo con las anteriores afirmaciones supone situarse a uno u otro lado de la más profunda divisoria ética, antropológica, metafísica: la que separa a quienes afirman o niegan la realidad. Y la realidad destruye a quien la niega.

¿Está usted de acuerdo en que debemos no matarnos los unos a los otros? ¿O eso es cuestión de religión?

Todo esto de la dignidad humana —dicen, preguntan algunos— ¿no es una cuestión religiosa? Verá usted: sin duda quien cree que cada persona es imagen y semejanza de Dios, alguien a quien Dios ha creado y rescatado con

1. Artículo publicado en *Análisis Digital*, 15/4/2009.

la sangre de su Hijo, alguien a quien Dios la quiere desde y para la eternidad, tiene en esa fe el más sólido fundamento y la más intensa luz para percibir el valor absoluto de cada persona. Pero ese valor absoluto es también objeto de intuición ética para muchos que no creen ni sabrían esbozar una fundamentación filosófica de la dignidad absoluta de la persona. Afortunadamente es así. Y en esto de la dignidad absoluta de cada persona tocamos fondo, el fondo de la posibilidad misma de la existencia, que es convivencia, humana. Vamos a ver. Supongamos que usted no cree en Dios ni acepta que haya ley natural ni exigencia moral objetiva alguna. Aun así, en este caso, la exigencia de respeto absoluto a toda persona humana se impone en cuanto condición de posibilidad de pervivencia de una comunidad humana. Hay cosas que se debe no hacer no ya porque sean moralmente malas, sino porque, con independencia de que lo sean o no (para usted, suponemos ahora, eso de la moral no tiene sentido), si se hacen, se hunde y le aplasta —sí a usted también— el edificio entero de la convivencia humana. Una de esas cosas que se debe no hacer en absoluto es establecer que en determinados supuestos determinadas personas tienen, sin más, derecho a eliminar a otras ¿No cree usted que una condición de posibilidad de la existencia misma de una comunidad humana y de su concreta existencia sin más, la de cada uno de sus componentes, es precisamente la de *que no nos matemos los unos a los otros*? Dicho de otro modo, es no ya una exigencia moral, sino condición misma de posibilidad de la comunidad humana la de *que nos prohibamos de modo absoluto utilizar mutuamente nuestras personas (la propia y las de los demás) como meros instrumentos hasta el extremo de consumirnos, liquidar-*

nos, matarnos, unos a otros. O, en términos positivos, es una exigencia absoluta el que nos guardemos un mutuo respeto absoluto a nuestro valor absoluto como personas. De eso se trata.

Hitler: ¿pesadilla del pasado o precursor?

Aceptar que, como en el proyecto abortista que prepara el gobierno, algunas personas tienen derecho a eliminar a otras dentro de un determinado plazo supone de hecho, objetivamente, sin entrar en la conciencia de quienes lo propugnan, retroceder inhumanamente hasta una situación pre-humana porque una situación humana es aquella en la que, aunque Caín ande suelto y prosiga de hecho su actividad homicida, no se acepta que haya casos en que alguien tenga sin más el derecho de matar a Abel. Si a determinadas personas se les reconoce en determinados casos el «derecho» a eliminar a otras, ¿qué razón habrá para negar ese derecho en otros casos? Si al poderoso en un determinado caso se le reconoce ese derecho ¿en virtud de qué se le negará a otro poderoso frente a otro débil en otros casos? Esos otros casos terminarán pudiendo ser todos y no hay nadie a quien en alguno de esos casos posibles no le toque el papel de débil eliminable. ¿Ha pensado usted que el poderoso en un caso —por ejemplo, usted— puede ser el débil en otro?

Pero ¿qué exagerado soy! ¿verdad? ¿Exagerado? Recuerde que, no muy lejos de aquí y hace poco tiempo, en esta Europa tan progresista, quienes un día tomaban juntos y como iguales una cerveza pasaron, en el corto plazo de unas semanas, a sentirse legitimados para eliminarse el uno al otro en aras de alguna «limpieza étnica». Quienes se arrogan hoy la com-

petencia para determinar quiénes son dignos de vivir y quiénes no, quiénes pueden nacer y quiénes deben ya dejar de vivir actúan, objetivamente, de acuerdo con, exactamente, la misma mentalidad según la cual los nazis determinaban quiénes eran dignos de vivir y quiénes no, quiénes habían de ser objeto de una eliminación total a través de una máquina de exterminio científicamente diseñada. Por ahí anda en las librerías un libro de Carl Amery con un significativo título: *Auschwitz ¿comienzo del siglo xxi? Hitler como precursor*.

La vida a saltos o el hombre por generación espontánea

Bien, dirán muchos, de acuerdo: respetemos como un valor absoluto a cada persona y protejamos su vida con los medios precisos aun penales necesarios para ello; pero, qué es una persona, cuándo estamos ante una persona. Esta pregunta la hacen algunos en referencia tanto a quienes están en los momentos iniciales de su existencia como a quienes se encuen- tran en los últimos. Determinados proyectos gubernamentales la hacen recaer en estos momentos de modo especialmente amenazante sobre los seres humanos en la fase prenatal de su existencia.

Un numeroso grupo de científicos nos recuerdan, en el llamado Manifiesto de Madrid, que un ser humano lo es desde el primer momento en el que, con la fecundación, se inicia el proceso continuo de desarrollo en que consiste su vida. En ese primer momento existe ya ese nuevo ser, con el ADN que le identifica como absolutamente otro, distinto de sus progenitores, distinto del cuerpo de su madre, aunque esté albergado y desarrolle la primera fase de su existencia en el seno de ésta. El cuerpo de su hijo y

el de la mujer que dice «mi cuerpo es mío» no son el mismo cuerpo.

Pero en un, puede decirse, contra-manifiesto, otro grupo, ciertamente reducido, de científicos, afirman: «El momento en que puede considerarse humano un ser no puede establecerse mediante criterios científicos; el conocimiento científico puede clarificar características funcionales determinadas, pero no puede afirmar o negar si esas características confieren al embrión la condición de ser humano, *tal y como se aplica a los individuos desarrollados de la especie humana*»². Para esto no parece que sea necesario acudir a la ciencia ni hablar investidos de la condición de científicos. Es evidente que un embrión es un ser humano que no tiene las características observables a simple vista en un ser humano adulto. Tampoco un niño recién nacido las tiene, ni ningún otro ser humano que no pueda ser considerado (de acuerdo con qué criterios) un «individuo desarrollado de la especie humana». Situados en este discurso se puede terminar exigiendo la capacidad de otorgar testamento para reconocerle a alguien la condición humana. La cuestión no está en si un embrión es un ser humano tal como lo es un adulto sino la de si, en ese estado embrionario, es un ser humano. Y lo científico para responder a tal cuestión es mirar al ADN y no remitirse a la inspección ocular vulgar de los rasgos externos de un individuo desarrollado (hasta qué grado) de la especie humana. En el contra-manifiesto antes citado, sus autores vienen a dar por supuesto que en el proceso de desarrollo

en que consiste la vida de un determinado ser hay una fase en que no se sabe si es ya lo que, con sólo que no se in-



terrumpe ese proceso continuo, manifestará ser sin lugar a duda alguna. Esto, a su vez, es dar por supuesto que en ese proceso se producen «saltos» cualitativos y que en uno de esos saltos se nos presenta ya como ser humano el que un instante antes no lo era (Estaríamos ante el que podríamos llamar misterioso «salto antropogénico»). Esto de los «saltos» —¿qué cosas! ¿verdad?— lo encontramos expresamente afirmado en el dictamen que una Comisión lla-

mada de Personas Expertas ha elaborado para el Ministerio llamado de Igualdad (y que algunos denominarían Ministerio del Aborto)³. Resultaría así que por no afirmar más de lo que, según ellos, la ciencia avala, terminan por afirmar, ¡oh paradoja!, la saltarina «generación espontánea» del ser humano. ¿Y cuándo tiene lugar ese creador salto? ¿Cómo sabremos que se ha producido? Porque ya —nos dicen— se nos presenta «viable». Y eso, perdonen ustedes la molestia ¿qué quiere decir?: ¿acaso que ya puede vivir «por su cuenta»? Un ser humano tarda bastante tiempo después de su nacimiento en poder vivir «por su cuenta» y algunos no lo consiguen nunca y desarrollan una vida de gran calidad como personas gracias al cuidado de otras. Esa teoría de la vida a saltos no permite, por lo que se ve, determinar con rigor científico en qué momento «salta» y se nos presenta ya un ser humano, ni por tanto, permite fijar con ese rigor el plazo inmediatamente anterior durante el cual se puede poner fin al proceso sin por eso ponerse a un ser humano. En distintos países ese momento del salto y la extensión del plazo se fijan de distinto modo, no precisamente, por lo que se ve, al amparo de rigurosos criterios científicos, sino sencillamente «a ojo de buen cubero» ideológico y de acuerdo con intereses políticos y/o económicos. Frente a esa espantosa frivolidad, lo científico será afirmar que a lo largo de todo ese proceso, que se inicia con la concepción y que, si no se produce su interrupción por violencia externa, termina en la muerte natural,

2. «Esto —añaden— entra en el ámbito de las creencias personales, ideológicas o religiosas».

3. «La vida —dicen esas Personas— es un fenómeno en constante evolución caracterizada [caracterizado, se supone que quieren decir] por mutaciones y saltos cualitativos, propios de todo proceso biológico [lo cual, a sensu contrario, quiere decir que no hay ningún proceso biológico continuo]. Es por ello [sic], por lo que puede considerarse al *nasciturus* un ser vivo [es decir que el *nasciturus* puede considerarse un ser vivo porque la vida es un proceso a saltos: esto sí que es un salto lógico de grandeza cósmica]. Quienes piensen que no es posible que las afirmaciones transcritas se encuentren en un dictamen de Expertas Personas, acuda al texto ofrecido desde páginas-web oficiales.

estamos ante un mismo ser, cualitativa, substancialmente, el mismo, en diversas condiciones y fases de existencia, siempre el mismo por más que no siempre vaya vestido con lo mismo, con el mismo traje de sus cambiantes, accidentales, apariencias...

En caso de duda ¡no disparar!

Se puede, pues, en efecto, asegurar, de acuerdo con la evidencia científica, que un ser humano lo es desde el primer momento de la correspondiente concepción. Pero supongamos que el contra-manifiesto al que antes nos referíamos o lo dictaminado por tal comisión o comité, según los cuales no puede afirmarse científicamente cuándo estamos ante un ser humano, hiciera mella en algunas personas y les sembrara la duda. En tal caso —y de esto no cabe duda— sigue en pie la exi-

gencia absoluta de no interrumpir en ningún momento el desarrollo de esa vida (porque no negarán que se trata de vida ¿verdad?). Imagínese que está de caería. Desde su puesto ve a lo lejos un arbusto movido no por el viento (que está en plena calma), sino, ésa es su duda, por un animal (¿un jabalí? ¿un ciervo?), o por una persona. Pues bien en tal caso, de lo que no cabe duda es de que, con esa duda, usted no puede considerar moralmente lícito disparar contra «lo que» mueve al arbusto, exponiéndose a matar a un hombre. Si dispara y mata a un hombre, nadie le aceptará ni siquiera como circunstancia atenuante de su culpabilidad el que usted diga que «no estaba claro que fuera un hombre». Nadie le aceptará esa «dis-culpa», ¿verdad? Porque, en ese caso, no basta con **no** estar seguro de que sea un hombre el objetivo sobre el que dispara, sino que tiene que estar se-

guro de que **no** lo es. La ciencia nos asegura, como hemos dicho, que hay un ser humano desde el primer momento de la concepción. Pero bastaría la duda de que la hay desde ese mismo inicial instante para que hayamos de considerar absolutamente ilícito el aborto en cualquier momento, dentro de cualquier plazo. Para dar vía libre a la eliminación de ese ser vivo en algún momento de la fase prenatal de su existencia no basta con que unos profesores e investigadores digan que no saben si ese ser es un ser humano. Tendrían que probar de modo incontrovertible que no lo es. Y eso no podrán hacerlo. Podrán sembrar dudas en algunos. Pero, **¡en caso de duda, no disparar!** Está claro ¿no?

El nacionalismo irracional

Miguel Ángel Castaño

Estudiante

Si hay alguna palabra con la que definir tal título es *redundancia*. Este título es, efectivamente, redundante, porque el nacionalismo es irracional, y al decir irracional, quiero decir que procede de un intrincado e incluso poco conocido mundo mental y emocional que se nos escapa a comprender. La analogía con el sentimiento de pertenencia a un equipo de fútbol concreto o con el propio sentimiento del amor es, desde mi punto de vista, válida, aparte de útil para mi argumentación. El amor es irracional y azaroso: nadie decide de quién se va a enamorar, ni planifica el momento en el que se va a producir tal sensación. Sin embargo, se produce, y aunque es algo que debe ser fortalecido día a día y conservado prudentemente, su principio no deja de ser desconocido y de estar a merced de la suerte, el destino o la pura casualidad.

Ahora bien, este origen tan incierto que, sin embargo, no resta fuerza y vida a la idea de nación, ¿nos ha de llevar a una indiferencia o incluso desprecio de las naciones en su conjunto o, más concretamente, de la nación española? Éste es básicamente el tema que nos ocupa, cómo conciliar una idea contingente y libre de carácter necesario de nación con un positivo y sano disfrute de y en la misma. La nación, cualquier nación como tal no existe más que en el imaginario de las personas, en su mentalidad, en su cultura, sin que ello sea motivo para restarle importancia. Los árboles, las montañas, las nubes... todo ello existe, lo vemos, es tangible, y en cuanto a su presencia no hay dudas. Son entidades de la Naturaleza formadas y moldeadas por el tiempo. Pero hay muchas otras cosas en las que las per-



sonas creen, y no sólo creen sino que en ellas hacen descansar su vida: el amor, Dios, la amistad... Nada de ello nos es tangible, pero la mayoría creemos en alguna de las tres cuando no en todas ellas. El hecho de que no podamos tocarlas ni verlas no les quita su trascendencia, vital para nosotros. Pues bien, la idea de nación viene a ser algo así; pese a las ideas de muchos de la nación como algo natural, es preciso descartar de inmediato tal postulado: la nación no precede al hombre, ni tiene una existencia autónoma y desvinculada del ser humano; antes bien, debe al hombre, al conjunto de hombres, su existencia. Dicho de otro modo, la nación española no existe sin los españoles, es decir, sin los miembros que se consideran parte de ella. Es preciso tener bien claro que las naciones, al igual que las ciudades, fueron construidas, levantadas por los hombres sobre cimientos legendarios, en muchas ocasiones pseudo-históricos, de tal modo que la mayoría de las gestas que se consideran fundadoras de una nación muchas veces ni siquiera tuvieron tal pretensión en realidad. ¿Pretendían

los visigodos levantar y definir a España como una nación distinta de las demás? ¿Y los Reyes Católicos? Es cierto que la idea de España o Hispania siempre estuvo presente desde tiempos visigóticos en lo que podemos llamar el imaginario peninsular, pero no podemos aceptar la idea de que este territorio estaba llamado a conformarse como una nación, que existía un destino prefijado para España, la cual habría existido así desde tiempos inmemoriales. La nación es algo que se creó en el siglo XIX, ya fuese con fines *agregacionistas* (como es el caso de Alemania o de Italia), *secesionistas*, o bien *autonomistas*, como fue el caso de los nacionalismos catalán y vasco en sus orígenes, que empezaron a perfilarse en época decimonónica. Una vez más insisto en la *necesidad de no creer en la necesidad*; con esto quiero decir que no debemos ni fundadamente podemos pensar en las naciones existentes hoy día como fruto de un destino ya trazado e inevitable. La historia es contingente, no necesaria, e igual que hoy España es España, y Francia es Francia, podía ser justo al contrario, y ser Es-

pañía una provincia más de Francia (si Napoleón hubiese llegado a alcanzar sus sueños imperialistas de reminiscencias romanas) o al revés. En definitiva, lo que es hoy, lo es, pero podría haber sido de otra forma.

Pues bien, ¿supone esta contingencia un menosprecio del concepto de *nación*? En absoluto, ni pretende serlo ni lo es. Desde mi punto de vista, la nación es necesaria, y lo es porque en el hombre existe una tendencia gregaria, una suerte de impulso hacia la unidad con otros hombres para dotarse todos ellos de unas señas de identidad que los diferencien de otros o de lo otro, de lo extraño y de lo desconocido. Y es esta tendencia gregaria la que toma el ser humano y lo vincula a otros semejantes, pasando a formar un grupo cuyos vínculos, pese a fundarse muchas veces en irrealidades, son efectivamente reales, y a pesar de ser subjetivos, los viven como objetivos, y ello es lo que le da valor a la unidad del grupo, dado que si la persona lo viviese como contingente, la «fidelidad» al grupo estaría continuamente expuesta al peligro del transfuguismo. Ya Maslow ubicó las necesidades sociales en el tercer escalón de su pirámide, y no sin razón. La nación habría existido de un modo u otro, bajo una denominación u otra. Esto parece contradecir lo que he mencionado anteriormente sobre la contingencia de las naciones, pero nótese que hablaba de las naciones en concreto, no de la nación como concepto, que, de nuevo digo y mantengo que, ya fuese con un nombre o con otro, habría existido sí o sí, porque el hombre necesita de esa pertenencia a un grupo, un grupo dotado de símbolos que le den consistencia y que le permita sobrevivir a sus integrantes en el tiempo.

Ahora bien, si bien al principio de la exposición he comparado a la idea

de nación con las ideas del amor, de Dios o de la amistad, por el propio carácter intangible de todas ellas, esto no nos debe llevar a error: la nación no debe ser asumida en modo alguno como un *valor irrenunciable*. No se debe olvidar en ningún momento que la nación no tiene trascendencia ni importancia más allá de su función agrupadora, porque cuando se lleva a la nación más allá de esta función y se lucha en su nombre, es cuando surgen los problemas. Acabo de mencionar el concepto de valor irrenunciable. Para un jurista positivo, en calidad de tal, valores irrenunciabiles serían la seguridad del tráfico jurídico, el principio de legalidad, la coherencia entre las leyes... para un ciudadano que se considera católico como yo, valores irrenunciabiles son la vida, la libertad y el amor, entre otros. Y me resultan irrenunciabiles no por otra cosa sino por su procedencia, que es el propio Jesucristo. Ello no impide, como es evidente, que muchísimas personas que no creen en Dios tengan por supremos tales valores por considerarlos inalienables e innatos al ser humano. Pues bien, ya dijo Jesús que diésemos al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. La nación no tiene nada que ver con Dios ni con nada trascendente que se le parezca. La nación es fruto de la voluntad consciente o inconsciente de las personas, pero la vida y la libertad, en la medida en que nos fueron enseñados por Jesucristo, o de algún modo u otro, para aquellos que no crean, inoculados en nuestro ser más profundo, son irrenunciabiles, innegables, anteposibles a cualquier otra cosa; evidentemente, incluso a la idea de nación. Por eso, ésta ha de ser vivida tal como lo que es, un vínculo entre semejantes para ayudarnos a vivir, para fortalecer la convivencia. Es algo tan irreal en el fondo, tan artificial, que debería ser creado para la felicidad,

para vivirla positivamente... pero todos sabemos, y más en nuestro país, que la idea nacional no es empleada con fines bienintencionados, sino, antes bien, para dividir y enfrentar. Es evidente que pertenecer a una nación, y cuando digo pertenecer me refiero a *sentirse miembro de*, tiene un lado negativo, y es el no sentirse miembro de las otras naciones. Ello no debe conducir en modo alguno al odio o al enfrentamiento, mas es bien sabido que no ocurre de tal manera en la realidad.

Es difícil pensar en la idea de nación en términos conciliadores y armoniosos en un país de tan retorcida e intrincada mentalidad como el nuestro, donde sentirse miembro de una nación o manifestar cualquier parecido al respecto viene coreado por un sinfín de críticas y agrias disputas. Nuestra Constitución reconoce la existencia de diversas nacionalidades dentro de lo que denomina Nación española. Terminaríamos abocados a un callejón sin salida si ahora comenzásemos a intentar desmenuzar los posibles significados de *nación* y de *nacionalidades*, perdiéndonos en el pantanoso reino de los vocablos, de asidua y distractora recurrencia por parte de nuestra clase política. Así que no lo voy a hacer, porque además lo considero inútil; quiero decir que estimo inútil y sin sentido definir algo que acabo de definir como subjetivo. Sería algo tan relativo como definir el arte. Tratando de ser lo más austero posible para evitar escándalo, puedo decir que personalmente entiendo por nación el conjunto de personas que se sienten vinculadas por unas tradiciones o formas de vida, por compartir un espacio común, o por ciertos rasgos culturales, y por querer constituirse como un pueblo político. Recuerdo una vez más que las naciones no son el fruto inevitable de una trayectoria histórica inevitable, y que por ello no deben supeditarnos, pues sería

algo tan estúpido como pensar que nuestra Constitución actual era la perfecta e inevitable y que en cuanto a tal no debería ser jamás modificada, dado que es la presunta cumbre de nuestra Historia. De este modo, si hoy decidiésemos que esto dejase de ser España y que fuese la República del Ukelele, no habría nada que nos lo pudiese impedir, ni estaríamos haciendo nada que atentase contra la naturaleza humana, dado que la nación no es un cromosoma ni un grupo sanguíneo, como cierto político sugiriese. Ahora bien, no podríamos del mismo modo negar el amor, la libertad o la vida, porque eso ya no está en nuestra mano, ya no depende de nosotros.

Esto nos lleva a una pregunta inevitable: ¿qué hacer entonces? ¿Cómo se puede salir de este galimatías en el que cada uno piensa una cosa? ¿O acaso es que, en nuestro país, debemos cerrar los ojos y permitir que los políticos nacionalistas vean colmados sus presuntos sueños? La respuesta se halla en la democracia. La democracia es buena, eficaz si se prefiere eludir una valoración moral. Yo la considero buena porque permite el gobierno del pueblo, aunque sea de un modo indirecto. La democracia puso fin a la voluntad caprichosa del monarca y dotó de voz a la gente, para bien y para mal. Y digo para mal también porque la democracia es buena, pero no estúpida, ni infalible. La democracia falla y se equivoca. Por ello no debe ser tomada como un valor irrenunciable a la misma altura de los que ya he mencionado. Que quede bien claro que ello no supone defender (y en modo alguno lo pretendo) regímenes totalitarios, autoritarios, dictatoriales, o absolutistas, los cuales considero contrarios a mis creencias políticas. Pero la democracia no debe ser tenida como un valor supremo porque puede equivocarse, y para mí el ejemplo más claro lo tenemos en la ley

genocida del aborto. No deja por ello de ser la forma de gobierno más justa, a pesar de ciertos fines injustos. Pues bien, creo que debe ser la democracia la que se pronuncie sobre las naciones, y no por otra cosa salvo que por las repercusiones políticas que ello sabemos que conlleva. Todo el mundo sabe que los nacionalistas al incluir la expresión *nación catalana* en el Estatuto no ven colmadas sus aspiraciones, las cuales son de índole totalmente secesionista. No es una mera discusión terminológica, sino política. Por ello debe ser resuelta en el juego democrático. Es inadmisible que la democracia se pronuncie sobre la Naturaleza o sobre los valores: no podemos consentir en modo alguno que sea la mayoría parlamentaria la que decida cómo es el movimiento lunar o en qué Dios debemos creer. Pero la idea de nación, y la propia política, como es de tal índole contingente, como depende de tal forma de la voluntad de los hombres (cosa que no sucede con la Luna ni con Dios), si son susceptibles de debate democrático, de decisión democrática, lo cual sería igual de contingente, dado que las mayorías parlamentarias cambian de un día para otro. Ahora bien, quede bien claro que la democracia se puede pronunciar sobre esto, pero no puede imponerle a una persona lo que debe pensar o de dónde debe sentirse. Es decir, la mayoría parlamentaria, y el pueblo en su caso, puede decidir si Cataluña es o no es España, pero de ningún modo se puede tolerar que la mayoría, sea la mayoría que sea, le imponga a la persona un sentimiento nacionalista español, catalán o ambos, dado que estaríamos ante una usurpación en la individualidad de la persona y en la autonomía de su pensamiento.

Dado que la solución que he propuesto es la democracia, resultaría represivo o dañino que, en el caso de que, por ejemplo, los vascos decidiesen

por mayoría (y decidiéndolo libremente y en un escenario de absoluta libertad, cosa que hoy día no se da) la independencia total, los demás españoles no se la quisiésemos conceder. Sería injusto, pues, ¿en virtud de qué valor defenderíamos por las bravas su pertenencia a España? ¿De la historia? ¿De una historia que, de no ser por fallos estratégicos de Napoleón quizá nos podría haber hecho nacer en un Madrid francés? Alguno podría pensar que sería injusto para los que desearan permanecer en España, pero más injusticia habría si a la mayoría se le negase cumplir su voluntad. Ahora bien, igual sucedería en caso contrario, teniendo por otro lado en cuenta en todo momento que la anexión de otros territorios (entiéndase Navarra, Castellón...) dependería de la decisión de los respectivos territorios en exclusiva.

Dicho todo esto, creo que es el momento de que dé una pequeña idea de mi postura acerca del nacionalismo. En términos generales, lo considero toda una herramienta útil y necesaria para la agregación social, si bien lo veo como una patraña de inaceptables fundamentos históricos cuando se toma como valor. Se me podría echar en cara dónde dejo en tal caso el presuntamente heroico acto de morir por la patria, por España, o por Euskal Herria, como piensan algunos fanáticos cuando muere algún etarra. Sin deseo de ofender a nadie, lo dejo en el almacén de la incultura y de la inutilidad. No digo que los militares sean innecesarios, ni mucho menos, tal y como está el panorama internacional. Pero seamos sinceros: queremos que haya un ejército en nuestro país para que defienda nuestros intereses, para que podamos seguir teniendo un régimen democrático y de libertades, un régimen de paz y seguridad. Creo que tiene mérito morir luchando por mantener todos esos beneficios, morir por

que tu familia disfrute de un futuro seguro y libre. Pero, ¿morir por algo tan, de nuevo, contingente y vacuo como lo es una nación? Eso no es más que propaganda barata y demagogia de discurso político. Por todo ello, considero que el nacionalismo periférico en nuestro país, y me refiero ahora, repito, exclusivamente al caso del nacionalismo periférico, es una estupidez que hasta podría resultar divertida y digna de risotada larga si no fuera por todos los males que, desde el mayor de todos, que es el terrorismo y la falta de libertades, hasta otros no poco graves como la descoordinación y la ineficacia frecuente de las institu-

ciones por problemas competenciales. Realmente creo que nuestro país, España, o la República del Ukelele, como se quiera llamar, podría funcionar bien unido y cohesionado, aún con el reconocimiento de limitados autogobiernos, limitados por la Constitución (ésta o la que fuera), de culturas, e incluso, si se quiere usar la palabra, de naciones. Por otro lado, otro dato más que contribuye a derribar el poco sentido de los nacionalismos periféricos lo es el hecho de que vivimos en un Estado democrático y de Derecho, en el que no se reprime ninguna nacionalidad ni cultura local, sino que, antes bien, se la protege y enriquece, bus-

cando su integración diferenciada pero no secesionista en el todo español o *ukeleleniano*.

La nación no tiene más fundamento que el de cohesionar, y las fronteras no deben servir para poner trabas y dificultades, ni para separar paraísos de infiernos, sino para facilitar la administración de los territorios. Cualquier otro uso de las ideas de *nación* o *frontera* son pura demagogia.

Y no nos desgañitemos gritando vivas hacia nuestra patria personal, sea la que sea, que hay cosas muchísimo más importantes por las que clamar y por las que luchar.

Resistencia y sumisión desde comunión

Antonio Puértolas

Profesor de Filosofía

Soy consciente de que no pasará de un mero BALBUCEO lo que voy a escribir sobre algo en que estoy y me precede, me envuelve; aunque sí intentaré sacar cabeza y hasta sobrevolar después de días..., meses..., años..., muchos años...

1. *Militia est vita hominis super terram*

a) *Resistencia al mal en mí (dentro de mí) y fuera de mí.* Aunque esté dentro de mí, el mal —por naturaleza— es extraño a mí (pues el mal dentro de mí me esclaviza, me deja triste...). A pesar de sus efectos —consecuencias negativas en mí—, se hace verdad en mí aquello de *video meliora proboque, deteriora sequor* (veo lo mejor y hago lo peor). Reiteradamente, una y otra vez y más de mil veces... El mal —hecho hábito— se impone como irresistible y plúmbea ley. Aunque, me veo —sí— como «toro herido, pero no rematado». Jesús de Nazaret brilla como una luz en el camino. Camino a la vez necesario e imposible. Necesario para mí como hombre e imposible para mí como hombre caído, en y con Jesús de Nazaret se hace posible. Presiento que, sin una RESISTENCIA hasta el triunfo sobre el mal en lo más íntimo de mí, es inútil por imposible la resistencia frente al mal fuera de mí. Al mal no se le vence fuera si no se le ha vencido dentro. ¿No es esta la victoria de Jesús de Nazaret? EL SIN MAL (pecado) atacado, eliminado de tejas abajo por todo un colectivo (pueblo y autoridades), de tejas arriba VIVE *Ad dexteram patris* y en el corazón de este mundo («Yo



estará con vosotros todos los días, hasta el fin»).

b) *Sumisión al bien.* El bien no es extraño a mí como el mal. El bien me es connatural, me alegra cuando estoy en él. La comunión con las personas hasta poderme situar en el horizonte de comunión con:

EL BUENO
MI CREADOR
EL REDENTOR
EL JUSTO
VERDADERO
MISERICORDIOSO
QUE PERDONA
QUE AMA DE VERDAD
JESUS DE NAZARET CRUCIFICADO-RESUCITADO
Con QUIEN (Romanos 7,14-25) en comunión todo lo puedo...

2. Un hombre como el hasta aquí descrito...

...Ante la «verdad oficial» impuesta desde el poder...

...Ante los pseudointelectuales sumisos a esa verdad oficial y poder...

...Ante esta sociedad embotada, manipulada por el televisor.

...Ante esta CASTA de políticos asegurados en los grandes partidos.

...Ese hombre no podrá callar hasta mostrar la sinrazón de esta apariencia, de esta gran MENTIRA.

3. Ese hombre no podrá tragar la gran manipulación de periódicos de ámbito nacional y su sola razón le bastará para defender lo razonable de un Papa injustamente vilipendiado (desde su lúcida conferencia en la Universidad de Ratisbona hasta sus sencillas y acertadas respuestas a periodistas —en el avión— en su reciente viaje a África). Y, por si algún lector no logra entenderme, lo conectaré con el intelectual Alexander Solzhenitsin, fallecido hará un año en agosto, testigo de excepción en la URSS: «La situación moral de la Europa LIBRE me parece tan grave como nuestra penuria económica y nuestra falta histórica de LIBERTADES».

Zapatero contra la memoria histórica de las colectividades

Lo que no hizo el dictador Franco, lo ha osado hacer el «demócrata» Zapatero

.....
José Manuel Linares

Licenciado en Filosofía
.....

En mis investigaciones sobre las colectividades durante la guerra civil estudié la creación, funcionamiento y desarrollo de cientos de asociaciones, colectividades, cooperativas, que una vez finalizada la guerra, pasaron unas a formar parte de los municipios, los ayuntamientos, otras continuaron siendo cooperativas, de distinta índole... panificadoras, de regantes, de suministro eléctrico... dada su eficacia pasaron a la zona franquista con la característica de pasar a formar parte del patrimonio del pueblo (y del régimen, que se aprovechó de los buenos resultados en la zona republicana).

El último decreto sobre la concentración eléctrica hace posible la desaparición de cientos de cooperativas eléctricas de los pueblos que conservan rescoldos de la República; en Crevillent, la cooperativa eléctrica San Francisco es una muestra de ese espíritu, de ese rescoldo del ideal libertario, socialista, que desaparecerá ante la pasividad de los «socialistas» y «anarcosindicalistas» del pueblo; el decreto firmado por Zapatero hace que todas estas cooperativas del pueblo se deban «integrar» (más bien desintegrar) en las grandes multinacionales de la electricidad. Esto hace que desaparezca no sólo la memoria histórica entre los habitantes más jóvenes de la zona republicana, que hace posible tener una idea distinta de la economía y del bien común, sino que desaparecerá lo que suponía un ahorro para los propios paisanos del pueblo, el recibo de la luz dejará de ser un 14% más barato que el de las grandes empresas, entregadas por el Partido Popular en su día, ya que eran estatales, a manos privadas; esto supone que el pueblo sabe gestionar bien los bienes de necesidad públicos y que puede gene-

PZOE



rar beneficios a sus habitantes. Pero hay más, la cooperativa ha financiado el Tánatorio gratuito en el Pueblo, cualquier paisano del pueblo puede llevar a sus difuntos sin que le cueste un euro. Al ser una entidad benéfica contribuía también a financiar los deportes en el pueblo, club ciclista, de fútbol, etc., la cultura, las procesiones de Semana Santa, las fiestas de Moros y Cristianos... y todo tipo de evento que supusiera un beneficio para el pueblo.

El dictador Franco dejó que lo que funcionaba bien en manos del pueblo siguiera (amén de que las cooperativas de vendedores de cítricos mantuvieran un pulso con el régimen al final de la contienda para aseguir con su forma de entender la economía. Hubo un intento de implantarlo en toda España cuando lanzaron la campaña «del productor al consumidor» llenando de camiones de productos agrícolas las principales ciudades de España. Al final los intermediarios vencieron y hoy seguimos con las consecuencias de ello). Zapatero, no sólo entrega el dinero del pueblo a los bancos sino que le quita todas las al-

ternativas al capitalismo, como son esas cooperativas, esas colectividades, esa manera de hacer economía.

Así es el talante de Zapatero, no sólo se ha permitido el lujo de borrar en su campaña electoral todo vestigio de las señas de identidad socialistas, el puño y la rosa, sino que ha «convertido» al partido socialista en un partido presidencialista, donde las señas de identidad ya no son los «cien años de honradez» sino la Z de las cejas del presidente, como diciendo «el partido soy yo» y de un plumazo ha desaparecido toda seña de identidad ideológica, ha borrado la memoria histórica que suponía el puño y la rosa.

Lo más penoso es que ya no hay personajes críticos dentro del socialismo, como Guerra, que puso en cuestión la gestión del presidente, como lo hizo en su momento con Felipe González, ni un Nicolás Redondo que le monte una huelga general, ¿cómo es posible que ni los anarquistas del pueblo, ni los socialistas hagan algo por que sus hijos tengan realidades, símbolos revolucionarios, recuerdo de una lucha contra los capitalistas? Ya no po-

drán señalar a la cooperativa cómo una forma alternativa a la economía capitalista. Claro que ahora a los capitalistas, como Emilio Botín (el apellido tiene bemoles), le estrechan la mano y les prestan todo el dinero que quieran, por lo que no es de extrañar que los ricos estén votando al PSOE. Hay que recordar que Zapatero ha eliminado los impuestos sobre transmisión de patrimonio, ya puedes heredar en vida y sin que hacienda se lleve un duro; a los altos cargos de las empresas les ha reducido un 40% los impuestos de hacienda... ¿cómo no le va a votar la derecha? Claro que todos estos decretos los ha ido aprobando cuando la prensa —¿compinchada con él?— denunciaba corrupciones en el PP o arremetía contra la Conferencia Episcopal como cortinas de humo para que el pueblo ignorara que estaba beneficiando a los más ricos.

Pero lo más escandaloso es la rápida ayuda que ha proporcionado a los bancos, en lugar de potenciar a las pequeñas y medianas empresas, a las

cooperativas, que sí generan puestos de trabajo.

¿Cómo ha podido llegar tan lejos un personaje de ese talante? Si analiza-



mos la situación laboral, comprobamos que uno de cada tres trabajadores pertenece a la burocracia (los datos corresponden a las comunidades autónomas de Andalucía y Extremadura, pero se pueden hacer extensibles al resto de comunidades, exceptuando las capitales más industrializadas), muni-

cipal, autonómica, estatal... lo que supone que un 33% de los votos esté garantizado para este «socialismo» que se ha vendido por un plato de lentejas. Queda lejos aquello de los «cien años de honradez». Vivir de las rentas, de los que dieron la vida por el socialismo es una vergüenza, no sólo para los socialistas, sino para todos aquellos que creemos en ideales de justicia, igualdad y fraternidad; socialistas eran aquellos que pagaban por ser socialistas, esto son un fraude, viven de los socialistas que pagaron, incluso con la vida, por un mundo donde el capital estuviera al servicio del pueblo y no el dinero del pueblo al servicio del capitalista. Es el desprecio a los demás, yo lo hago bien, soy un crack un tipo formidable, pensará Zapatero.

¡Que lastima, que penosos socialistas de la Z! ¡Que grandes aquellos de cien años de honradez con el puño y la rosa! (memoria histórica).

Europa y lo comunitario

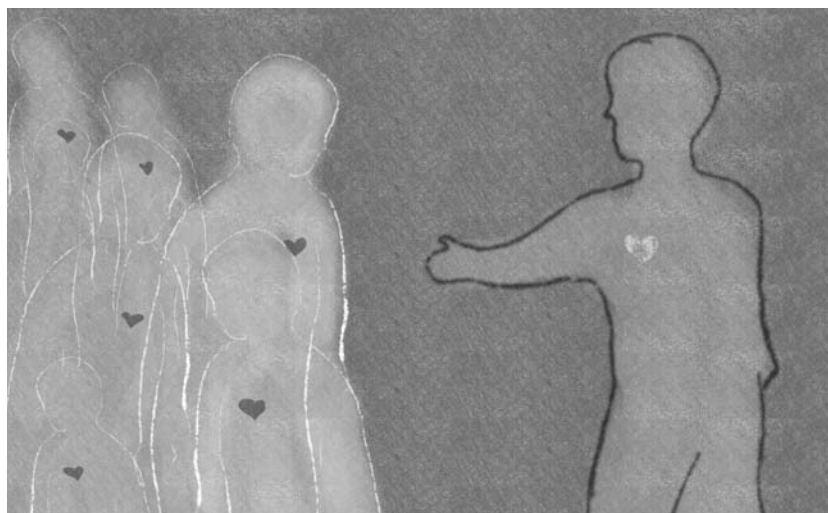
.....
José Luis González Ribera

Licenciado en Ciencias Políticas

En los ambientes «identitarios» es común una actitud hacia lo captado como diferente que considero básicamente errónea, en la que se partiría de una comunidad ideal de origen y se vería todo elemento captado como alógeno como proclive a su disolución. Esta actitud no sólo sería común en estos ambientes sino que actuaría como fundamentación de una parte importante —para algunos, de la parte más importante— de sus posiciones y reivindicaciones. Se trazaría, de este modo, un vínculo entre identidad y comunidad. ¿Es cierta esta identificación? Yo no lo considero así.

Esta identificación es una falacia. Ahora bien, una falacia no es una mentira cualquiera. La falacia parte de un determinado elemento de realidad para usarlo como un argumento falso. ¿En qué elemento de verdad se basa la falacia que pretende una identificación entre identidad y comunidad? Existe, efectivamente, una relación entre identidad y comunidad. Ahora bien, relación no quiere decir identificación, y menos identificación con la idea de identidad que tienen los identitarios. Una comunidad es una unión de personas formada por vinculaciones que van más allá de lo utilitario, en la que el hombre se contempla como persona, no sólo en tanto que productor, individuo o por el desempeño de un determinado rol social. Ahora bien, en la formación de la comunidad lo cultural es de gran importancia. El hombre solo es un hombre fácilmente manipulable por el mercado y sus modas.

Es esencial en el hombre, para conquistar un espacio de libertad, el afirmarse en una determinada tradición cultural, no sólo en unos determinados valores abstractos, sino también



en la importancia de determinadas realizaciones culturales y de ciertos modos subjetivos de ver el mundo y de posicionarse ante él. Esto es lo que hace una civilización, y el vigor de una civilización es indispensable para la posibilidad de existencia de lo comunitario. Un hombre vacío es un hombre especialmente preparado para asumir los roles de productor y consumidor que el neoliberalismo rampante y dominante le asigna. En cierto modo, pues, hay una determinada identidad cultural que vertebraría las relaciones humanas y que está en la base de la comunidad y de la civilización.

El problema de los identitarios es asumir un sentido fuerte de la identidad y el relacionarla con lo étnico. Evidentemente, es una necesidad la defensa de la cultura europea, pero Pushkin o Dumas, por ejemplo, dos altas cumbres, perfectamente europeos, dos ejemplos de escritores perfectamente integrados en las tradiciones literarias y culturales de sus respectivas naciones, eran mulatos. Esto, desde luego, acaba con los argumentos del diferencialismo, la última formulación del racismo.

El diferencialismo afirma que aquellos que no son racistas son racistas, en cuanto pretenden acabar con las razas, que serían un importante elemento de diversidad cultural. Es cierto que en la postmodernidad existe un discurso mesticista ciertamente obsesionado con la idea de la raza, pero no menos obsesionado lo está el diferencialismo. Por otra parte, la cultura no está inscrita en la raza, en cuanto la cultura sólo parcialmente es un elemento biológico, y plenamente lo es biográfico. Personas de razas muy distintas pueden, y la historia del pensamiento demuestra esto claramente, ser poseedoras de una gran cultura, de una clara inteligencia y de una vibrante capacidad creadora. Llama la atención, desde luego, que, frente al área asiática o al área europea, haya áreas del mundo donde no se desarrollaron civilizaciones avanzadas, pero achacar eso a una supuesta inferioridad genética supone ignorar llanamente los muy distintos factores que explican los diversos modos de evolución de las sociedades humanas y es también una ridícula pretensión de omnisciencia.

Las tesis diferencialistas no son menos falsas que las tesis racistas clásicas.

La visión del mundo que alguien adquiere o su adhesión a determinadas realizaciones culturales o a determinados valores es algo en función de la educación, y esto variará mucho más según el lugar del globo terráqueo en el que nos situemos que según la raza. Es cierto que hay determinados grupos, estimados culturalmente y no en función de su biología, que se integran con dificultad en sus países de acogida, por muy distintas razones. Por ejemplo, inmigrantes africanos o sudamericanos que, en sus años de formación intelectual, tuvieron dificultades de acceso a la educación, o sólo disfrutaron de modo muy deficiente de una cobertura educativa. También inmigrantes procedentes de países musulmanes, cuya educación se remitió a unos parámetros muy cerrados sobre sí mismos. Puede ser cierto que una cultura cualquiera sólo puede aceptar un ritmo determinado de incorporación de personas de otras culturas. Sin embargo, hay que considerar muchos otros factores.

En primer lugar, integración no debe querer decir asimilación. Integración es la aceptación de los valores que una determinada civilización considera como mínimos para la convivencia. En una civilización muy in-

fluida por la Ilustración, y aunque en otras cosas pueda criticarse fuertemente la modernidad, estos valores permiten la convivencia de personas de muy distintas posturas ideológicas, religiosas o de vida siempre que se acepten algunos valores básicos como la tolerancia o el pluralismo, o la realidad de que el hombre es siempre más importante que unas ideas cualquiera, que no es más que hechura suya. Podría entenderse que este modo de integración, aunque no generase conflictividad social, sí acabaría minando las bases de Europa como civilización. Yo creo, no obstante, en la posibilidad de las personas de asumir recepciones culturales de origen distinto¹. La cultura europea, además, no es algo estático. No debe identificarse la existencia con la identidad.

A este respecto habría que rescatar la idea unamuniana de la «tradición eterna». Hay una determinada tradición, mucho más verdadera que la estática y anti-histórica tradición de los tradicionalistas, que se decanta en la herencia y en el trato humano. Habría que rescatar también a Hannah Arendt, gran intelectual, una de las principales de un pueblo genuinamente europeo y tan valioso culturalmente como el judío, cuando rechazaba la dialéctica

entre las dos posiciones del paria, que abandona su cultura para asimilarse, y del guetto, consistente en replegarse frente a toda influencia exterior, lo que no podía hacer otra cosa que causar rechazo².

Tampoco, si el fundamento de la comunidad es la persona, parece muy de recibo el ataque a la inmigración en nombre de la defensa de la comunidad. La concepción de persona, claramente, es muy distinta de la concepción del hombre vacío e individualista, pero la persona conserva siempre un valor intrínseco y propio que va más allá de la comunidad. Aunque podemos ser precavidos y prudentes a la hora de plantear el tema de la integración, no podemos dejar sin respuesta a personas que huyen de enfermedades, del hambre, de la guerra o de despotismos. ¿Podríamos seguir hablando de la persona después de eso? En todo caso, y para terminar, una cuestión clave: ¿en el minado de la cultura europea no son hoy factores mucho más importantes la masificación, el utilitarismo, el individualismo, el economicismo o la degradación de la educación? Creo que de todo esto no tienen la culpa los inmigrantes, y que a esto no dan respuesta los identitarios³.

1. En este sentido quizás sean interesantes las propuestas de «exámenes de costumbres» de las que hablan algunos políticos y que se han adoptado en diversos países europeos. No obstante, estos exámenes plantean diversas preguntas: ¿qué señala un examen de costumbres? ¿el conocimiento de las costumbres, o su seguimiento, que no se debe imponer? ¿qué costumbres? ¿hay modos de vida que definan a nuestros países? ¿no se definen nuestros nacionales simplemente por una falta absoluta de sentido en sus vidas?

2. Aunque Hannah Arendt se excedió claramente al afirmar que un intelectual como Stefan Zweig, autor, entre otras muchas, de dos obras teatrales, preciosas y entrañablemente judías, como «Jeremías» o «El candelabro enterrado» era un paria, esto es, un traidor a su pueblo, un desheredado, según el significado que Arendt daba a esta palabra.

3. Es cierto que es una vía más razonable el desarrollo de los países de origen de los movimientos migratorios, pero, mientras tanto, hay millones de personas en situaciones infrahumanas. En el mejor de los casos, sus países tardarán décadas en desarrollarse. Hay que contar también con las catástrofes ecológicas que serán cada vez más frecuentes en los próximos años y que afectarán, según se espera, de modo más grave a los países pobres, por su posición geográfica y por su escasez de recursos para la seguridad o la reconstrucción.

A favor de una Iglesia más creíble

(ahora que, a falta de fieles,
le llueven torrencialmente críticos y criticones)

.....
Luis Alberto Henríquez Lorenzo.

Profesor de Lengua española en
Enseñanzas Medias.
.....

Planteando el asunto (o consideraciones previas)

En círculos del apostolado católico vinculados al movimiento obrero¹ ha venido circulando, en sucesivas generaciones de militantes, la noticia de la actitud ejemplar del militante obrero cristiano Guillermo Roviroso, verdadera *alma máter* del movimiento obrero español de inspiración cristiana, cuando, por falsas acusaciones que se le hacían, se vio en la tesitura de tener que defenderse a sí mismo de esas falsas acusaciones difamatorias, formuladas contra él, contra su trayectoria al frente de HOAC.

Recordemos: ante la posibilidad que se le ofrecía de comparecer ante autoridades eclesiásticas para defender su inocencia de las acusaciones al parecer claramente difamatorias de que era objeto, sabido es que se negó en rotundo a hacerlo, aduciendo para tal determinación suya la certeza (sin duda, tan delicadamente eclesial, y

hasta profética) que sigue: «Un hijo no se defiende de su madre, es la madre la que ha de defender a su hijo».

Palabras las suyas pronunciadas de forma al parecer unívoca y taxativa; y no porque Roviroso desconociera las innumerables arrugas de la Iglesia de su tiempo histórico², sino porque la vivencia de su fe cristiana y católica estaba confortada por un singular e inequívoco seño de comunión eclesial, de amor incondicional a la Iglesia, madre y maestra. Así las cosas, ante la posibilidad ciertamente real de presentarse ante el mismísimo Papa (por entonces Pío XII, a quien Roviroso admiraba profundamente), el fundador de la HOAC prefirió acallar la música de sus quejas, en beneficio de la comunión eclesial. Es decir, prefirió dejar pasar la defensa de su causa personal, por muy legítima que ésta fuera, en beneficio de las razones de una colectividad, esto es, de la Iglesia tan amada y tan bien servida por él.

Loable actitud, sin duda, la de Guillermo Roviroso: militante obrero ejemplar, maestro de espiritualidad cristiana, converso enamorado de Cristo, hijo ejemplar de la Iglesia en

proceso de beatificación... Con todo, su actitud de querer sacrificar la defensa de sí mismo por causa del bien de la Iglesia, aunque ejemplar, no nos parece que sea extrapolable a todos los casos y situaciones posibles, o lo que es más, al comportamiento intraeclesial de todos los fieles³. Dicho esto con todo respeto y además desde la confiada determinación de ejercer la libertad de espíritu que ha de reinar en el seno de la Iglesia, singular comunidad de iguales y de libres en Cristo que redime.

Veamos esto último con más detalle en el apartado siguiente.

Constatación de un cierto malestar en el seno de la Iglesia en nuestros días

En un breve artículo (apenas una página) titulado «Madre Iglesia y crítica a la Iglesia», aparecido hace algunos años en la edición digital de la *Revista Latinoamericana de Teología*, el sacerdote jesuita y celebrado teólogo José Ignacio González Faus⁴ se permite traer a capítulo que santos de la talla espiritual de Bernardo de Claraval, Ca-

1. Nos referimos a la HOAC y a la JOC principalmente, o al Movimiento Cultural Cristiano, ya más próximos a nuestros días.

2. Nunca se repetirá lo suficiente la siguiente afirmación, que es como de vademécum de teología básica, a saber, la Iglesia, santa y pecadora, está necesitada de permanente reforma.

3. Viene bien recordar aquí unos versos del genial poeta zamorano León Felipe, versos que me permito citar de memoria, de manera que pido disculpas por si algún «gazapo» se me cuela en la cita: «Nadie va hoy/ ni irá mañana a Dios/ por este mismo camino/ por el que yo voy.»

4. Acaso uno de los teólogos más brillantes y destacados de la teología española postconciliar, González Faus, conocido además por sus posiciones críticas (teológicas, doctrinales, pastorales, eclesiales...) sigue siendo en la actualidad el responsable del Área Teológica de Cristianismo y Justicia. Acaba de firmar, conjuntamente con otros teólogos (el también jesuita Juan Antonio Estrada, Juan José Tamayo, etcétera) y diversas comunidades cristianas, una suerte de manifiesto crítico y desafecto hacia lo que entienden como el imparable proceso de involución y de conservadurismo e identificación con posicionamientos ultraconservadores al que están conduciendo a la Iglesia católica en España, sobre todo los obispos (esto es, los *jerarcas*) y los movimientos *necons*. En ese proceso de involución y de acercamiento-identificación con los sectores más conservadores y de derechas ocuparía un lugar ciertamente relevante una emisora como la COPE, incluida la actual problemática que atraviesa a raíz de la disyuntiva sobre la continuidad o no de uno de sus principales comunicadores al menos hasta la fecha, que no es otro que Federico Jiménez Losantos (o lo mal parada que quedaría en la emisora, de confirmarse la desaparición del anterior, el propio César Vidal, brillante historiador, novelista y ensayista de temas de espiritualidad cristiana, pero ideólogo claramente liberal también), periodista y escritor brillante, sin duda, pero a nuestro juicio muy sectaria y acriticamente de derechas, en el sentido más crasamente neoliberal del término. Pero bien, comoquiera que ello sea (es decir, les asista más razón y más verdad o menos), no es ésta en realidad breve reflexión el mejor espacio para dilucidar los pros y los contras de ese manifiesto que quiere ser a la vez protesta y propuesta. Por lo demás, dentro de la colección de cuadernillos de Cristianismo y Justicia, el propio José Ignacio González Faus, conjuntamente con otros jesuitas ligados a la misma fundación (Xavier Alegre, Joseph Jiménez, Joseph M. Rambla), recientemente reflexiona sobre la actual crisis eclesial que nos ocupa en esta nota, y lo hace en *¿Qué pasa en la Iglesia?* (Barcelona, 2008).



talina de Siena o Antonio de Padua fueron especialmente duros, es decir, críticos y exigentes, con la respectiva jerarquía de su tiempo en particular, y en general, con los seculares males de la Iglesia. Asimismo, insiste en ese breve artículo González Faus en considerar que el término *madre* aplicado a la Iglesia no pasa de ser una metáfora. Así, si la Iglesia es madre no lo es por ella misma⁵ sino porque en ella la humanidad ha recibido la Vida, que es Cristo. Con ternura y solicitud de madre, la Iglesia sí que ha de llevarnos a Cristo, de manera que ese «periplo» que nos vincula a la comunidad eclesial, en una dinámica que es vital y espiritual, es la razón de ser de la Iglesia, su quehacer más delicado; en realidad, su única razón de ser.

Por ende, la Iglesia ni existe para sí misma ni cabe que ambicione el existir para sí misma, de suerte que ésta, constituida como Esposa del Esposo, que es Cristo, es *vicaria* y servidora de Él y en modo alguno de sí misma.

Teniendo muy en cuenta lo anteriormente señalado, salta bien a las claras que todas las reformas posibles y deseables, y habidas y por haber en el seno de la Iglesia, han de tener como fuente y referente principal a Jesucristo, el Verbo encarnado: todo propósito *vocacional* de la Iglesia por ser fiel a sí misma es directamente

proporcional a su vocación constitutiva de imitarlo a Él.

Así las cosas, la Iglesia no es constitutivamente *eclesiológica* y sí *cristológica* y *pneumatológica*. Aunque no queda ubicada en modo alguno al margen del Reino de Dios (mejor, reinado de Dios), y siendo realidad terrenal pero tensionalmente *escatológica*, la Iglesia ni es cien por cien el Reino, digámoslo así de gráficamente, ni por tanto lo agota ni lo monopoliza, de suerte que fuera de la Iglesia y más allá de la fe y del hecho cristianos hay salvación, generosidad, pasión por la justicia y buenas obras (y de esto mismo podrá ocuparse de manera especial y preferente el diálogo interreligioso), y en el seno del plural y no poco complejo mundo de las comunidades cristianas al margen de Roma, lo mismo (esto es, buenas obras, generosidad y solidaridad, signos de la salvación otorgada por Dios a la humanidad en Cristo y por Cristo...), realidad esta segunda que habríamos de confiar plenamente a la labor del diálogo ecuménico...

A modo de conclusión (a fin de extraer algo provechoso para nuestro turbulento tiempo)

En conclusión, cabría que planteáramos que toda crítica a la Iglesia ha de

ser estimada como bienvenida si es nacida de una conciencia decididamente filial, esto es, de la certeza de pertenecer filialmente a la Iglesia y de sentir por ende un alto grado de estima por ella.

Al margen de actitudes claramente acríicas y acomodaticias o condescendientes hacia la Iglesia misma, pero ciertamente también queriendo huir de una permanente actitud crispada y tensa completamente proclive y afecta al anticlericalismo-antieclesialismo, adviértase que enjuiciar la labor de la Iglesia desde la perspectiva del secularismo más bien radicalizado y pontificante, o desde la perspectiva del relativismo no pocas veces convertido en nihilismo, en la inmensa mayoría de los casos (y ello, conste, sin entrar a analizar o juzgar la conciencia de quien así procede en el juicio y en la crítica) no ayuda a *construir* la Iglesia, esto es, a mejorarla purificándola, haciéndola más auténticamente evangélica.

Por lo demás, basta con mantenerse mínimamente atento al día a día de los medios de comunicación de masas para darse cuenta de que, cabe que digamos que «por desgracia», muchas de las críticas a la Iglesia parecen nacer del resentimiento, el odio, la rabia, el rechazo visceral... Solamente Dios conoce el porqué de esos sentimientos de rechazo hacia la que, a pesar de sus innumerables arrugas y falsedades y fragilidades, sigue siendo, y ello hasta el final de los tiempos *según la fe*, la Esposa de Cristo, sólo que, qué desazón siguen produciendo esos demoledores juicios y críticas que no parecen querer dejar títere con cabeza, y que parecen, por tanto, más que juicios y críticas, condenas sumarísimas sin remisión posible.

5. Si algo es la Iglesia es, según Agustín de Hipona, santa y pecadora, o en más literal traducción, santa y meretriz.

In Memoriam

José Luis Rubio, un Gigante del Espíritu

.....
Antonio Colomer Viadel

Director del INAUCO

En un ventoso octubre de 1960 ingresé en la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia, en aquel caserón histórico de la calle de la Nave, cuyo patio estaba y continúa presidido por la estatua de uno de sus más ilustres estudiantes, Luis Vives, e inicié mis clases de Derecho en el aula que había sido, bastantes años antes, en la que impartía clases don Santiago Ramón y Cajal, cuando en aquel edificio no sólo se enseñaba Derecho y Filosofía sino también Medicina.

Recuerdo estos datos porque una mañana de ese otoño un bedel voceaba mi nombre enarbolando en su mano alzada una carta dirigida a mí como estudiante de primero de Derecho. Se trataba de un escrito del periodista Rodrigo Royo, Director del semanario «SP», de difusión nacional y con un formato tabloide muy innovador en nuestros medios, en donde me informaba que iba a publicar en una de sus primeras páginas mi comentario al libro de José Vasconcelos, «La Raza Cósmica». Hacía unas semanas que este periodista, de regreso de México, donde publicaba una edición iberoamericana de su semanario, escribió sobre el descubrimiento de esta obra del filósofo mexicano, que le había deslumbrado, y solicitaba a sus lectores que le escribieran indicándole si la habían leído y pidiéndoles su opinión.

Por mi parte, había localizado este libro en la colección Austral y también me había impresionado profundamente. Le remití, pues, mi comentario, sin ni siquiera mi dirección, y sólo mi condición de estudiante de primero de Derecho en Valencia. De ahí ese voceo, un tanto escandaloso, del bedel para localizarme a las puertas del aula del primer curso.



José Luis Rubio.

Curiosamente Rodrigo Royo no había recibido casi ningún comentario a «La Raza Cósmica» y el mío lo tituló «Misión hispánica», apareciendo, como prometía, el 15 de diciembre de 1960.

Esta obra me influyó profundamente, tanto por la proyección iberoamericana del autor como por el concepto de mestizaje que estaba en el trasfondo de esa dimensión cósmica a la que aludía Vasconcelos en su título.

Lo que no sabía yo entonces es que unos años después, en 1966, en la editorial ZYX de Madrid, un joven profesor llamado José Luis Rubio Cordon iba a publicar en la Biblioteca Promoción del Pueblo otro libro titulado *La Rebelión Mestiza* que también me iba a impresionar profundamente. El autor escribía en las primeras páginas sobre «Iberoamérica: un destino mestizo superior al europeo», y a continuación, en un prólogo para españoles, definía a Iberoamérica como una misión universal del mestizaje. Ese prólogo era en realidad un artículo escrito en septiembre de 1960 y publicado bajo el

título «El Destino Mestizo», en el número de octubre del mismo año de la Revista *Mundo Hispánico* de Madrid.

No puedo dejar de recordar, con emoción, este curioso sincronismo entre el artículo de José Luis Rubio y el mío en la revista *SP*. Además de la sintonía iberoamericana de ambos hay otro rasgo que quiero destacar: la preocupación por la justicia y la equidad y el sentimiento de que no puede existir justicia para nosotros sin desvivirnos por la justicia para todos. Esa es una de las claves de la ética quijotesca que va a ser uno de los ejes vertebradores de lo que años más tarde llamaré el método crítico argonario quijotesco.

Una de las anécdotas que se va a elevar a verdadera categoría en ese texto de *La Rebelión Mestiza* es la historia de aquel indio peruano, cazado para la guerra en tierras de Bolivia, uniformado malamente, instruido malamente, armado malamente con un fusil, y desde su medio natural de la meseta andina, a cuatro mil metros de altura, llevado como se pudo a una zona baja, de clima tropical e inhóspito para entrar en combate. Nuestro indio peruano —escribió José Luis Rubio— no sabemos si llegó a disparar un solo tiro; pero si sabemos que recibió inmediatamente uno. Fue herido mortalmente. Y sabemos que, en su agonía breve, pronunció en su lengua indígena unas palabras lacerantes e indignadas: ¡me he de quejar a Dios de todo esto!.

A continuación José Luis escribía una frase de valor universal a partir de esta triste y dramática anécdota: «yo recuerdo estas palabras de protesta airada, casi obsesivamente. Porque en el mundo hay muchos millones, muchos cientos de millones, las dos terceras partes de la humanidad que tienen en sus labios también la protesta de este indio».

La obra de José Luis Rubio ha sido desde entonces intensa y profunda, pero yo recuerdo estas primeras páginas sobre las que se va a proyectar, luego, al conocerlo personalmente, el testimonio de un hombre de absoluta coherencia ética entre lo que escribe y lo que vive y hace.

En los inicios de la década de los ochenta, cuando publiqué en el diario *El Imparcial* de Madrid, una columna titulada el «Buho ante el espejo» me pidieron que buscara algunas colaboraciones de amigos y entre ellos José Luis publicó algunos artículos, uno de los cuales, sobre el problema Vasco, me ha dejado también una huella profunda. En él reivindicaba la matriz vasca de tantas hazañas españolas y especialmente de la singladura americana y volvía a proclamar su rebeldía y su ira, en aquellas horas terribles de la violencia terrorista, porque pudiera identificarse a lo vasco con tan inhumano proceder.

Años después fue él quien me convenció para presentarme en 1992 a la elección como Presidente del Consejo Español de Estudios Iberoamericanos, en mi condición de Director del Instituto Intercultural para la Autogestión y Acción Comunal, INAUCO, y de su *Revista Iberoamericana de Autogestión y Acción Comunal*, RIDAA. Durante una década el INAUCO dirigió esta Asociación de los Centros de Estudios Iberoamericanos en España

y siempre tuve presente el ejemplo y el modelo de José Luis Rubio.

Sabía de su enfermedad de los últimos años, cuidado y atendido con admirable abnegación por Nieves Pinillos, su esposa, brillante académica iberoamericanista, que a la vez formaba con José Luis un extraordinario milagro de simbiosis afectiva e intelectual.

Al haber regresado a Valencia, sólo de tarde en tarde nos comunicábamos por teléfono. Aún le publiqué un artículo en el número 45-46-47 del invierno 2005-2006 de nuestra Revista, en homenaje al desaparecido Manuel Lizcano, entrañable amigo suyo.

Por verdadero azar me topé en un número del diario *ABC*, que se repartía gratuitamente en la Facultad, el lunes 1 de diciembre de 2008, con la necrología de José Luis Rubio, bajo el título «Un Espíritu no Colonizado», en donde un antiguo asistente a una conferencia suya, impartida en Badajoz en octubre de 1974, y programada por los Caballeros de la Virgen de Guadalupe, recordaba las palabras de aquel profesor extremeño afincado en Madrid, sobre «la hispanidad en su nueva visión económico-social». Allí explicaba como si el cuerpo se encuentra fragmentado y colonizado el espíritu se encuentra también colonizado por ideas que rompen su eje diamantino de igualdad esencial de todos los hombres, lo que ocurre tanto por

la sumisión a la mentalidad capitalista como por la concepción totalitaria leninista. Proponía que se pudiera llegar en lo económico y social a un sistema socialista de utilización de las riquezas para el bien común, como hicieron los jesuitas en las Reducciones del Paraguay. Y llegar en lo internacional a una defensa de cada colectividad humana, de sus usos y costumbres, frente a cualquier dominación exterior. Sugirió que el 12 de octubre del año siguiente se colocara en la Plaza Mayor de Trujillo un busto de Tupac Amaru, junto a la estatua de Pizarro, porque así se entendería la hispanidad como integración.

El 1 y 2 de diciembre de 2008 celebramos en Valencia un Encuentro Internacional con motivo de los 30 años de la fundación del INAUCO y los 25 de la Revista RIDAA. En esta ocasión el Instituto ha instituido su premio «Gigante del Espíritu» que fue otorgado al antropólogo francés Dominique Temple, destacado pensador de la Teoría de la Reciprocidad y profundo conocedor de las comunidades andinas, y al economista chileno Juan Guillermo Espinosa, estudioso de la economía de la solidaridad.

Ciertamente, entre sus candidatos potenciales estaba José Luis Rubio. En todo caso, él no necesita premio para ser un verdadero Gigante del Espíritu, cuyas ideas y ejemplo nos iluminan el camino a los demás.

Antonio Andrés una vida consumada en Cristo

(Valencia, 1932-Barrio del Cristo, 2009)

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

Me envía nuestro Paco Cobacho esta entrevista¹ «que no tiene desperdicio: Antonio en estado puro». Agradezco su reproductibilidad y, una hora antes de tomar el avión que me lleva a México de nuevo, quiero decir unas palabras de todo corazón sobre nuestro hermano. Conocí a Antonio por mediación de José Miguel Oriol con ocasión de la salida de la *Revista Católica Internacional Communio* cuando había otra España y otra cultura. Allí estaban en la *Communio* española teólogos de máxima talla como Olegario González de Cardedal, Juan Luis Ruiz de la Peña, Juan Martín Velasco, Ricardo Blázquez... y Antonio Andrés, un cura obrero empedernido fumador, con una lamentable salud de hierro y vencedor de mil combates valetudinarios. Ahí estaba Antonio Andrés, a la altura reflexiva de esos grandes teólogos, y lo digo con el corazón en la mano. Yo miraba a cada uno de ellos con mi boca abierta, mientras cada una de las suyas emanaba sabiduría. Cómo pudo este buen señor haber aprendido tanto es cosa que hay que preguntar a Bernanos, Graham Green, y sobre todo a su mirada poética, es decir, poética, la emanada de su condición de pintor con arte y oficio. Con arte y oficio dramático, claro está, mirando hacia dentro después de haber mirado hacia afuera. Leía más de lo que sus ojos podían, y podía más de lo que sus ojos miraban. ¡Qué Antonio, animal de otra especie y de otra época! Yo no sé por qué sé tan poco tras haber convivido y aprendido con aquellos maestros, aunque siempre me ha acompañado la

sospecha de que la razón es muy sencilla: no doy para más. Es eso lo que me pasa: que sé mal lo que ellos me han enseñado con amor muy bien. Ese ha sido, de todos modos, mi privilegio.

Y además Antonio Andrés fue mi guía espiritual, mi consejero, mi preceptor, mi sacerdote de inextinguible capacidad de acogida, mi paño de lágrimas por do más dolido me había. Y eso fue también a la chita callando para muchos de nosotros, especialmente para mí. Biblia, cristología, sus escritores humanistas, personalistas y comunitarios, sobre todo su hondura, la seriedad del seguimiento a muerte de Jesucristo, con todo eso y con su tímido amor lleno de humor, Antonio fue paño de mis lágrimas. De lágrimas durante los momentos más oscuros de mi vida. Al final sobraron los psiquiatras, ya sé que sólo Dios salva, hermano Antonio, y tú como mediación radiante, como rostro afortunado de Dios, salvaste la mía, y sigues salvándola. Bien sabes que fui dócil y que me acurruqué junto a ti muchas veces, especialmente en aquel retiro que nos diste a unos pocos allá por una breve ermita perdida (¿La Fuensanta?), no sé si de Ávila o de Salamanca, donde me reventaban literalmente los oídos de tanto abrirlos para que entrase lo que no quería dejar entrar, pero también de tanta escucha de los sonidos del silencio, tan sanador. Antonio, eras el mejor. Lo hacías con todos los que querían escucharte, que fuimos muchos.

Viviste en una comunidad cristiana casi toda tu vida sacerdotal, allí recogías enfermos de la calle, viejos desahuciados, gentes sin ton ni son, erais un pu-

ñado de dos hombres (el otro Eutiquio, sacerdote barrendero) y un puñado de dos santas mujeres que lo dejaron todo por el Reino; Fina murió y Sisa sigue, algo demenciada ya, pero continuando por la misma senda, pues ¿qué senda sino la del extravío podría estar recorriendo una médica que «colgó los hábitos» de licenciada, dejó todo y se plantó en el duro Barrio de El Cristo de Quart de Poblet, uno de los lugares aledaños a Valencia, por cierto, donde el ambiente sigue siendo en cierto modo obrero, de casas bajas, en contraste con todos los entornos?... Pues allí viviste, en la única comunidad cristiana «de base base» que termina, pero no se deshace.

Gracias, Antonio, por el don de tu vida. Se me va a escapar el avión y tengo que acabar esta crónica que es de operación de urgencia, a pecho abierto y sin anestesia. En la misa de tu funeral pude darme cuenta de lo que has sido, de cómo la gente tomaba la palabra espontáneamente para llenarte de piropos, esos que rechazabas en vida, tan tú, para decirte con mucha ternura y vigor, como yo sinceramente antes no lo había escuchado jamás en ningún funeral, cuánto significa(ba)s para nosotros por los siglos de los siglos, hermanito Andrés. Allí Mari July a quien tanto amaste, y yo mismo, en esa iglesia humilísima de tu encarnación, vimos a muchísima gente muy conocida aunque irreconocible por el paso de los años. Con muchos no hablamos, pero su rostro hablaba por ellos. Adiós, amor nuestro, árbol de árboles, bajo tu añoso tronco, espéranos hasta el próximo milagro de la primavera. Qué contentos estamos, qué alegría nos dejás.

1. Leer en <http://www.xarxacristiana.blogspot.com/2009/04/antonio-andres-valencia1932-barrio-el.html>

Le escribe Quique:

Sólo sobrevive el amor. Me lo enseñaste, Antonio. Nos lo enseñaste, con tu vida derramada, a los vecinos del Barrio del Cristo, a las comunidades cristianas, a los compañeros y compañeras de la Asociación de Vecinos y de Teuladí, a nuestros amigos encarcelados en la prisión de Picassent, a tus compañeros curas obreros...

«Me gustaría, antes de morir, vivir la experiencia en la que creo». Así de contundente contestaste una vez cuando, hace un año, se te pidió que expresaras un deseo.

Sé que lo colmaste. Lo sabemos muchos y muchas.

Este poema de Vladimir Holan te encantaba, Antonio. Me lo dijiste. Ahora que lo releo, me imagino que es así cómo andas ahora, querido Antonio, resucitado.

Resurrección

¿Que después de esta vida tengamos que despertarnos un día aquí al estruendo terrible de trompetas y clarines?

Perdona, Dios, pero me consuelo pensando que el principio de nuestra resurrección, la de todos los difuntos, la anunciará el simple canto de un gallo...

Entonces nos quedaremos aún tendidos un momento...

La primera en levantarse

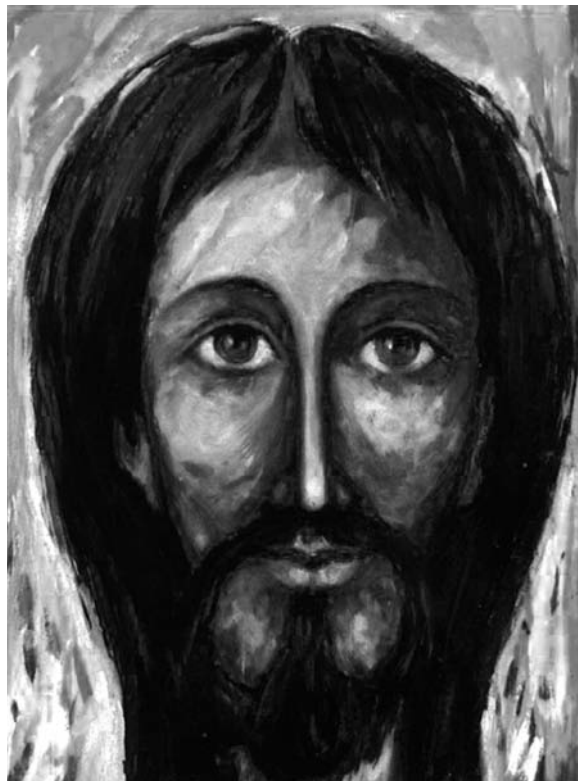
será mamá... La oiremos

encender silenciosamente el fuego,

poner silenciosamente el agua sobre el fogón

y coger con sigilo del armario el molinillo de café.

Estaremos de nuevo en casa.



Reproducción del Cristo que pintó Antonio Andrés.



Antonio, Eutiquio, Agustín... Barrio del Cristo, 1969.



ANTONIO ANDRÉS JUAN
Sacerdote

Nacido en Valencia el 17 de abril de 1932
Nacido a la vida eterna el 22 de abril de 2009

*"Creer en Cristo es creer que Él es Dios.
Que está vivo y que merece que le entregemos la vida entera.
Creer en Cristo es aceptar su mensaje.
Creer en Él es aceptar que es la respuesta.
La salvación y el impulso de nuestra vida.
Creer en Él es decir Sí a su persona y a su palabra.
Es fiarse plenamente de Él.
Creer en Cristo es vivir haciendo su voluntad"*

(Antonio Andrés, *Cristología popular*)

**Para leer la última
entrevista que se
le hizo a Antonio:**

Xavier Corrales:
De la misa al tajo;
Universidad de
Valencia, 2008.



Ética y política. II

Alasdair MacIntyre

Editorial Nuevoinicio, Granada, 2008, 358 pp.

A veces me he preguntado por qué me gusta leer a un filósofo como Alasdair MacIntyre y la respuesta es que trata los temas con originalidad porque mira a la realidad desde dentro, como pocos la miran. Esa potencia intelectual dirigida por una gran libertad de espíritu me reconcilia con la filosofía. Alasdair MacIntyre, por lo demás, tiene una amplitud de conocimientos al margen de toda arrogancia y un sentido del humor que puede llegar a ser deletéreo. Situado en los límites del mundo, allá donde el pensamiento sajón y el continental se cruzan, cuando contemplo a nuestro autor desde el punto de vista cristiano me siento reconformado en la eterna vitalidad de la fe, al margen de cualquier miedo, por lo que su tomismo abierto pone también en tela de juicio a los malos escolásticos, la mayoría de ellos con un talante avinagrado.

Sé que no es éste el modo académico de hacer la reseña de un libro como el presente, pero dejo para los mejores el intento. En el estrecho marco de los límites de la revista *Acontecimiento*, sólo puedo dejar constancia de su índice, un conjunto de ensayos diferentes, aunque no del todo, en tres partes. La primera, «Aprendiendo de Aristóteles y de Tomás de Aquino», es un bello ensayo sobre el aristotelismo de algunos renacentistas y sobre algunos otros aristotélicos modernos, así como sobre el caso de Tomás de Aquino y las controversias morales. La parte segunda, «Ética», contempla el

estudio de algunos dilemas morales, especialmente en torno a la relación verdad-mentira (Stuart Mill, Kant), y la parte tercera se refiere a «La política de la ética». Agradecemos con devoción esta nueva aportación de la granadina Editorial Nuevoinicio.

CARLOS DÍAZ

Para comprender a Edith Stein

Urbano Ferrer (Ed)

Ediciones Palabra, Madrid, 2008, 412 pp.

En el presente libro prestigiosos conocedores de Edith Stein se concitan aportando una importante visión de esta pensadora eminente. Bajo la dirección de Urbano Ferrer, el primer núcleo temático, en torno a los aspectos más biográficos de la pensadora Edith Stein, corre a cargo de Francisco Javier Sancho («El ambiente espiritual y humano en Edith Stein»), Emilia Bea («Edith Stein, hija del pueblo judío e hija de la Iglesia») y José Luis Caballero, cuya ironía contenida me encanta («Las condiciones de una autobiografía»). El segundo núcleo temático analiza los aspectos más reflexivos de nuestra autora y corren a cargo de Fernando Haya («Sobre el problema de la empatía») y del denso Urbano Ferrer («Edith Stein: Una aproximación a la persona desde la causalidad y desde la motivación»). Lo que podríamos considerar tercer núcleo temático se compone de los cuatro artículos finales: «La noción de tipo como base para una nueva filosofía de la cultura», de Felician Merino, «Identidad y misión de la mujer. El aporte personalista de Edith Stein» (de Inés Riego de Moine), «Fenomenología de

la vivencia religiosa en Edith Stein», a cargo de Beate Beckman-Zöllner, y «La fenomenología propedéutica de la fe en Edith Stein», de Ezequiel García.

Por mi parte sólo me queda agradecer a Juan Manuel Burgos su excelente tarea como director de la Biblioteca Palabra de Ediciones Palabra por la ya nutrida y excelente aportación que lleva a cabo en el terreno del personalismo comunitario de matriz cristiana.

CARLOS DÍAZ

La clase obrera hace historia

Paco Zugasti Jiménez

Colección Sinergia, 2009, Serie Roja, 140 pp.

Abad de Santillán repitió en múltiples ocasiones que el movimiento obrero libertario —o anarquista—, que es del que aquí se trata, hereda un cierto «hilo rojo» más o menos patente a lo largo de la historia. Un hilo que simboliza la lucha por la libertad en justicia, por la justicia en libertad. Un hilo que también habla mucho de fraternidad... Pues bien, este librito de Sinergia rescata los comienzos del obrerismo de corte libertario. Es un texto militante, para nada uno de esos estudios revisionistas tan de moda. El aliento anarquista de Paco Zugasti no se niega, ni tiene por qué hacerlo. Por otra parte le debe mucho al gran Santillán y sus inmensos esfuerzos de historiador. Sí, de historiador que además hizo historia y no sólo la construyó en libros.

¿Qué nos enseña el movimiento obrero anarquista?

Que la utopía no deja al devenir diario, que de pequeñas luchas también se vive. Y así nos legaron derechos para algunos venidos del cielo.

Que el sacrificio es la esencia del hombre. La libertad no significa azar, sino entrega para libertar al oprimido.

Que la organización no debe borrar a la persona:

«Detrás de cada acontecimiento hay una suma de esfuerzos y sacrificios personales» (p. 83).

Que incluso con todos los errores cometidos en su devenir pocos movimientos sociales dejan una cultura en libros, historias, biografías y conquistas como el protagonista de este libro.

Que todos podemos y debemos aprender por encima del presunto rol social que tengamos. Esta gente eran obreros que por autodidactismo llegaron a escribir obras tan profundas y sólidas como la de un Anselmo Lorenzo.

Que el pueblo no debe ser dirigido por las élites, sino confiar en ellas para que sean sus maestros. De ahí la importancia de la pedagogía en el sindicalismo libertario.

Que una lucha económica sin más cae en el corporativismo y el olvido de los problemas planteados en otras empresas o sectores. Lo vemos todos los días en los conflictos laborales.

Que el fin no justifica los medios. Por ejemplo, un obrero concienciado no trabajará para construir armas o cualquier otro artificio de muerte.

Y así ad infinitum...

Claro que hay sombras en esta historia, pugnas, escisiones, luchas personales, arrogancias injustificadas y teorías fallidas. Claro que en diversos sitios se habla del fracaso libertario... que es el fracaso de nuestra civilización, diría yo.

Rincón bibliográfico

En cualquier caso demos gracias a Paco por devolvernos esta historia, que tanto amamos. Aquí hay además textos clave para entender las ideas libertarias y un puñado de biografías que sirven para eso tan importante del testimonio. Son todos los que están, aunque no están todos los que son.

Por cierto, ¿para cuándo un librito hasta la actualidad?

FERNANDO PÉREZ DE BLAS

Interculturalidad y convivencia. El «giro intercultural» de la filosofía

Graciano González R. Arnaiz
Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.

Este libro de Graciano González presenta y propone un concepto de *interculturalidad* que «reconociendo el espacio global de intercambio personal, comunitario e institucional en el que estamos, no abdique de una reconsideración crítica —es decir, moral— del mismo, en virtud de los valores desde los que la interculturalidad se reclama» (p. 39). El estudio de la interculturalidad es, pues, el objetivo de la obra, teniendo en cuenta que se trata de un verdadero *espacio moral*, es decir, el marco por excelencia de las relaciones humanas que surgen en este nuevo paradigma social en el que estamos inmersos.

Tras considerar el nuevo paradigma desde el punto de vista sociológico, y poner al lector ante la realidad de los fenómenos migratorios y el contexto de la globalización, el autor plantea la posibilidad de una particular lectura de la globalización, hecha desde cada cultura, con el propósito de que las diferentes perspectivas enriquezcan esta interpretación y le confieran una

fecundidad que ayudará a hacer más sólidas y auténticas las relaciones interculturales. Es importante subrayar que estas relaciones interculturales no dejan de darse en el espacio del «entre», aunque se entienda aquí como lugar privilegiado del intercambio no ya entre el *yo* y el *tú*, como lo concebía Buber, sino como encuentro *entre* culturas, mas no por ello menos verdadero, pues también se trata de hallar el rostro del otro, aunque ahora sea cuestión de los rostros de las diversas culturas.

El autor presenta un camino que evoluciona desde el concepto de *pluralidad* hasta el mucho más fecundo de *interculturalidad*, pasando por el estadio intermedio del multiculturalismo. Y defiende que es la interculturalidad la que permite poner de relieve el aspecto de verdadero encuentro, porque en ella se define el *entre* donde coinciden el emigrante y el autóctono en una relación que ha de darse en un espacio ético de convivencia. Así, la interculturalidad es verdadera *categoría moral*, donde prima la relación sobre otros aspectos; y conlleva también una *exigencia moral*, vista como «reivindicación de un 'espacio moral' de referencia, descubierto por la propia razón, en el que hombres y mujeres, venidos de todas partes, puedan compartir un espacio comunitario, a fuer de humano y humanizador» (p. 80).

Después de la perspectiva sociológica, es la perspectiva antropológica la que adquiere centralidad en la obra, porque no deja de ser ésta la dimensión donde se genera la verdadera moralidad, aunque desde ahí se haga extensiva a

campos más amplios que siguen teniendo como protagonista al hombre, auténtico sujeto de la moral. La perspectiva antropológica se analiza a través del método fenomenológico, de manera que la interculturalidad aparece como «identidad abierta» y como «encuentro» desde una identidad expuesta (p. 92); encuentro en el que se consideran tanto el *pathos* como el *ethos*, y donde se destaca la asimetría de las partes encontradas, su respectiva alteridad. Y es en el *ethos* del encuentro donde el autor subraya la importancia del respeto por el otro, así como la consideración de su dignidad, que conducen a una responsabilidad comprometida que lleva a ponerse en el lugar del otro y a *responder* por él.

La ética de la interculturalidad —que es *ética de la alteridad*— plantea la pregunta por la existencia de una *razón intercultural* que tiene en el diálogo su principal instrumento. Se trata de un diálogo fecundo, en el que las partes, al dejarse cuestionar, se *exponen*, y que se traduce en la *proximidad* «como manera de ser y de estar los hombres referidos unos a otros» (p. 130).

Naturalmente, la educación intercultural ha de jugar un papel primordial en esta ética. Y contando con ella, la interculturalidad habrá de traducirse también en alternativas políticas que den soluciones, sin dejar de tener en cuenta el contexto de la globalización, que viene a ser como el humus de todo este proyecto de ética.

El libro concluye con un «epílogo para filósofos» que trata de las relaciones entre Interculturalidad, Convivencia y

Paz (ética de la Paz), donde adquieren especial protagonismo los derechos humanos, como una apuesta hecha desde occidente pero que no es patrimonio del lado occidental. La apertura a las diversas interpretaciones culturales es una fuente de riqueza que puede y, en cierto modo, debe configurar nuestro mundo, desde su realidad intercultural, haciéndolo más justo y habitable para todos. Un verdadero quehacer ético, el que propone Graciano González R. Arnaiz.

CARMEN HERRANDO

Sobre la bondad humana

Félix García Moriyón
Editorial Biblioteca nueva. Madrid 2008.

Nos encontramos ante un interesante ensayo que reflexiona sobre el ser humano y más concretamente sobre su naturaleza moral. Félix García sostiene la tesis de que ser buena persona supone un verdadero esfuerzo, pero que ese esfuerzo merece la pena. A lo largo de unas 300 páginas divididas en seis capítulos, el autor se encarga de explicar que esta tarea de ser cada día mejor es rentable, frente a supuestas opiniones frívolas y con falta de rigor, pero de moda, que sugieren que para alcanzar la felicidad el camino más corto es la maldad.

El ensayo gira en torno a tres ejes fundamentales que nos ayudan a entender qué se necesita para mejorar moralmente: a) debemos estar informados sobre nosotros mismos y sobre las circunstancias que nos rodean, b) analizar los diferentes problemas morales que afrontamos para tomar las decisiones correctas, y por

último, c) cuidar nuestros sentimientos morales como el amor, el cariño o el valor.

Es un ensayo de lectura fácil y cómoda, lo que se agradece, ya que últimamente, abundan textos de reflexión moral que resultan ininteligibles debido, probablemente, a que detrás de esos farragosos ensayos no encontramos ninguna idea. Con Félix García sucede lo contrario, se le entiende perfectamente y todo lo explica con una claridad meridiana. Cada vez que el autor, por exigencias de lo que está defendiendo, necesita profundizar en algunos aspectos técnicos de filosofía moral, lo hace de tal forma, que lo que escribe resulta comprensible; aporta numerosos ejemplos muy elocuentes que ayudan al análisis de los temas tratados. Sin duda, nos encontramos ante un ensayo estimulante, que no sólo debe interesar a los especialistas de la filosofía práctica, cualquier persona que quiera aproximarse a una reflexión moral sincera y cargada de buena voluntad, encontrará en este ensayo, diferentes reflexiones enriquecedoras que le harán pensar, y también, por qué no, le invitarán a ser mejor persona. Se observa que es un texto escrito de una manera sincera, desde el conocimiento y el cariño. Cabe destacar que se trata de un texto riguroso y preciso; si los científicos aportan experimentos para contrastar sus hipótesis, el autor ilustra cada una de sus afirmaciones con ejemplos extraídos de la vida real, de la filosofía, de la

literatura y el cine.

Observamos que uno de los grandes problemas de los que se ocupa la ética en la actualidad es el de reflexionar sobre cómo es posible conciliar los sistemas morales de las diferentes tradiciones culturales; Félix García asegura que los principios morales fundamentales no son muy diferentes entre las distintas civilizaciones. Defiende que está en nuestra naturaleza humana el deseo de ser mejores, de hacer el bien, eso es algo común a todos que forma parte nuestra idiosincrasia como humanos que somos. En el ensayo encontramos que, para alcanzar la excelencia moral, podemos echar mano de nuestra intrínseca bondad natural y también de una serie de orientaciones concretas que van de más a menos sofisticadas; desde específicos tratados filosóficos, hasta los refranes que recogen interesantes consejos llenos de sabiduría popular. Félix apuesta por una moral de contenidos y por una ética de valores, frente a otras propuestas formalistas que quizás no sean demasiado resolutivas para solucionar problemas concretos o para llegar a un mejor entendimiento entre todos, independientemente de cuál sea nuestra tradición moral.

En definitiva, se trata de un ensayo muy sugerente, invita a ser buena persona, está escrito con rigor, su lectura es ágil y amena y, por si fuera poco, nos invita a ser cada día mejor, que es un elemento fundamental e imprescindible para alcanzar la felicidad; en

este ensayo encontramos todos estos ingredientes, lo que hace de su lectura un placer intelectual ineludible que no podemos perdernos. Es una BUENA OBRA.

MIGUEL ÁNGEL
MARTÍNEZ DE LA CALLE

Pobreza y libertad. Erradicar la pobreza desde el enfoque de Amartya Sen

Adela Cortina y Gustavo Pereira (Editores).

Tecnos, Madrid 2009. Editores.

Si el divorcio entre ética y economía era algo que se daba por sentado desde principios del siglo xx, el reencuentro entre ambos es ahora inevitable. Sólo desde este reencuentro se torna posible que la economía se traduzca en ciencia que toca de lleno problemas concretos que afectan a personas concretas. La meta del reencuentro mentado es la búsqueda de criterios y condiciones para que todas las personas tengan una vida digna. Todo enfoque que no asuma dicha cuestión ha de ser descartado, como expresa Adela Cortina.

Analizar de forma pormenorizada el planteamiento de Amartya Sen en orden a intentar responder a la problemática suscitada en torno a la pobreza y las desigualdades en el mundo es el objetivo de los catorce estudios que los editores de este libro, Adela Cortina y Gustavo Pereira, nos presentan.

La pobreza es un reto que los gobiernos se comprometieron a erradicar en los famosos «Objetivos del Milenio» y dicha

cuestión pasa por la implantación de determinadas políticas que no pueden ignorar la llamada al servicio del bien de los seres humanos en libertad y en igualdad. Desde el pensamiento de Sen, concretamente el «enfoque de las capacidades», la pobreza no es sólo falta de medios, no se trata sólo de que sus preferencias no están suficientemente satisfechas. «La pobreza es ante todo falta de libertad para llevar adelante los planes de la vida que una persona tiene razones para valorar: es pobre quien no puede desarrollar los proyectos vitales que podría desear razonablemente».

«Enfoque de las capacidades», «libertad de agencia», «oportunidades reales y aspecto de proceso», «autonomía» son conceptos claves en la propuesta de Sen que irán siendo desgranados a lo largo de los diversos estudios de este trabajo a la par que irán siendo analizados otros enfoques con matices diversos como los Honnet, Nussbaum, J. Sachs, Apel e incluso el mismo Hegel y su reconocimiento mutuo.

Posiciones como las expuestas en este libro se convierten en serias propuestas en orden a la solución de los problemas y cuestiones derivados de la desigualdad y la injusticia, así como un reto constante y permanente para las propuestas de los que se dicen personalistas comunitarios.

RAMÓN HORCAJADA



PRESENTACIÓN

Frente a una sociedad sumisa: «resistencia y sumisión»

■ **LUIS FERREIRO**

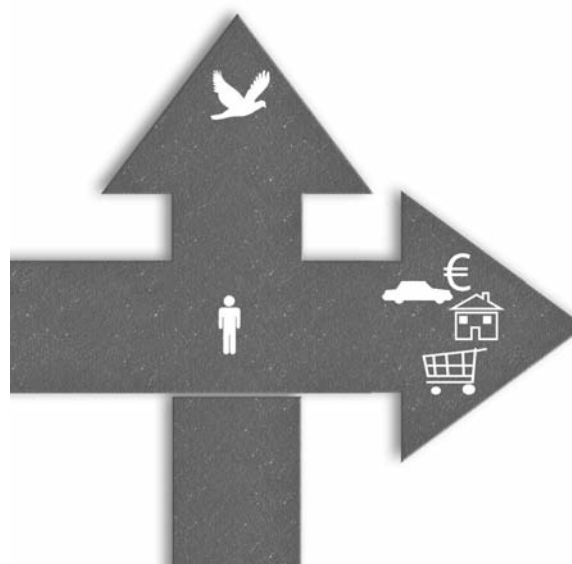
Director de *Acontecimiento*

La libertad es un bien escaso y por tanto es muy caro alcanzarla. Tan cara es la libertad que a veces hay que pagarla con la propia vida y, sin llegar a este extremo, costearnos algunas libertades mínimas nos exige constantemente pagar el precio de algún que otro sacrificio, para lo cual se necesita poseer una fortaleza y una energía, propias de espíritus fuertes.

No existe la libertad sin fuerza, especialmente, sin fuerza interior, personal. ¿Dónde se podrá apoyar la persona para resistir a las fuerzas exteriores que trabajan para someterla? Paradójicamente: en una sumisión libremente elegida. La palabra chirría, lo sé —quien no la pueda tragar puede sustituirla por adhesión—, pero lo repito, sólo si soy sumiso, libremente, y desde el fondo de mi alma, a algo que vale más que mi vida tendré la fuerza y el coraje para combatir contra cualquier intento de sometimiento. Sólo siendo obediente a mi conciencia, a cualquier precio, seré capaz de desobediencia a cualquier opresión. Ése es el sentido profundo del lema de Dietrich Bonhöffer que nos hemos apropiado.

Como el hombre occidental, después de dos siglos de ilustración, no puede respetarse a sí mismo si no vive la libertad, busca y crea sucedáneos de la libertad con los cuales se evade a un mundo virtual en el cual, al precio del autoengaño, poder relajar la ansiedad que le crea el deseo insatisfecho de la libre expansión de su realización personal.

El malestar contemporáneo del hombre deriva, según Freud, de la represión continua de sus deseos. Para Freud, esta represión es necesaria en aras de la convivencia social. Sin represión no habría civilización posible. El optimismo ilustrado de la libertad estaría destinado a la frustración y no habría que hacerse ilusiones acerca de la bondad de la libre manifestación de los deseos humanos, entre otras cosas, porque esos deseos reflejarían el egoísmo humano y no contribuirían a la paz social. La sociedad estaría siempre en la encrucijada entre dos caminos, uno que podría llevar a una libertad individualista completamente irresponsable frente a



los demás, y otro que aseguraría el bienestar social a costa de reprimir la imprevisible libertad del individuo como el peligro más amenazador para la sociedad.

En este conflicto caben intentos variados de reconciliar la libertad individual y el bien común, pero el aparato del poder ha sabido manejar los ingredientes, previamente adulterados, en su favor, resultando una cultura de masas, a la vez dominada y dominante. Dominada, en cuanto diseñada conforme a los intereses de los poderes dominantes, especialmente con los económicos. Dominante, en cuanto su poder avasallador consigue imponer opiniones ortodoxas hasta la unanimidad y disciplinar a las multitudes mediante unos patrones de conducta uniformes, con una eficacia que está fuera del alcance de la más férrea organización militar.

Esta conformidad espontáneamente inducida delata a esta cultura como una especie de alienosfera constituida por invisibles redes conceptuales, afectivas, emocionales, instintivas... en las que estamos atrapados y entre cuyos nudos nos movemos, deseamos, pensamos, queremos, amamos... sin que nos demos cuenta de que transitamos por direcciones prefijadas, por mucho que creamos en libertades individuales. En esa red funcionan poderosos mecanismos de sometimiento que tienen mucho que ver con el poder de inducir amores y temores de las más diversas especies. En esa atmósfera, la persona está bajo riesgo de sufrir un desdoblamiento entre su **yo íntimo**, como reducto de libertad y de verdad, cada vez más reprimido, impotente y amenazado de extinción, y la **imagen del yo** vacío proyectada al exterior, siempre en busca del éxito por medio de adaptaciones susceptibles de una buena socialización o, lo que es lo mismo, la armonía entre un falso yo y una falsa sociedad.

En las páginas que siguen encontraremos, en primer lugar, varias semblanzas de personas que se resistieron a una fácil adaptación y a dejar que las circunstancias doblegaran sus más íntimas convicciones (Bonhöffer, Gandhi, Rovirosa...), para después insinuar algunos campos de resistencia que nos ofrece la sociedad actual.

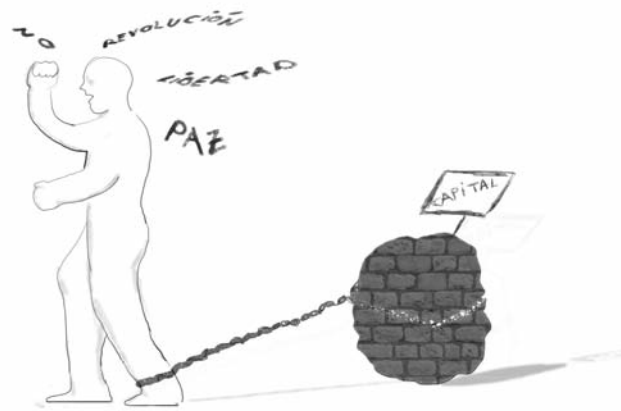
FENOMENOLOGÍA DE LA INSUMISIÓN PERSONALISTA COMUNITARIA

□ CARLOS DÍAZ

Presidente Fundación Emmanuel Mounier

Como dice muy bien mi hija Esperanza Díaz en su artículo de este mismo número de *Acontecimiento*, «Gandhi, un resistente», resistir no es durar. Resistir no es mantenerse atado a una idea concreta. Resistir no es soportar masivamente. Resistir es ser fiel a uno mismo. Resistirse es hacerse mejor y hacer mejor al contrario. Resistencia es no-violencia que no debe confundirse con cobardía. Y por mi parte añadido: la persona resiste mal cuando se resiste al bien sometiéndose a lo malo; resiste bien cuando resiste al mal y se somete al bien. Es necesaria una resistencia fecunda, no el simple «no nos moverán», lema que también podría aplicarse a quienes no saben dimitir de sus canonjías. Una resistencia a la altura de la persona es una rebeldía contra todo lo que indignifica. Y una sumisión voluntaria a los valores que valen más. Dicho esto, poco más habría que añadir.

Sociofenomenológicamente, ésta es una sociedad esencialmente sumisa. Endurecida. Débil¹, floja, romántica de culebrón, pero no fuerte. Ameboide, sólo aparentemente flexible y a la vez rígida, sin sujeto donde echar el ancla. Autocomplacida, feliz y con gran autoimagen (*misosofía*, encono contra la verdad), especialmente los jóvenes, entre algodones. Hipócrita ritualizada: todo el mundo tiene las manos blancas contra ETA, pero sucias con lo demás. Tolerante de fachada, pero intolerante (tolera el mal). Nihilista paradójica, pues no busca la nada, sino la renta *per capita*. Está a favor de «algo» pero contraria al «alguien». Descabezada reflexivamente, de vuelco emocional en vuelco emocional, desmedulada, culturalmente invertebrada. Mediáticamente vulga-



rizada. Relativista moralmente: el valor es sacrificado al interés particular. Preconvencional, incapaz de posconvencionalidad. Entreguista axiológicamente: París bien vale una misa. Erotizada en todos los terrenos: político, social, sexual. Inescarmentable. ¿Era esto el capitalismo? ¡Pues bien, vamos a él de nuevo! Juega con fuego y prende fuego a la naturaleza convertida en hoguera entre los desheredados de la tierra. A veces con rebeldías sin causa, sin permanencia y sin para qué. Teófoba: cristófoba, antropófoba. *No somos más que* un pedazo de grasa mañana arrastrado al corral por las mulillas tras la faena en el ruedo. Zaratustra lo habló así de premonitoriamente: «Cuando era joven, este Dios del Oriente era duro y vengativo, y construyó un infierno para diversión de sus favoritos. Pero al final se volvió viejo y débil y blando y compasivo, más parecido a un abuelo que a un padre, y parecido sobre todo a una vieja abuela vacilante. Se sentaba allí mustio, en el rincón de su estufa, cansado del mundo, cansado de querer, y un día se asfixió con su excesiva compasión». *Cristiandad difunta*: «Ciertos espíritus disecan las cuarenta y cinco etapas del fervor, desde sus sillones de parroquianos de élite hasta el comulgatorio y vuelta. De ello hacen grandes libros con su yo en viñetas. Bienaventurados mis lectores, pues en mí ellos verán a Dios. 'Son sutiles, sus virtudes tienen los dedos finos. Pero les faltan los puños. Sus dedos no saben articularse en los puños'. Una religión de la yema de los dedos no 'agarrar' nada, ni siquiera el reino de Dios... El inventario sociológico del cristianismo es alarmante: se convierte rápidamente en una religión de mujeres, ancianos, y pequeños burgueses. Casi está eliminado el

1. Experta en *kolakeia*: adulación (Platón). Cuando es así, entonces hay que recordar al dramaturgo noruego Ibsen: «La mayoría siempre se equivoca».

elemento duro de nuestras poblaciones modernas: el elemento obrero. ¿La causa de este desplazamiento de gravedad sociológica? El acaparamiento progresivo del cristianismo occidental por la clase burguesa. La cristiandad no saldrá de esta anemia con el acrecentamiento de precauciones y de remedios, al modo como se debilitan los enfermos ociosos» (Mounier: *El afrontamiento cristiano*).

El primer efecto de la adhesión cristiana es siempre despojar al hombre de su paz, de esa paz que él ha adquirido como una más entre sus propiedades, que él ha firmado abandonando su vocación de cristiano por un pacto de no-agresión con el mundo tal como va, por una decisión de no intervención en las miserias de la humanidad. El orden por el que la paz cristiana busca la serenidad es el orden de la Cruz, es el precio de una lucha, de una conquista, de un desagarro. Algunas personas se persuaden de que cuanto más pura es una idea, menos energía tiene y, abusando de las palabras, hacen pasar bajo el pretexto de la pasividad contemplativa, de la renuncia, de la inefabilidad mística, su amor a la vaguedad y a la desvirilización de su vida espiritual. Especialmente tienen afición a hablar hindú. Sea, hablemos hindú y oigamos también al Mahatma Gandhi tratar de la no-violencia: 'Allí donde no hay otra elección que entre cobardía y violencia, yo aconsejaría la violencia. Yo cultivo tranquilo el coraje de morir sin matar. Pero arriesgaría mil veces la violencia antes que la castración de toda una raza'. De tales hombres escribía Péguy: 'Porque no tienen el coraje de ser hombres del mundo, creen que son de Dios. Porque no tienen el coraje de ser de uno de los partidos del hombre, creen que son del partido de Dios'. Pero este mundo es un mundo sólido, duro. El pacifismo idealista no solamente detesta la brutalidad, sino que tiene horror enfermizo a la firmeza en la virtud. ¿Vamos entonces nosotros a aceptar la vieja justificación de la guerra con la darwiniana lucha por la vida, donde el hombre es un lobo para el hombre? No. Todas las tiranías profesan ese pesimismo básico sobre la naturaleza humana. Ese pe-

simismo no es católico. Para el catolicismo, el pecado original ha privado al hombre de un régimen de gracia sobreabundante y ha herido a una naturaleza que estaba orgánicamente inserta en esa vida de gracia. Pero no la ha destruido ni mancillado, y esa naturaleza, que permanece sustancialmente buena, es en todo momento, por su consentimiento a una gracia siempre ofrecida, capaz de restauración. Al belicismo que considera la guerra como una fatalidad ineluctable de la naturaleza, y por ende como un organismo político normal, nosotros oponemos, por tanto, el rechazo que de él hacen la teología y la esperanza cristianas. No hemos de quitar ni una coma a lo absoluto de la ley del amor para acomodarla a los fallos de los hombres. Su llamada permanece suspendida sobre cada uno de nosotros. En vez de imaginar las relaciones de los hombres bajo el aspecto de un sueño bienaventurado, yo reconoceré en un aspecto esencial de la paz cristiana una transfiguración de la fuerza: no ya violencia agresiva, sino vigor tenso, ofensivo, aventurero, generoso. La fuerza espiritual ha sido integrada en la categoría de las virtudes cristianas; fuerza, prudencia, templanza y justicia se sostienen orgánicamente, y todas juntas están subordinadas desde dentro a la caridad. Así no produce, como la fuerza bruta, la coacción, la humillación, sino una especie de viril ternura. *Suaviter et fortiter*. Hacer una paz que tenga la grandeza de alma de la guerra. Restablecer en la paz las virtudes de la guerra. No hacer de las asociaciones por la paz un hospital para impotentes, una clínica de sentimientos afeminados. Persuadir a los espíritus y entrenar los cuerpos para que admitan mediante disciplinas convergentes esa primera verdad de nuestro pacifismo: la paz no es un estado débil, es el estado fuerte que requiere de nosotros el máximo de desprendimiento, de esfuerzo y de riesgo para mantener en ella el heroísmo de nuestra vocación cristiana².

2. Mounier, E.: *Los cristianos ante el problema de la paz*. Editorial Sígueme, Salamanca, Obras Completas, III, 919-927.

The butterfly effect. «Los hombres contra lo humano, cada vez menos entre hombres y cada vez más entre subhombres»³. «¿No tienes a veces la impresión de que vivimos, si a esto se le puede llamar vida, en un mundo roto? Sí roto, como un reloj roto. El mecanismo ya no funciona. Por fuera nada ha cambiado. Todo está en su lugar. Pero si te llevas el reloj al oído no se oye nada. El mundo, eso que llamamos el mundo de los seres humanos, en otro tiempo debió de tener corazón, pero pareciera que ese corazón ha dejado de latir».⁴

Se es insumiso, se es rebelde, se es militante, por la *causalidad ejemplar*, el ideal, el deber ser, lo eterno. Y desde ahí por la *causalidad final*, el para qué buscar lo eterno. Y de ahí por la *causalidad eficiente*, la movilización de todas las energías. Desgraciadamente la *causalidad material* ha sido ideológicamente muy reaccionaria, por su carácter cosificador, «rei-vindicativo».

Albert Camus había escrito: ¿Qué es un hombre rebelde (*révolté*)? «Un hombre que dice *no*. Pero, si bien rechaza, no renuncia: es también un hombre que dice *sí* desde su primer movimiento, un esclavo que, habiendo recibido órdenes durante toda su vida, llega un momento en que considera inaceptable una nueva orden más». Se ha colmado el vaso de la conciencia del abuso. Ya no se puede mirar hacia atrás. Hasta ahora sí, en adelante no. Hay un límite que no pasaréis⁵.

Existe en el insumiso una adhesión *entera e instantánea* a una cierta parte de sí mismo. Una adhesión *incondicional*. Según Camus, lo que purifica interiormente los malos sentimientos y resentimientos que la rebelión lleva consigo es el hecho de que la *rebelión (que es más que la simple rebeldía)* arriesga deliberadamente la propia vida. Cuanto más despierta en uno ese estar vivo para sí mismo y para el otro (y los otros), esa fidelidad —añade Marcel— conduce a «una *voluntad de incondicionalidad*, que es en nosotros la exigencia y la marca de lo Absoluto»⁶. Y por eso mismo «esperar no es sólo esperar para

sí, es difundir esa esperanza, es mantener cierto resplandor alrededor de uno mismo»⁷.

Ahora bien, si la raíz de la *condicionalidad (no incondicionalidad)* es la desesperación, a la que se llega cuando nada encuentro en la realidad que me permita prestarle crédito, ninguna garantía, siendo como dice Marcel «un caso de insolvencia absoluta»⁸, por el contrario «la *esperanza consiste en afirmar que hay en el ser, más allá de todo lo que es dado*, de todo lo que puede ser materia de un inventario o servir de base para un cómputo cualquiera, un principio misterioso que está en complicidad conmigo mismo, que no puede dejar de querer lo que yo quiero, al menos si lo que yo quiero merece efectivamente ser querido, y lo quiero realmente con todo mi ser. Evidentemente estamos aquí en el centro del misterio ontológico. Esperar contra toda esperanza que el ser amado triunfará de la enfermedad incurable que lo consume es como decir: no es posible que yo sea el único en querer su curación, es imposible que la realidad en su entraña sea hostil o indiferente a lo que yo afirmo que es en sí un bien. Sería inútil citarme ejemplos para descorazonarme: más allá de toda experiencia, de toda probabilidad, de toda estadística, afirmo que cierto orden *será* restablecido, que la realidad *está* conmigo para querer que ello sea así. Yo no deseo: afirmo. Esto es lo que llamaría la *resonancia profética* de la verdadera esperanza... Por otra parte, en la misma medida en que la esperanza es un misterio, como lo ha visto Péguy, es posible desconocer tal misterio y convertirlo en problema. Entonces se trata a la esperanza como un deseo revestido de juicios ilusorios que disfrazan una realidad objetiva cuyo verdadero carácter tiene uno que desconocer... La única esperanza auténtica es aquella que se dirige a lo que no depende de nosotros, aquella cuyo resorte es la *humildad, no el orgullo*»⁹.

Añadamos por nuestra parte que la esperanza así entendida promueve lo que podríamos denominar una *triple*

3. Marcel, G.: *Los hombres contra lo humano*. Editorial Caparrós, Madrid, 2001, p. 62.

4. Marcel, G.: *El misterio del ser*. Obras Selectas, BAC, I, Madrid, 2002, p. 30.

5. Camus, A.: *El hombre rebelde*. Alianza E. Madrid, 1982, p. 21. Pero ese límite debe aplicarse también al rebelde iluminado: «Me discuten el tipo de filántropo, exclama Marat. ¡Qué injusticia! ¿Cómo es que no ven que quiero cortar un pequeño número de cabezas para salvar a muchas más?». Lo que ocurre luego es que desgraciadamente ese pequeño número se convierte meses después en doscientas setenta y tres mil cabezas a las que habría que borrar de la faz de la tierra: «Marcadlos con un hierro candente, partidles los pulgares, cortadles la lengua».

6. *Ibid.*, p. 176.

7. Marcel, G.: *El misterio del ser*. Obras I, BAC, 2002, p. 325.

8. Marcel, G.: *Aproximación al misterio del ser*. Ediciones Encuentro, Madrid, 1987, p. 51.

identidad del yo: un yo participial (el orgullo de *lo realizado*, aunque sea la derrota), cuya divisa es *ergo sum*. Un *yo gerundial* (el *estar realizando*, la acción), el gozo de ir más lejos, más alto y más fuerte, gozo que necesita un mundo que le espere; sobre todo, este yo (*conquistador o/y defensor; creador o/y retenedor*), espera al mundo para construirlo, poco o mucho. *Homo viator*. Pero sólo llega a su condición de *yo transfigurador* a través de los demás y con ellos, de cada otro, que a su vez le van configurado a él mismo como *yo transfigurado* (*trans-figurado*). Su divisa es *ergo sursum*. Su esencia es no fijarse ni cristalizarse nunca. ¿Por qué señal se reconoce que una persona se sobrepasa, se trasciende efectivamente? Por su fidelidad. Cuando empleamos la expresión *ser fiel a* ¿estamos queriendo decir simplemente *conformarse con*? No, eso sería muy pobre. «Para ser *fiel a sí mismo* primero hay que estar vivo uno mismo, y precisamente eso no es cosa fácil»⁹. Para ser fiel a los demás también éstos han de estar vivos: «No hay ninguna razón válida para pensar que la fidelidad a sí mismo sea más inteligible que la fidelidad al otro, ni que tenga ninguna prioridad respecto a él»¹¹. Estar vivos, estar despiertos, iluminados, convertidos en antorchas, esa es la tarea de quien se considere humano: «En general, dice Gabriel Marcel, puede decirse que el temple de un ser se reconoce y se experimenta por la fidelidad de que es capaz»¹².

Pero ¿justifica esto una *ética de la rebelión*? La rebelión presenta un carácter radicalmente contradictorio, puesto que es un desorden, pero un desorden que quiere estar al servicio de un orden mejor. Tal vez por eso afirma Gabriel Marcel que «la rebeldía no es ni puede ser de ninguna manera la última palabra»¹³.

Todo movimiento de revuelta invoca tácitamente también la *adhesión a un valor*. Por eso es incompatible con

el resentido. Si éste puede caracterizarse con Max Scheler como un autointoxicado por la secreción nefasta, en circuito cerrado, de una impotencia prolongada, aquél actúa y libera esas oleadas de dolor que, estancas, devienen furias y envidias, muchas envidias. Como dice Camus, la rebelión se limita a rechazar la humillación sin pedirla para los demás, e incluso acepta el dolor para uno mismo, con tal de que su integridad sea respetada. Por otra parte, el resentimiento es individual, mientras que el movimiento de rebelión tiene conciencia de ser colectivo, la aventura de todos: *me rebelo, luego somos*. «Venían órdenes del Emperador que atacaban a las costumbres, y los presidentes de las Audiencias se ponían la orden en la cabeza y decían: *Esa orden se guarda, pero no se cumple*»¹⁴.

«Y pronto vimos que con escribir libertad, legalidad y fraternidad no teníamos libertad, igualdad, ni fraternidad, que antes que escribir las cosas en las leyes hay que sentirlas en el espíritu, hay que encarnarlas con la educación, porque si no sólo son sencillas ridiculeces e hipocresías que no hacen a los hombres como deben ser, sino que las falsifican, como sucede mucho con esas instituciones democráticas que son bellos ideales, pero que primero es necesario que los hombres las sepan vivir y las sepan crear para que las sepan manejar»¹⁵. Como aquellos misioneros «que llegaron a realizar dieciséis viajes a través del Océano para lograr la bula que protegiera a los indígenas»¹⁶. ¿No será que «lo que no se hace por Amor y para el Amor termina invariablemente haciéndose contra el Amor?»¹⁷. «Amar a otro es decirle: tú no morirás»¹⁸. «Los únicos muertos, los verdaderos muertos, son aquellos a quienes ya no amamos»¹⁹, afirma uno de los personajes de Marcel. Son los únicos que pueden tornar cada una la promesa de eternidad. □

9. *Ibid.*, pp. 52 ss.

10. Marcel, G.: *Homo viator*. Éditions Moutaigue, París, 1944, p. 172.

11. *Ibid.*, p. 174.

12. *Ibid.*, p. 175.

13. Marcel, G.: *L'homme révolté*. Apéndice a *Homo viator*. Ed. Moutaigue, París, 1944, p. 368.

14. Rodolfo Reyes: *¡Educar!* Ediciones para el bolsillo de la camisa azul. Madrid, 1951, p. 29.

15. *Ibid.*, p.

16. *Ibid.*, p. 27.

17. *Ibid.*, p. 64.

18. Marcel, G.: *El misterio del ser*, BAC, I, 2002, p.249

19. Marcel, G.: *L'insondable*.

INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER: UNA EXPERIENCIA DE RESISTENCIA

▣ JULIA PÉREZ RAMÍREZ
Vicepresidenta de la FEM

El Consejo de *Acontecimiento* me pide que escriba un artículo con motivo del 25 aniversario del nacimiento del Instituto Emmanuel Mounier y de su revista. Y el título es *25 años de experiencia de resistencia*. Redacto estas páginas en Oviedo y la memoria me juega una mala pasada. Encontrándome yo aquí con mi padre hace muchos años hubo momentos de verdadera resistencia, y el alma se me llena de lágrimas, los ojos permanecen secos y el papel sobre el que escribo no se enturbia, porque hablar ahora de resistencia me parece un exceso en el lenguaje. Y sin embargo es tan necesaria como siempre lo ha sido y lo será. O más porque hay menos.

Provenimos, al menos yo así lo siento y me lo recordaba no hace mucho un texto de un buen amigo, José Miguel Oriol, de una resistencia en la que están inscritos los nombres de Hoac y de ZYX. De la España en torno a 1968 que se resistía frente al Régimen de Franco al que provocaba problemas serios a veces (Huelga de Bandas) y que creaba asociaciones en torno a las cuales se formaban verdaderos movimientos de militantes, dedicados en cuerpo y alma a extender sus ideales de resistencia y de propuesta de otra sociedad posible, distinta de la que padecíamos, una en la que esperábamos que ya no existiera la censura previa, la falta de libertad para reunirse, los salarios de miseria, la educación amordazada y de reglatazo y cara al sol, la que colocaba a la mujer en la sociedad como un ser de segunda clase (manos, que no cabeza, de la familia, no podía viajar al extranjero sin permiso del marido...), el avasallamiento sin razones por parte de la «autoridad».



Visto desde hoy, parece mentira que en diez años, de 1964 a 1974, se pudiera crear la Editorial ZYX, y lo que es más importante, hacer que se expandiera y constituyera un grupo tan numeroso de personas en la oposición al franquismo. De muchos de ellos se nutrirían en distintos lugares de la geografía española los partidos políticos, ya legalizados en la transición, para tener hombres preparados para puestos de relativa importancia.

Diez años después de que ZYX sufriera una escisión que prácticamente acabó con ella en 1984, se crea el Instituto Emmanuel Mounier. Y se crea haciendo memoria del pasado y deseo de continuar con la resistencia al *desorden establecido*, en una España que nos parecía haber olvidado el lugar al cual decían que querían llegar todos aquellos militantes, integrados muchos de ellos en los partidos políticos que ya estaban en la vida pública. ¿Qué es lo que se pretende al crearlo? Creo que precisamente, antes de decir *debemos* seguir resistiendo, hemos de proclamar qué es lo que *queremos*:

- Queremos una sociedad de adultos liberados del afán de posesión y tendemos a una sociedad personalista y comunitaria, desde el *a cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus posibilidades*.
- Queremos una democracia social, sin paro ni diferencias salariales.
- Tenemos una inspiración internacionalista, y por ello una mística del Sur. No es posible proclamar los deberes y derechos del hombre si no es de todo el hombre y para todos los hombres¹.

1. Qué claramente vemos que empobrecer al Sur es lanzar un bumerang que siempre vuelve, pero habiendo herido o matado en su veloz regreso a muchos seres humanos en el mar, o en la tierra.

- Nos situamos contra el gasto bélico y contra la existencia de los ejércitos.
- Promovemos la no-violencia activa.
- Nos oponemos al aborto y a la pena de muerte.
- Defendemos el ecologismo, pero no sin personacentrismo.
- Amamos la permanente participación asamblearia.
- Queremos una política de resistencia y de insistencia, desde la convicción de que lo que se hace sin formar una mentalidad, carece de sentido. Nuestra crítica no se agota en las palabras, está orientada hacia el compromiso en la acción.
- No somos confesionales, pero creemos que el creyente tiene que poder defender su convencimiento en lo divino como necesario para el reconocimiento de lo humano.
- Creemos en la necesidad de la transformación interior de la persona y de las estructuras a la vez. La revolución será a la vez personal y socioeconómica, o no será.
- Valoramos el magisterio, el servicio y la atención a lo pequeño.
- Valoramos lo comunitario y sentimos que el mantenimiento de las relaciones personales por encima de las ideas es un tesoro inigualable. El compromiso con el otro, la respuesta y la responsabilidad para con él son nuestra primera opción.

Llevamos 25 años trabajando, publicando, reuniéndonos, creando grupos (es para mí sorprendente ver cómo los grupos se deshacen tan fácilmente. ¿El grupo mata al individuo? ¿Se desinfla una persona tan fácilmente como para abandonar un lugar desde el cual creía que se podía trabajar? ¿Qué hacemos mal, o insuficientemente, como para que los grupos no se mantengan?), seguimos dando cursos y conferencias buscando llevar lejos todo lo que decimos que creemos. Han pasado por el Instituto muchas personas. Tengo en la memoria a decenas de ellas que han trabajado mucho durante algún tiempo y muchas que simplemente pasaron y se fueron a otros lugares a trabajar menos (o nada) creyendo en nuestras mismas ideas. Decía Guillermo Rovirosa, el santo fundador de la HOAC, en un texto que releía yo hace poco, que en las organizaciones se necesitan dos tipos de personas: Las que van a darlo todo por la causa y las que, por

compromisos diversos con la vida, solamente pueden estar para apoyar desde un compromiso menor. Y que las dos son necesarias. Seguramente es así. Pero es imprescindible que las unas se apoyen en las otras.

Me gustaría pensar que no trabajamos para nosotros mismos, que tenemos la necesidad imperiosa de resistir y expandir esa resistencia. Todos nos decimos que esta Europa en la que vivimos no está para tiempos de militancias, que aquí nadie quiere cambiar de vida, que lo único que interesa es vivir lo mejor posible, e incluso, desde el punto de vista del creyente, nuestra creencia se ha quedado tan hueca que tampoco es una creencia militante. Sin embargo, todos nosotros sabemos también que es más necesario que nunca seguir despertando las conciencias, las nuestras también, claro, porque cada vez es más indecente la suerte que corre la mayor parte de la humanidad, siendo, como es, cada vez más fácil técnica y económicamente que deje de estar así. No podemos permitirnos abandonar la resistencia, la militancia, pero dejaremos de hacerlo si no es comunitariamente, en compañía de los otros, respetando a la vez que exigiendo a quien se compromete.

La rebelión es un acto de personas informadas que poseen la conciencia de sus deberes, parafraseando a Camus. Nosotros hacemos desde el Instituto lo posible por mantener informadas a las personas. Siempre hemos creído en esa tarea formadora, de ahí nuestras publicaciones pero, además de informar y de formar, es necesario acompañar.

Por fin, después de tantos años, tendremos un lugar de encuentro en Madrid. Ya hace unos 15 años lo intentamos, pero hubimos de abandonar porque nos estaba dejando sin fondos para seguir publicando. Ahora, gracias al apoyo continuo de algunos de vosotros, que seguimos necesitando, tendremos un lugar de reunión desde el que podremos hacer las cosas en común. Hasta ahora hemos utilizado nuestros domicilios y no es lo más apropiado para que un grupo se sienta con absoluta libertad de entrar y salir a cada rato. Personalmente tengo la gran ilusión de que en este local, en el emblemático barrio de Vallecas, cuna de la resistencia obrera madrileña, a la espalda de la casa de Luis Narvarte, se convierta en un cálido lugar de acogida para cualquiera que pase por él. □

DIETRICH BONHOEFFER (1906-1945)

■ CARMEN HERRANDO

Miembro del Instituto E. Mounier Zaragoza



Desde su «conversión» hasta su muerte, el pastor Dietrich Bonhoeffer fue un resistente. Aunque esta resistencia empezó precisamente declinando una primera resistencia, y con una sumisión, por lo tanto: la sumisión al mensaje de las bienaventuranzas, que hizo mella en él de manera decisiva al descubrir viva en sus adentros la palabra del Evangelio. Así experimentó durante unos años un movimiento interior de transformación que habría de conducirlo desde la teoría teológica más apasionante, bajo el influjo de un grande como Karl Barth, hasta la experiencia de la vida y del amor de Dios en él, en lo que fue una verdadera conversión del corazón. La vida del gran teólogo que ya se adivinaba en Bonhoeffer dio un vuelco para dar paso al cristiano que entendía la fe como «un ejercicio de seguimiento obediente e individual».

Con esta asunción en su corazón del mensaje de Cristo, la vida de Bonhoeffer se tornó **resistencia** en un mundo difícil y especial presa del mal que corroyó Europa en mitad del siglo xx: resistencia frente a la idolatría nazi, resistencia frente a una Iglesia Evangélica que se plegaba ante el poder, resistencia frente a ideales nacionalistas exaltadores de unos hombres frente a otros, resistencia frente a planteamientos individualistas de la fe, frente al acomodo de los satisfechos y frente a una religión entendida desde el esquema ritual y no desde el corazón vibrante que alberga la verdadera vida de fe.

Bonhoeffer nació en Breslau el 4 de febrero de 1906, en una familia acomodada que no tenía grandes afinidades por la religión, aunque sí se leía la Biblia en su casa y se rezaba la acción de gracias en las comidas. Dietrich decidió estudiar teología y hacerse pastor, influido, tal vez, por la muerte de uno de sus hermanos a consecuencia de las heridas que sufrió en la Gran guerra. Los estudios teológicos en Tubinga y en Berlín le apasionaron, como también le apasionaría el ejercicio pastoral,

que desarrolló en diversos campos, pero especialmente con los jóvenes, enseñándoles catequesis, y más adelante como director del Seminario de Finkenwalde, de la Iglesia confesante, que fue la porción de la Iglesia evangélica que se enfrentó al régimen nazi.

En sus estudios teológicos y en su misión de enseñar teología, Bonhoeffer tuvo muy presentes estos tres elementos centrales que transmitiría con pasión a sus discípulos y a sus cercanos: la presencia de Cristo en la Iglesia, presencia viva y vivificadora; la dimensión concreta de la fe, es decir, comprender que la fe hay que vivirla en el mundo real y en tiempo presente; y la certeza de que no es lo mismo la religión que la fe, siendo esta última el verdadero nervio que endereza y fecunda la vida del cristiano. Otros aspectos de su vivencia cristiana que cabe destacar son el ecumenismo y el pacifismo, dos dimensiones que alentaron su vida de fe y en las que se volcaría a lo largo de su vida.

A Dietrich Bonhoeffer le tocaron tiempos duros, y ante aquella realidad política de la Alemania de entonces fue un resistente tenaz: como persona, naturalmente, como ciudadano alemán, y también como pastor de la Iglesia evangélica. Ya a comienzos de 1933, tras el triunfo del partido nazi y la proclamación de Hitler como canciller de Alemania, en una alocución de radio que escuchaban miles de alemanes entusiasmados, el pastor Bonhoeffer terminaba su discurso con estas palabras —que fueron cortadas de inmediato, sin dejarle terminar—: «Si el führer se deja arrebatar por el súbdito hasta el punto de querer convertirse en su ídolo —y esto es lo que el súbdito espera siempre de él— entonces la imagen del führer se desliza hacia la del seductor... El führer y el cargo que se diviniza se burlan de Dios».¹

Bonhoeffer se vinculó a la Iglesia confesante que había surgido del sínodo que tuvo lugar en Barmen a

finales de mayo de 1934 y que se desentendía de la Iglesia oficial del Reich. Cuando el 2 de agosto de 1934 Hitler asumió en su persona los cometidos de canciller y de Führer de Alemania, la iglesia oficial nacional estableció un juramento de fidelidad a él. No tardaron en destituir a Karl Barth de su cátedra de Bonn. Entre tanto, Bonhoeffer, que no cesaba de denunciar el nacionalsocialismo, pasó unos años en Londres animando un par de comunidades alemanas. A su regreso dirigió el seminario de Finkenwalde, donde llevó a cabo una experiencia de vida comunitaria, con carácter ecuménico y pacifista, y centrada en el Sermón de la Montaña. Pero en otoño de 1937 la Gestapo clausuraba este seminario, y seguidamente cerraría todos los demás de la Iglesia confesante. Este hecho y la proximidad de la guerra llevaron a Bonhoeffer a militar políticamente en la oposición al Tercer Reich, desde movimientos clandestinos de la resistencia y a través de las redes de contraespionaje. En el verano de 1939 viajó a Nueva York por segunda vez, y bien pudo haberse quedado en los Estados Unidos, donde era muy solicitado, para evitar la guerra que ya era inminente, pero no lo hizo por fidelidad a su pueblo embarcado en aquella locura. En 1940 se le prohibió hablar en público en Alemania. El 3 de abril de 1943 fue encarcelado en la prisión de Tegel (Berlín), desde donde escribió las cartas y apuntes que componen una de sus obras más conocidas: *Resistencia y sumisión*. En enero del mismo año se había prometido con María von Wedemeyer. Cuando se supo de su participación en el atentado contra Hitler de julio de 1944, sus condiciones de prisionero se agravaron y fue entregado a la Gestapo; se acabaron entonces las cartas a su familia, a su prometida y a su amigo (y luego biógrafo) Eberhard Bethge, que fueron sus principales correspondientes desde la prisión. Fue trasladado al campo de concentración de Buchenwald, y finalmente al de Flossenbürg, en Baviera, donde, tras someterle a un juicio sumarísimo, le ahorcaban en la madrugada del 9 de abril de 1945.

Si hay un texto significativo del maravilloso juego que la resistencia y la sumisión trazaron en la vida de Dietrich Bonhoeffer, es su escrito *Estaciones en el camino hacia la libertad*. Resistencia en lo externo, sumisión en lo interior, resistencia frente al mundo, sumisión al Dios vivo que se

deja sentir en las entrañas atentas del hombre, resistencia ante al poder y la fuerza, sumisión incondicional a la gracia, componen esa *metanoia* o transformación que conlleva la fe y que conduce, por fin, al cristiano, a abandonarse en Dios, en el acto de sumisión más puro, quizás la sola sumisión de la que ha de ser verdaderamente capaz.

ESTACIONES EN EL CAMINO HACIA LA LIBERTAD

Disciplina

Si sales en busca de la libertad, aprende ante todo la disciplina de tus sentidos y de tu alma, para que tus deseos y tus miembros no te arrastren sin descanso, aquí y allá.

Casto sea tu espíritu, y tu cuerpo a ti sumiso del todo y obediente, para perseguir el fin que le ha sido señalado.

Nadie sondea el misterio de la libertad, a no ser por la disciplina.

Acción

No hacer ni osar lo arbitrario, sino lo justo;

no oscilar entre posibilidades, sino acometer valerosamente lo real;

la libertad no está en el torrente de los pensamientos, sino sólo en la acción.

Lánzate desde tus miedosas indecisiones a la tempestad del acontecer,

solamente sostenido por el mandamiento divino y por tu fe, y la libertad recibirá jubilosa tu espíritu.

Sufrimiento

¡Maravillosa transformación! Las fuertes, activas manos te son atadas. Impotente, solitario, contemplas el fin de tu acción. Pero tú respiras profundamente y depositas el bien, silenciosamente consolado, en una mano más fuerte, y te quedas contento.

Sólo un instante rozaste feliz la libertad,

luego la entregaste a Dios, para que Él la perfeccione magníficamente.

Muerte

Ven ya, fiesta suprema en el camino hacia la eterna libertad;

muerte, abate las molestas cadenas y murallas

de nuestro cuerpo perecedero y nuestra alma obcecada,

para que por fin avizoremos lo que aquí se nos niega contemplar.

Libertad: te hemos buscado largo tiempo en la disciplina, la acción y el sufrimiento.

Al morir te reconoceremos en persona en la faz de Dios

Escrito en la prisión de Tegel, a finales de julio de 1944².

1. Emmanuel Buch Camí, *Dietrich Bonhoeffer*, colección Sinergia (nº 17 de la serie verde), Fund. E. Mounier, Madrid, 2003, p. 40.

2. Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión*, Sígueme, Salamanca, 2004, pp. 258-259.

LA RESISTENCIA Y LA MANSEDUMBRE DE ROVIROSA

■ EUGENIO ALBERTO RODRÍGUEZ MARTÍN
Doctor en Teología Moral

Guillermo Rovirosa fue un «resistente» y un «manso». Las dos cosas fue. Alguien resumió su vida como la de alguien que fue fuerte ante los fuertes y delicado con los pequeños.

I.- RESISTIÓ

1. Al poder

- a) *Político*. Padeció las cárceles de Franco, que se le investigaran sus viajes y su correspondencia. Tenía dificultades para viajar al extranjero. El periódico en que colaboraba (*El ¡Tú!*) llegó a la mesa del Consejo de ministros y fue cerrado.
- b) *Económico*. Le ofrecieron cheques en blanco para que él pusiera su precio. Al final de su vida se negó a vender inventos que provocarían grandes ganancias a los poderosos y paro a los trabajadores. Trabajó por las Sociedades Anónimas Laborales y por toda forma de plasmación económica de la autogestión y la primacía del Trabajo sobre el capital.
- c) *Social*. En aquella España había que ser de Falange. Y resistió. No se entregó al sindicato vertical sino que colaboró a la creación de militantes que —desde dentro o desde fuera del sindicato franquista— sirvieran realmente a los trabajadores.
- d) *Religioso de derechas*. Resistió ante la *democracia cristiana* (que no es democracia ni es cristiana) que le quiso utilizar para instrumentalizar la fuerza del apostolado obrero al servicio de sus intereses políticos.
- e) *Religioso de izquierda*. Igualmente resistió al *progresismo* de quienes como Alfonso Carlos Comín le ofrecieron colaborar en la creación de un partido



político de vanguardia. Les dijo: «Yo sólo estaré donde los empobrecidos dirijan su vida personal y colectiva».

2. A Rovirosa

Rovirosa también se resistió a Rovirosa. Se resistió a la fuerza del egoísmo. Cuando fue expulsado de las tareas apostólicas que llevaba entre manos se alegró porque ya era imposible el «rovirosismo». Se resistió a ser líder-dirigente y quiso ser militante-pueblo. Se resistió a manipular a nadie y quiso ser autogestionario. Cuando le pusieron en el cuadro de honor por las calificaciones obtenidas exigió que no volviera a ocurrir porque lo que quería era aprender y no figurar. Y después de **SER ASÍ** se resistió a creerse bueno y confesaba —con verdad— ser Judas. El que a tantos había escuchado decía con dolor al final de su vida: «No he escuchado verdaderamente a nadie».

Enseñó desde sus cursillos y su vida que en el ser humano real pesan mucho su egoísmo, su deseo de ser el primero y la buena vida. Partidario de la revolución política defendía que era imprescindible **AL TIEMPO** la conversión personal. Para Rovirosa conversión y revolución eran dos acontecimientos paralelos, uno religioso y otro político.

II.- FUE MANSO

Con Cristo

Desde que conoció a Cristo quiso hacer un proceso por el cual toda su vida llegara a ser ofrenda. No trataba de dar una parte de su vida. No trataba de hacer una inver-

sión en buena conciencia o en vida eterna pagando el menor precio posible. Decía que no podemos ir al encuentro con Cristo a ver como sacamos lo máximo aportando lo mínimo.

Hizo de su vida un proceso de conversión «a Cristo y a nada ni nadie más». Todo lo miraba desde Cristo y desde la Santísima Trinidad. Hizo de su vida un proceso de encarnación, de pobreza, de humildad de sacrificio.

Con la Iglesia

Su vida de pobreza, humildad y sacrificio era una vida de comunión. Dejó de fumar y cuando le insinuaron que eso era una nueva esclavitud decidió fumar sólo cuando fumara con otros, cuando fuera un acto de comunión.

Fue manso con su Iglesia doméstica, con su esposa Caterina a quien aceptó los retos apostólicos que le planteaba. Fue manso con su comunidad cristiana a la que sirvió con amor sin nunca servirse de ella. También con la jerarquía de quien aceptó que le retiraran de las responsabilidades en la HOAC sin defenderse ni permitir a sus amigos que le defendieran. Cuando el obispo de Córdoba quiso plantear el tema en Roma dijo aquello: «Un hijo no se defiende de su madre».

Con los pobres

El que muchas veces firmaba sus cartas como *el pobre Roviroso* fue manso con los pequeños. Cuando la anciana madre de un sacerdote le puso un vaso de vinagre en vez de vino... se lo bebió de un trago. Cuando otro de los comensales hizo notar el error, Roviroso —experto en vinos, por cierto— dijo no haberse dado cuenta.

Por los pobres aceptó presidir la Editorial ZYX, S. A. el que había promovido las Sociedades Anónimas Laborales. El que había dicho no a la *democracia cristiana* y las *vanguardias de izquierda*, decía sí —de nuevo— a una plataforma evangelizadora bajo forma de editorial.

Roviroso, con la colaboración de su esposa, de sus amigos y ¡hasta de sus enemigos! hizo de su vida una ofrenda al servicio de la promoción de los pobres. Entendía por promoción un camino hacia la libertad. Y decía que la nota del hombre promocionado es el entusiasmo. Por eso, cuando contó su vida para una revista francesa decidió firmar: Roviroso, entusiasta. □

RESISTENCIA Y SUMISIÓN EN MIGUEL DE UNAMUNO (1864 – 1936)



■ **ANTONIO CALVO**

Miembro del Instituto E. Mounier Zaragoza

El secreto de la vida humana, el general, el secreto raíz de que todos los demás brotan, es el ansia de más vida, es el furioso e insaciable anhelo de ser todo lo demás sin dejar de ser nosotros mismos, de adueñarnos del universo entero sin que el universo se adueñe de nosotros y nos absorba; es el deseo de ser otro sin dejar de ser yo, y seguir siendo yo siendo a la vez otro; es, en una palabra, el apetito de divinidad, el hambre de Dios¹.

La fe crea, en cierto modo, su objeto. Y la fe en Dios consiste en crear a Dios, y como es Dios el que nos da la fe en Él, es Dios el que se está creando a sí mismo de continuo en nosotros (...) El poder de crear un Dios a nuestra imagen y semejanza, de personalizar el Universo, no significa otra cosa sino que llevamos a Dios dentro, como sustancia de lo que esperamos, y que Dios nos está de continuo creando a su imagen y semejanza. Y se crea a Dios, es decir, se crea Dios a sí mismo en nosotros².

En un par de páginas no es fácil hacer una semblanza de un hombre sin faltarle al respeto, sin injusticia. Por esta razón, me ha parecido justo y necesario dejar que nos diga, al menos, qué piensa sobre la vida y acerca de Dios, dos asuntos que le mantuvieron en un sinvivir toda la vida.

Miguel de Unamuno y Jugo nació en Bilbao (en el mismo Bilbao), en 1864, fue el primer varón, tras Felisa y Jesusa, en una familia de seis hijos, después de Miguel nacerían Félix, Susana y Mercedes. Dos de sus hermanas,

Jesusa y Mercedes murieron cuando él era todavía muy niño, tenía tres años y cinco, respectivamente. Cuando andaba por los seis murió su padre y quedó al cuidado de su abuela, Benita Unamuno, y de su madre, de quien reconoce el influjo, ya que a su padre apenas le conoció; cuando tenía sólo 9 años presencié el bombardeo de Bilbao durante la guerra entre carlistas y liberales. En su primera novela, *Paz en la guerra*, recuerda estos sufrimientos de su niñez.

El hombre es un animal que difícilmente se resigna a la finitud, a pesar de las recomendaciones de nuestro recordado Tierno, y Unamuno, quizás por estas vivencias de su niñez, y alguna de su madurez (en 1902, Raimundo, su tercer hijo, se le murió de un ataque de meningitis), nunca se resignó mansamente a morir, muy al contrario, consideró durante toda su vida el problema de la inmortalidad y la existencia de Dios, unida a él, como el principal problema del hombre, y le escandalizaba que alguien se despreocupara de este asunto o lo trivializara. Su vida consistió en una tremenda agonía, una lucha dramática, no sé si trágica, para intentar alcanzar una claridad imposible.

La condición humana es una condición trabajadora, requiere ir acogiendo nuestra vida en nuestras manos, tomar posesión de nosotros mismos, hacernos cargo, encargarnos y cargar con nuestra vida, y esta inacabable tarea es un trabajo realmente duro. Unamuno fue un gran trabajador. No sólo no se acomodó a la finitud, se resistió, desde su primer ensayo, al nacionalismo de Arana y a sus planteamientos racistas, que empobrecían el hori-

1. M. de Unamuno, Obras, III, 1041. citado en «Frontera entre finitud e infinitud» de M. Cabada Castro.

2. M. de Unamuno, Obras, XVI, 319s. citado en «Frontera entre finitud e infinitud» de M. Cabada Castro.

zonte humano. Resistió al individualismo liberal, a la monarquía y a la dictadura y mantuvo la idea de que la Universidad era el lugar, el templo de la inteligencia. Por estas posturas fue admirado por algunos, pero fue, sin duda, inquietante y molesto para el poder. La monarquía, y la dictadura de Primo de Rivera le apartaron repetidamente del cargo de Rector en la Universidad de Salamanca, le condenaron por injurias y le deportaron. En 1931, la República le repuso en el cargo, pero, ese hecho no le quitó la lucidez para criticar *los hechos criminales llevados a cabo por los marxistas*. En julio de 1934 muere su mujer. Le dedicó un amor envidiable, *se fue mi mujer que era mi costumbre y mi alegría, y me daba lo que siempre me faltó: serenidad y ganas de vivir. Nunca creyó en la muerte, como yo nunca he creído en la vida*. El sufrimiento le hizo decir palabras que no están avaladas por su vida. A los 73 años, considerándose a sí mismo socialista-anarquista, pero rechazando radicalmente el anarquismo de dinamita, apoyó durante un corto tiempo a los que se levantaron contra la República en 1936. Sin embargo, jugándose de nuevo, a los 73 años, la comodidad, y, quizás, la vida, respondió a Millán Astray, que proponía el fascismo como remedio para España en la Universidad de Salamanca, con estas palabras: *estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien, y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. No aprendí a hacerlo en los setenta y tres años de mi vida. Y ahora no quiero aprenderlo. A veces, quedarse callado equivale a mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia. Acabo de oír el necrófilo e insensato grito Viva la muerte y yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas, (...) he de deciros, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. (...) Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados a su alrededor*. Millán Astray le interrumpió con el grito de: *muerde a la inteligencia. Viva la muerte*. Unamuno continuó: *Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacer-*



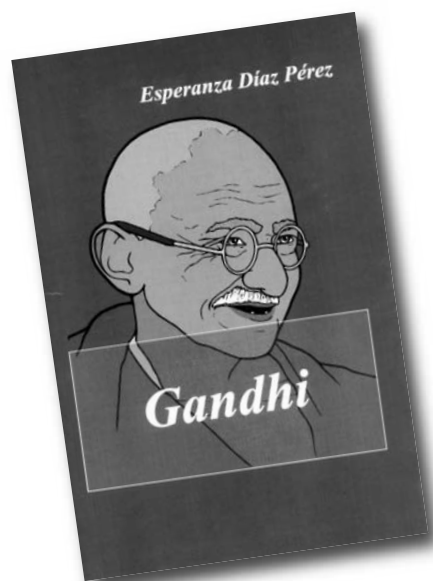
dote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaréis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pedir os que penséis en España. He dicho.

La esposa de Franco, cogiéndole por el brazo, le salvó de una posible tragedia. Al día siguiente fue puesto bajo arresto domiciliario, y en esta condición, el día 31 de diciembre de 1936, murió conversando con el profesor Aragón.

El vuelo de la libertad sólo puede desplegarse cuando la realidad ofrece resistencia, y, apoyado en lo que resiste, se realiza una liberación, no hay libertad real sin liberaciones. Unamuno fue, sin duda, un hombre libre. Buscó, sin descanso, la verdad, y se hizo un testigo veraz de la que encontró. Pero, si la resistencia, el empeño en mantener el espíritu libre, contra vientos y mareas, es necesario, también lo es dejar fecundar ese anhelo de libertad en la verdadera condición humana de la libertad, la humildad. Toda separación entre fe y razón es un exceso, y constituye un tremendo error dividir la razón y el sentimiento, todo se unifica en la inteligencia humana. Unamuno separó en exceso fe y razón, sentimiento y razón. Su drama agónico no tuvo la serenidad de un acatamiento sentido y vivido. Tampoco creo que se pueda hablar de tragedia, porque la tragedia requiere desesperación y a mí don Miguel no me parece un desesperado. Sin embargo, veo su drama escorado en exceso hacia el yo. Fue lúcido para reconocer la profunda experiencia que fundamenta el argumento ontológico, para dar a Dios lo que es de Dios en la creación, pero le faltó la unificación plena de la inteligencia que se somete a una Verdad que descubre como Amor. Resistencia y sumisión deben ir juntas, hacerse cargo y cargar con nuestra vida sometiendo todo el ser a esa verdad que se descubre en la limpieza de una mirada humilde y agradecida. La verdadera resistencia se nutre de la sumisión. El maestro de paradojas no fue capaz de acoger vitalmente la más profunda paradoja, la de que el hombre es tanto más él cuanto más deja que se adueñe de su ser la Verdad de Amor que le está creando. □

GANDHI, UN RESISTENTE

■ **ESPERANZA DÍAZ**
Médica



Resistir no es durar. Gandhi murió asesinado por una bala y había puesto su vida en peligro en muchas ocasiones anteriormente. Resistir no es mantenerse atado a una idea concreta. Gandhi cambió de opinión siempre que lo creyó necesario para servir a la verdad. Resistir no es soportar pasivamente. La vida de Gandhi fue una lucha activa en contra de la despersonalización de su pueblo.

Para Gandhi, resistir es ser fiel a uno mismo. Resistir es hacerse mejor y hacer mejor al contrario.

Gandhi no nació Mahatma (alma grande), sino que se convirtió en Mahatma gracias a un inmenso deseo de hacerse mejor persona. La mayor parte de los -ismos que hoy asociamos con Gandhi (pacifismo, vegetarianismo, etc.) son para Gandhi parte del camino hacia la perfección. Y como material de construcción de ese camino surge su resistencia hacia todo aquello que dificulte el lento perfeccionamiento de su persona y de los que le rodean.

Desde su juventud, Gandhi luchó por hacer vida lo que para otros fueran ideologías. Para él, la divergencia entre palabra y obra era falsedad, y como tal inaceptable como parte de la vida cotidiana. De esta necesidad personal de concordancia entre ideología y acción surgen quizá sus primeros actos conocidos como «resistente», como por ejemplo el hecho de preferir bajarse de un tren en vez de irse a tercera clase en uno de sus viajes en Sudáfrica. Él creía en la igualdad de las personas independientemente de su religión, su raza o su casta, por lo que no

era una opción admisible el aceptar ser marginado por no ser blanco. Años más tarde, sin embargo, ya no vestido con ropas europeas, sino en sus tradicionales ropas indias, lo encontramos viajando siempre en tercera, también como forma de resistencia, esta vez frente al imperialismo británico.

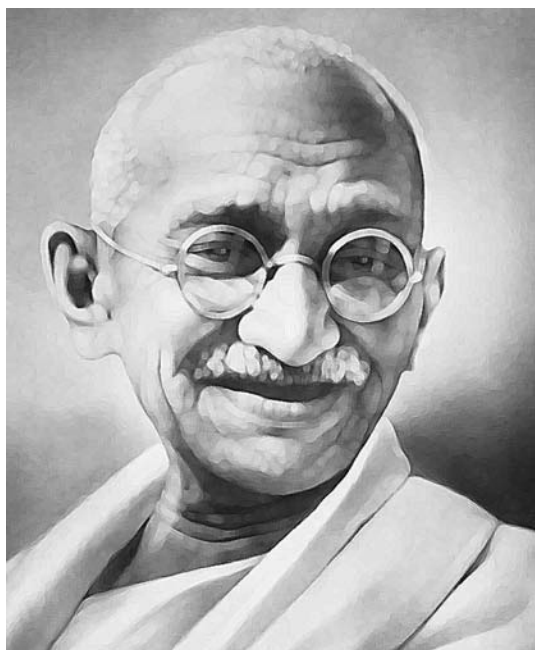
Resistencia pacífica, pero activa y creativa al mismo tiempo, en la marcha de la sal, cuando miles de indios plantaron cara a los impuestos sobre la sal con el sencillo

gesto de tomar un puñado de agua del mar y marchar con la sal en la mano. Resistencia pacífica a la violencia imperial que hirió y encarceló a varios indios; desobediencia que fue posible por la presencia de un solo hombre convencido de que esa era la única manera de convertir los corazones del enemigo. En este sentido, como ha sido muchas veces antes explicado, la no-violencia de Gandhi no se debe confundir con cobardía, sino que es una forma de resistencia activa. El propio Gandhi estuvo afiliado al ejército en varias ocasiones (como ayudante enfermero) en épocas de

guerra. Para él era mejor la guerra que la cobardía. Pero en la guerra no se ganan corazones, sino que se paralizan, ya sea por la muerte, ya por el odio. Por eso el Mahatma elige la resistencia activa y pacífica como método de revolución personal y social.

El «padre» de la India practicaba así mismo la resistencia en los largos ayunos con los que intentaba «domesticar» a su cuerpo. Ayunos que en su vida política fueron utilizados como medio para obtener un





cambio en el adversario, y mediante los cuales en varias ocasiones demostró que, en contra de todas las teorías fatalistas en las que nos movemos, la bondad, la tenacidad y el convencimiento de dar la vida por una causa que creemos justa puede convertir los corazones de piedra del enemigo en corazones de carne.

La resistencia de Gandhi, como hemos apuntado, no se limitaba a él mismo. En su viaje con destino a ser mejor persona, el tren de Gandhi llevaba a otros hacia la perfección. Cientos y miles de personas se unían voluntariamente a él para seguir sus pasos ya fuese tejiendo su propia ropa con ruecas de algodón, siguiendo sus estrictas dietas o su marcial disciplina horaria, maneras todas ellas de resistir tanto a la debilidad del propio cuerpo como al poder opresor, a la vez que de proponer un camino alternativo siempre con la mejora personal como meta.

¿Fue sólo positiva la resistencia de Gandhi? A gran escala la respuesta es claramente afirmativa. Pero Gandhi no era un demócrata, al menos no en su casa. Si bien es cierto que el pueblo eligió seguirle por deseo propio, otros más cercanos a Gandhi no pudieron elegir. Su esposa, Kasturbhai, sufrió las consecuencias de la resistencia de su marido sin tener opción a ninguna resistencia personal. La disciplina exigida por Gandhi fue excesiva para su hijo mayor, quien acabó sus días viviendo en contra de lo que su padre predicaba.

En cualquier caso, Gandhi es aun hoy un ejemplo de resistencia a la corriente imperialista, un ejemplo de que todo es posible si de verdad se cree en que lo importante de la vida no es a dónde llegar, sino el camino hacia la cumbre donde está un «bien» más grande que nosotros. No llegaremos a la cima, pero los resistentes llegarán más alto y subirán a la humanidad con ellos. Como hizo Gandhi. □

DESDE NUESTRO PASADO: ZYX

▣ **LUIS CAPILLA**

Miembro del Instituto E. Mounier

El nombre de ZYX fue inventado por uno de los fundadores —Teófilo Pérez Rey— al escoger las tres últimas letras del abecedario; pues de este modo se marcaba distancias con quienes habían escogido las tres letras primeras, el periódico ABC, y lo que éste representaba.

Corría el año 1963. El contexto histórico en que aparece la Editorial ZYX era el siguiente: en el siglo XIX la Iglesia pierde la Clase Obrera pues se había enfeudado y, por tanto, aburguesado, y desde ahí se adhería a unos postulados que podemos resumir en tres afirmaciones:

- a) Afirmación de Dios como dimensión religiosa del individuo.
- b) Afirmación de la propiedad como dimensión económica del individuo.
- c) Afirmación de la cultura como dimensión intelectual del individuo.

Pero lo que hacen burguesas a esas afirmaciones es que significan la negación de su envés social: afirmo a Dios, la propiedad y la cultura para mí, burgués, pero se lo niego los demás.

Al no entender la mentalidad del mundo obrero la Iglesia crea unas instituciones que, propiciadas desde una mentalidad paternalista, son motejadas despreciativamente como «amarillas» por los que llevaban con orgullo el nombre de «rojos».

Para que no quede ninguna duda de cómo era el fundador de la HOAC, y luego el primer presidente de la Editorial ZYX, basten unas palabras suyas, de Guillermo Rovirosa: «...finalizadas las vinculaciones familiares, finalizados los trabajos profesionales (aunque haga algo

como «aficionado» para no entorpecerme completamente), finalizadas las preocupaciones de todo género, mi vida se gasta en desenmascarar el catolicismo burgués —capitalista— farisaico al uso».

La diferencia entre ideología y mística es que la persona tiene y sostiene a la ideología, pero la mística es la que sostiene a la persona. Basten dos anécdotas que manifiestan el entusiasmo que hubo en los comienzos de la Editorial ZYX:

- a) El capital inicial consistió en 600.000 pesetas (300.000 en efectivo que se emplearon en comprar una vivienda en el Barrio del Pilar que sirvió para domicilio de Julián Gómez) y 300.000 en letras aceptadas por militantes obreros procedentes, sobre todo, de la HOAC.
- b) El entusiasmo torrencial que al principio imprimió Julián —a quien yo acompañaba como escudero— hizo que se recorriera en un Volkswagen de segunda mano, más de 200.000 kilómetros montando delegaciones de la Editorial a lo largo y ancho de todo el territorio español.

Celebrando la Eucaristía en uno de esos viajes, me quedé dormido de pie. Cuando me volví para preguntar a Julián, que actuaba de monaguillo, él se había dormido también, pero de rodillas.

Teníamos conciencia de que la parte más «brillante» del desarrollo de la Editorial la hacíamos él y yo pero que aquello no marcharía sin el trabajo oculto y el sacrificio de muchas personas, empezando por Trini, la mujer de Julián. Fue mucho el trabajo gratuito que se empleó por muchos militantes. Ese trabajo atrae la bendición de Dios. Viene a mi memoria una estrofa del himno que la Iglesia reza el día de S. José:

DEMOCRACIA



«Y pues el mundo entero
te mira y se pregunta,
di tú como se junta,
ser santo y carpintero,
la gloria y el madero
la gracia y el afán
tener propicio a Dios y escaso el pan»

Porque, señores ministros, obispos, directores
generales, capitanes generales, rectores magníficos,
podéis ser muy capaces y muy brillantes, pero sin la

muchacha de servicio que todos los días limpia vuestros
soberbios despachos la basura os comería.

Apartados de la HOAC, Guillermo Rovirosa y Tomás
Malagón, trabajan para la ZYX (se llegó a hablar de la
HOAC legal y la HOAC real), que toma la forma jurídica
de Sociedad Anónima. Era en la práctica una organiza-
ción de Apostolado Privado en donde se asumía la
plena responsabilidad seglar en la evangelización de las
realidades que les corresponden por vocación específi-
ca: el campo de la economía, de la política, de lo social,
y naturalmente de la cultura.

La ZYX tenía como finalidad principal la formación de
militantes cristianos en el campo obrero. Fueron muchos
los cursos de formación y apostólicos que se dieron, apar-
te de la ingente labor editorial que fundamentalmente res-
cataba el pensamiento libertario y marxista que ideológi-
camente había nutrido el pensamiento del Movimiento
Obrero.

Al principio la Editorial ZYX estuvo formada por
obreros y sacerdotes... pero con el tiempo los sacerdo-
tes fueron sustituidos por universitarios. El tránsito de lo
apostólico a lo político era sólo cuestión de tiempo.

Para concluir traemos aquí, desde ópticas diferentes,
tres juicios sobre la ZYX:

El primero, el de un gran colaborador de la misma,
creyente, Carlos Díaz dice: «la ZYX llegó a convertirse
en la labor de promoción de conciencia democrática y
solidaria más importante de aquellos años».

Desde una óptica no creyente se sostiene también el
mismo juicio: «la Editorial ZYX fue la plataforma que
permitió recuperar la memoria histórica de lo que había
sido el movimiento, no solamente libertario, sino el
movimiento obrero y sindicalista español. Y para mí (...)
significa un proyecto editorial realizado que ha sido el
más importante que ha tenido España», decía Heleno
Saña.

Y Ramón Tamames, economista, afirmaba que era el
mejor tejido social preparado para poder implantar en
España un partido político. □

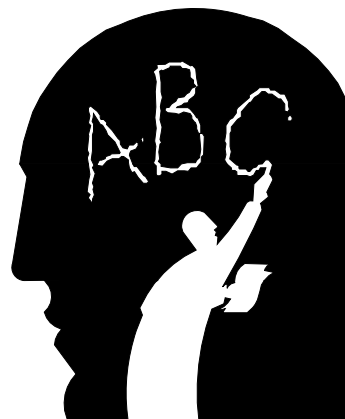
OPTIMISMO EDUCATIVO

■ FÉLIX GARCÍA MORIYÓN
Doctor en Filosofía

Se han instalado en el imaginario colectivo dos tesis que han adquirido categoría de verdades indiscutibles. La primera de ellas es que la situación de la educación española, en especial la secundaria es, sin más, deplorable, con unos niveles educativos por lo suelos. Para quien tenga alguna duda, se cita el informe Pisa y con ello queda todo resuelto; los que cuestionan dicha tesis son unos completos ignorantes que se niegan a admitir los hechos. Otras hipótesis para explicar tamaño despropósito negacionista del fracaso escolar son también posibles, pero no las tengo en cuenta porque son incluso menos positivas para los dubitativos y ponen en duda su objetividad intelectual.

La segunda tesis mantiene que el nivel de comportamiento en los centros educativos es un auténtico despropósito: acoso escolar creciente, cuestionamiento del papel del profesorado, llegando a los insultos e incluso a la violencia de los alumnos y sus familias contra los profesores, hundimiento de los modales y del respeto en las aulas... En este caso no se suelen citar documentos tan solventes como el informe Pisa, pero no hace falta porque es una verdad tan obvia que al igual que la anterior no admite discusión.

Ni que decir tiene que el catastrofismo apocalíptico siempre tuvo amplia aceptación social. Al amparo de



«cuanto peor, mejor», todos parecen apuntarse al carro de las lamentaciones jeremiacas. No importa mucho si la realidad no está del todo de acuerdo con nuestras negras descripciones: lo que importa es que la situación es mala de solemnidad.

Mi optimismo visceral —avalado por un optimismo cristiano consciente siempre de que al final ganan los

buenos y no por sus propios méritos, por cierto— me dice que no es sano tanto pesimismo porque ese talante nunca ayuda a transformar la sociedad en la que vivimos. El pesimismo provoca tristeza y este estado de ánimo nos deja sin fuerzas para hacer presente en cada momento de nuestra existencia que las cosas pueden ser de otro modo. O, como decía el título de una hermosa película dedicada a la educación, confiar en que «Hoy empieza todo».

Cierto es que la enseñanza tiene problemas, pero ¿cuándo no los tuvo? Los de hoy están muy vinculados al hecho de que están escolarizados todos los niños y niñas hasta los 16 ó 18 años en un sistema que no es lo suficientemente flexible como para atender expectativas y capacidades que son muy diferentes. El fracaso escolar se ha estancado en cifras que rondan el 30%, lo cual no deja de ser un desastre, incluso un gran desastre. Cada niño que no logra los objetivos mínimos previstos debiera hacer reflexionar a las tres partes directamente implicadas en su educación: la familia, el profesorado y la administración educativa. Y luego, claro está, a toda la so-

«el pesimismo provoca tristeza y ese estado de ánimo nos deja sin fuerzas para hacer presente en cada momento de nuestra existencia que las cosas pueden ser de otro modo».

ciudad que también está cumpliendo bastante mal con la parte que le toca en la educación de niños y adolescentes.

Los datos proporcionados por Pisa no son especialmente preocupantes, puesto que estamos en el medio, con diferencias que no son significativas. Además, para mejorar no necesitamos imitar a Finlandia, un país que nos queda algo lejos física y culturalmente. Bastaría con fijarnos en La Rioja, que obtienen puntuaciones por encima de la media y nos queda más próximo en todos los sentidos. Y además nos vendría bien saber lo que pasa en las comunidades en las que Pisa no ha obtenido datos. Quizá debiéramos empezar por ahí: los profesores tendríamos que mejorar nuestra didáctica, haciendo las clases más interesantes y exigentes para los alumnos; las familias tendrían que volcarse más en educar a sus hijos, procurando consentirles menos y exigirles más; y las autoridades debieran algún día llegar a un pacto educativo dejando de utilizar la educación como campo de batalla.

De la violencia hablo menos, porque los datos fiables, los que ofrece el Ministerio o el Defensor del Menor, nos dicen que la violencia disminuye y no es especial-

mente significativa. Casos hay, y merecen un tratamiento eficaz que pasa, sobre todo, porque el padre y la madre y el profesorado, se decidan a ejercer su autoridad, marcando límites consensuados y obligando a su cumplimiento. No se trata de que nos conviertan a los profesores

en agentes de la autoridad, confusa e impropia propuesta que algunos hacen para remediar males que no existen. Se trata más bien de seguir ejerciendo el papel que a los adultos nos toca en la relación pedagógica siempre asimétrica: dar ejemplo y ser solícitos con los alumnos, con lo que obtendremos su reconocimiento.

Se trata, en definitiva, de seguir creyendo en la relación educativa, una relación dialógica entre dos personas, una adulta que apoya, guía, orienta, aporta y, sobre todo, muestra su cariño, y otra menor, que escucha, tantea, busca, aporta y, sobre todo, reconoce a quien le está echando una mano para crecer y llegar a ser quien es. Esto, lo básico, es posible aquí y ahora. Los profesores podemos hacerlo; los alumnos

lo agradecen. Y juntos afrontamos dificultades, ni mayores ni peores que las de otras épocas, simplemente distintas. □

«Quizá deberíamos empezar por ahí: los profesores tendríamos que mejorar nuestra didáctica, haciendo las clases más interesantes y exigentes a los alumnos; las familias tendrían que volcarse más en educar a sus hijos, procurando consentirles menos y exigirles más; y las autoridades deberían algún día llegar a un pacto educativo dejando de utilizar la educación como campo de batalla.»

LA ESCUELA RURAL DE LOS 70/80. NUESTRA ESCUELA

■ **YSABEL Y LUIS BLANCO**
Maestros

En la década de los 70, nuestros primeros años de trabajo en la escuela rural del sur de la provincia de Salamanca, (Luis ejercería en ella hasta jubilarse) la dictadura física agonizaba: el dictador murió en noviembre del 75. Le sucedería la transición en la que se aprobó la constitución del 78 por cuya obra y gracia todos nos hicimos demócratas de toda la vida. Sin cursillos de adaptación o reciclaje ni otra zarandaja. España y yo somos así, señora.

El medio rural se había ido desangrando gracias al desarrollismo y la emigración a las grandes ciudades (entonces no tan grandes como después) y al extranjero. También el campo agonizaba, aunque su agonía fue más lenta, duradera y dolorosa, al menos en cantidad (que algo es algo), que la del dictador.

El medio rural se debatía (más bien le presionaban) entre dejar atrás una economía agrario-ganadera (se entiende mejor que agropecuaria) de subsistencia, secular, a favor de otra más moderna, comercial. Y perduraban aún hábitos ancestrales de autoritarismo, oscurantismo...

Nuestras «escuelas nacionales», algunas como la de Lagunilla con advocación de ¡personaje republicano!, iban pasando de ser de niñas o niños a mixtas y a la Ley del 70 le costaba avanzar. Hasta la escuela rural no llegaban o lo hacían con retraso los avances que lentamente llegaban a la escuela urbana.

Y los edificios... muy buenos los de la república, que lo siguen siendo aunque transformados o semivacíos y de trampa y cartón los de la dictadura, sin electricidad o muy deficiente, ni agua y servicios, no digamos calefacción... —a nosotros nos llegó a tocar la época del brasero para la/el maestra/o —¿Libros? Los de texto... ¡y gracias! ¿Material? ¿Recordáis los pupitres dobles de madera? Sí, los del tintero.

La Pedagogía, teóricamente la de la ley del 70. Prácticamente la del «orden y mando», «la letra con sangre



entra»..., la tiza y el encerado... cuando los había. Aprender de memoria, hasta morir de aburrimiento.

Pero frente a toda esa incuria comenzaban, individualmente o en pequeños grupos (2, 3, 4...) y dispersos, otras maneras. Las maestras y maestros aún no éramos profesores y algunos no lo hemos sido nunca, comenzábamos a intentar cambiar/transformar la escuela, no sólo la pedagogía, para transformar la sociedad. El «cambio» fue posterior y de otros.

Fueron surgiendo y consolidándose los MRPs (Movimientos de Renovación Pedagógica) en zonas, regiones (las autonomías fueron posteriores), en el Estado... También a Salamanca llegó pronto aquel aire fresco que, más tarde, Maraval, ilustre ministro del ramo, bautizaría como Sarampión. Exactamente se refería a las Escuelas de Verano. Sarampión que aún no han logrado erradicar, a pesar de los pesares.

Nosotros, a falta de otros grupos más ácratas, nos enrolamos en el que hoy se llama MCEP, (Movimiento Cooperativo de Escuela Popular, entonces ACIES, Asociación para la Correspondencia y la Imprenta Escolar, así denominado en España para que pasara la censura, pues internacionalmente es FIMEM, Federación Internacional de la Escuela Moderna, la de Freinet, no la de Ferrer, aquí denominada Racionalista ¡No más siglas, por favor!)

Trabajando en grupo, cooperativamente, aunque cada cual en su escuelita, más solos que la una, tratábamos de transformar la educación, no sólo la pedagogía o la enseñanza, cuyo objetivo era lograr personas críticas, creativas y libres, mediante la participación, el trabajo cooperativo, la investigación, la expresión libre... el trabajo manual e intelectual, tan caro al movimiento anarquista.

Por eso, en nuestras clases y escuelas, cuando era posible si había «equipo», lo más importante era la Asamblea de la que, teóricamente y en deseo nuestro, partía toda la actividad, en la que todos éramos iguales y participábamos

en las propuestas y las responsabilidades o cargos rotativos, que lo eran en todo lo demás: biblioteca, orden, materiales... Practicábamos la democracia directa y responsable.

Se desarrollaba la libre expresión en Lenguaje, artística; se estudiaban otras matemáticas, se «investigaba» el Medio (no se estudiaba Geografía o Historia o Naturales). Tratábamos de integrar la escuela en el medio o comunidad y que éstos entrasen en la escuela: escuela abierta. Las madres/padres participaban, no sólo en lo que hoy se llaman AMPAs, sino en asambleas decisorias.

Luchábamos, contra los ayuntamientos por una escuela física y culturalmente digna: limpieza, materiales, medios técnicos y humanos: laboratorios, biblioteca, talleres (fotografía, plástica, música, tecnología...). Hacíamos teatro, en clase y fuera de ella y con diversas técnicas; recitales, fiestas, para la escuela, el pueblo.

Hacíamos intercambios con otras escuelas en un programa que nosotros llamábamos «Tiempo Libre» y que culminaba con un campamento de verano de 15 días, autofinanciado. Luchamos contra curas por la «clase de religión». (Los dos primeros años Luis era cura y maestro en el mismo pueblo). Contra viento y marea intentábamos educar en y para la igualdad, la libertad, la justicia, la tolerancia... la PAZ.

Y tuvimos que luchar contra la resistencia y los envites de compañeros, autoridades académicas y de todo tipo, porque en nuestras clases o escuela no había, se decía, orden ni concierto ni disciplina, porque no se respetaba la autoridad, porque en nuestras clases y escuelas sólo había jolgorio y libertinaje, etc., etc. Y todos, hasta muchos padres inducidos por los enterados de turno, celosos para unas cosas y ajenos a lo importante, que veían que sus hijos venían contentos a la escuela, trataban de llevarnos al carril del rebaño del que nosotros y nuestras criaturas nos habíamos escapado alegres y felices.

Y nos llamaban ateos, comunistas, de la ETA. ¿Recordáis la canción de Patxi Andion? Pero nosotros, con compañeros leoneses, castellanos (pues todavía no éramos castellano-leoneses), manchegos (que tampoco lo eran), murcianos, gallegos, (que siempre lo fueron) asturianos, catalanes, (algunos ya nacionalistas), vascos o navarros (euskaldunes o no), cántabros, algún extremeño (pocos, la verdad, aunque aún Ibarra no los había «salvado» de su marginalidad), etc., etc... creamos el movimiento Escuela Rural, aunque a algunos nos gustaba más Educación Rural, que luchó por dignificar la profesión y la tarea de la educación en el medio rural y «debía contribuir a un desarrollo integral»

en el medio rural, como rezaba en nuestros panfletos o en «El Manifiesto por la Escuela Rural», con el que pretendíamos ofrecer nuestra alternativa a la política económico-educativa de la administración, primero central y después central y autonómica, que duplicó escritos, cargos, sueldos... y que vaya usted a saber cual era más centralista, una de Madrid u otra, de Mérida o Santiago, por poner dos ejemplos.

Y nos esforzamos porque en nuestros equipos de trabajo, además de maestros, hubiera médicos, sociólogos, técnicos, economistas... Y desenmascaramos la falacia concentracionista escolar de la administración por antieconómica, antisocial, antisicopedagógica, si el término es correcto...

A la vuelta de los años, se nos ocurre que no sólo el resto del funcionariado no estuvo a la altura de las circunstancias, sino los sindicatos y menos aún los partidos, preocupados aquellos de su «status» y éstos de llevar a cabo la gran misión que se habían autoasignado: llevar adelante la transición, siempre en peligro de ser descarrilada o conducida a vía muerta o marcha atrás a la estación de salida (seguro que siempre Madrid/El Pardo), o sea luchar con uñas y dientes por el trozo de pastel que le correspondía y que quedaba tras la dictadura o la otra, más noble y nunca reconocida y agradecida suficientemente por el pueblo: conducir la nueva democracia para beneficio del pueblo, pero sin el pueblo.

Hoy (jubilado hace 6 años, Luis, e Isabel, su jubilación recién sacadita de la sartén o del horno, justo el 30 de abril, víspera del 1º de mayo —¡qué casualidad!—, después de ¡41! años de «maestra», ahí es nada...) lejos de aquel tiempo, de aquellas gentes, de aquellos lugares (físicamente próximos y afectivamente muy dentro del corazón) «echamos la vista atrás» no para ver la «senda que nunca se ha de volver a pisar», sino para seguir profundizando en los errores y aciertos y seguir aprendiendo, porque la enseñanza es un continuo aprendizaje, no una docencia, en el sentido que le daban los viejos anarquistas y constatar, eso sí, que «juventud, divino tesoro». Y que nos quieten lo bailao.

Con la certeza de que tratamos de dejar una escuela mejor (una sementera) para Sonia, Luis y los que vienen detrás, constatando que nunca nada se dio gratis a los de abajo y que la libertad, la cultura,... hay que conquistarlas/arrebatárselas cada día, cada momento. O nos la roban.

Golpe a golpe. Trabajando. Hombro con hombro. Solidariamente. Verso a verso. Con poesía, mucha poesía Y Ternura. Mucha ternura. □

EDUCACIÓN PARA LA CIUDADANÍA: LA BATALLA DE LA MORAL

■ **FERNANDO LÓPEZ LUENGOS**

Vicepresidente de la asociación de profesores Educación y Persona

EL NACIMIENTO DE UN PROYECTO IDEOLÓGICO

Las primeras medidas que adoptó el gobierno de Zapatero cuando en marzo de 2004 llegó al poder fueron la retirada de las tropas de Irak y la paralización inmediata de la reforma educativa iniciada por el gobierno de Aznar. La primera acción alimentó muchos titulares, mientras que la segunda casi pasó desapercibida. Pero tras ella se escondía un proyecto ideológico que de hecho ya había sido iniciado tímidamente por el gobierno de Felipe González.

El 27 de septiembre de 2004 el Gobierno presentaba una batería de propuestas para reformar la LOCE entre las que se encontraba la creación de una nueva asignatura, Educación para la ciudadanía (EpC). El gobierno decía hacerse eco de la recomendación 12 (2002) del consejo de ministros de Europa y la presentaba como la «estrella» de la reforma. Sin embargo, desde el año 2001 en nuestro país la recomendación europea ya se estaba llevando a cabo con exactitud en una materia llamada Ética. Sus objetivos y contenidos publicados en el BOE de 16 de enero de 2001 respondían punto por punto a todas y cada una de razones propuestas por el consejo de Europa.

La inquietud se acentuó cuando se supo que la elaboración del borrador de la asignatura se le había encomendado a la fundación Cives, de la cátedra de Laicidad de la Universidad «Carlos III» regida por Peces



Barba. El ideólogo socialista escribía en *El País* un artículo justificando la importancia de la asignatura:

Si el Gobierno se decide a realizar esta reforma (la introducción de la EpC) se habrá producido un cambio revolucionario en la enseñanza preuniversitaria (...) Con esta iniciativa el Gobierno habrá justificado esta legislatura (22 de noviembre de 2004).

Se trataba en esta ocasión de apostar, por fin claramente y sin ambigüedades, por una transformación de la conciencia moral de los españoles acabando con el monopolio que la Iglesia había sustentando en el pasado¹. El fracaso del sistema educativo, lejos de preocupar al político parecía estimularle en su afán ideológico totalitario².

LA REACCIÓN CIVIL

La primera reacción de la sociedad civil fue la gran manifestación contra la LOE del 12 de noviembre de 2005. Entre las organizaciones convocantes, de manera inquietante, no se encontraba la directiva de la Federación de religiosos de la enseñanza (FERE) que se sumaría a la convocatoria sólo un día antes: Semejantes maniobras eran exigidas por los cálculos de poder de la directiva de FERE. Cosa muy diferente habría que decir de buena parte de los propios colegios inscritos en FERE que

1. «La entrega a una determinada confesión de la formación de los alumnos en valores éticos y cívicos específicos ha sido practicada y deseada por la derecha conservadora siempre que ha podido» (Borrador de Educación para la ciudadanía encargado a la Fundación Educativa y Asistencial CIVES, p. 4). «El Estado debe adoptar una actitud activa y positiva, incompatible con la entrega exclusivista a una confesión o a un partido determinado de la formación en tales valores a todos los alumnos, o a una parte de los mismos» (*ibid.*).

2. No es este el momento de hacer un análisis sobre la maldad del contenido de las asignaturas de Educación para la ciudadanía. Para conocerlas remito a mi Informe pericial sobre EpC que puede descargarse de nuestra web www.educacionypersona.es

desde el principio sí habían animado a los padres a asistir a la manifestación. Su éxito —más de un millón de personas— fue un primer signo, tímido pero significativo, de que la sociedad civil era capaz de movilizarse.

Cuando salieron publicados los decretos de primaria y secundaria —en diciembre de 2006— un grupo significativo de asociaciones civiles anunciaron en rueda de prensa el inicio de una campaña informativa sobre EpC proponiendo la objeción de conciencia como el cauce legal más coherente y eficaz. Fue en febrero de 2007. Más tarde, a finales de este mismo mes, la Conferencia Episcopal Española redacta un documento muy crítico contra EpC que, a pesar de lo que se ha dicho, contó con la aprobación unánime de todos los obispos reunidos³.

Desde entonces un grupo reducido de personas empezamos a difundir los contenidos de la asignatura por toda España. A medida que se iba difundiendo la noticia, la gente demandaba más información. En Toledo en sólo tres meses unos pocos profesores dimos más de cincuenta charlas (fuimos entonces la provincia española con mayor número de charlas). La consecuencia no se haría esperar: a principios de junio dábamos la segunda rueda de prensa para anunciar que teníamos registradas en la provincia 1100 objeciones de conciencia, y dos semanas más tarde alcanzamos la cifra de 3.095. La Delegación de Educación tardó casi un año en reconocer una cifra que iba creciendo vertiginosamente a costa de kilómetros de coche, de cansancio y de agobios familiares interminables (la mayoría tenemos varios niños de edades pequeñas). Gracias a Dios, al cabo de unos meses más gente se iría sumando a nuestro empeño.

Aunque entre las asociaciones que iniciaron la campaña algunas de ellas cuentan con estructura nacional (como CONCAPA o el Foro Español de la Familia) la iniciativa fue desde el principio de pequeños grupos dispersos de profesores y de padres: a finales de ese mismo curso de 2007 surgió la primera plataforma de padres objetores en Andalucía que sería la primera de una larga lista

repartida por toda nuestra geografía. Eran grupos de padres «espontáneos», asesorados por abogados que ofrecían su servicio de forma gratuita, y que se veían obligados a aprender a hablar a los medios de comunicación, a dominar la informática para conectarse a internet, a permanecer en una amplia red de correos que continuamente pasaba información (una media de cuarenta diarios), a hacerse «expertos» en la jerga jurídica: «recursos de alzada», «poderes notariales», «autos con medidas cautelares»... y todo ello sabiamente administrado con las ineludibles tareas domésticas: familias —en muchos casos numerosas, o con niños recién nacidos— debían hacer compatible el intenso ritmo doméstico con unas exigencias desbordantes. Miles de padres objetores de toda España dependían de la información, asesoramiento y consejo de ese grupo de padres y madres. No es de extrañar que en más de una ocasión a alguno se le quemaran las lentejas, o que sus hijos montaran un follón monumental mientras la madre apurada, con el más pequeño en brazos, intentaba responder por teléfono a las interminables llamadas de los medios de comunicación. Pues el despacho de estas plataformas no era otro que la cocina de casa; el teléfono de contacto, su propio teléfono personal; los recursos tecnológicos, el ordenador de casa; y su horario de atención, las 24 horas al día, los 365 días al año. ¿Qué funcionario de los que han acusado a estos padres se ha llevado el móvil de vacaciones para atender a los padres inquietos? Y este grupo de padres son los que han llevado a cabo la mayor revolución por la libertad de la historia de la Democracia hasta alcanzar las más de 54.000 objeciones de conciencia⁴.

A partir de febrero de 2008 empezaron a salir una cascada de sentencias y medidas cautelares de signo opuesto según la comunidad autónoma, pero en su gran mayoría favorables a los objetores. Finalmente, el Tribunal Supremo después de una larga y controvertida deliberación de varios días sentenció contra la objeción de conciencia (con el voto particular de 9 magistrados,

3. También se ha intentado engañar a la opinión pública diciendo que la oposición a EpC se trataba de una maniobra de los obispos. Pero, si bien es cierto que sus intervenciones fueron muy oportunas y valiosas al confirmar tanto el diagnóstico de EpC como el modo de defensa promovido por las asociaciones, sin embargo fueron estas asociaciones y las plataformas de padres los que en todo momento llevaron la iniciativa.

4. Otro de los factores claves de esta lucha ha sido la independencia ideológica de estas plataformas. A pesar del abuso del Poder en el control de los medios de comunicación es absolutamente falsa la implicación del PP en la campaña de la objeción de conciencia. Desde la aprobación de la LOE el PP permaneció en silencio y no se manifestó hasta junio de 2007, cuatro meses después de iniciarse la campaña de objeción de conciencia. Pero las comunidades autónomas gobernadas por el PP respondían de forma contradictoria a la situación de los padres. El apoyo institucional del PP tardaría un año y medio en producirse (!) (el 22 de septiembre de 2008) cuando ya había miles de objetores por toda España.

el 27% de los miembros de la sala) y sin embargo daba la razón a las exigencias de los padres:

Que el deber jurídico de cursarla sea válido no autoriza a la Administración educativa —ni tampoco a los centros docentes, ni a los concretos profesores— a imponer o inculcar, ni siquiera de manera indirecta, puntos de vista determinados sobre cuestiones morales que en la sociedad española son controvertidas.

La Sentencia resulta objetivamente contradictoria e injusta, mostrando el grave conflicto suscitado entre los magistrados: afirma que no se debe utilizar EpC para lo que de hecho se está utilizando, pero al mismo tiempo le quita a los padres su única herramienta eficaz, la objeción de conciencia, contradiciendo gravemente la jurisprudencia del Tribunal constitucional. Por ese motivo ha sido recurrida y los padres directamente afectados están dispuestos a llegar a Estrasburgo donde dos sentencias sobre asuntos muy semejantes les han dado la razón a los padres recurrentes. Pero para ello han de pasar años. Mientras tanto los padres objetores, sorprendiendo a las mismas asociaciones que han promovido la objeción de conciencia, han decidido en muchos casos mantenerse sin entrar en clase: Luther King lo tuvo más difícil.

A lo largo de estos dos años hemos sentido muchísimas veces el agotamiento aplastante como una losa. Hemos gritado de alegría, hemos llorado desbordados por los acontecimientos y por el sufrimiento de la gente, hemos sentido la angustia de la grave responsabilidad ante tantos padres que confían en nosotros. Pero hasta ahora nunca hemos dejado de sentir el entusiasmo por la tarea llevada a cabo.

Pero sobre todo, es obligado reconocer el coraje de estos padres que frente al silencio de mucha gente de Iglesia, frente a la cobardía de no pocos directores de



centros católicos y frente a la traición de los responsables de la FERE, han sabido dar testimonio de que no caben posturas acomodaticias ante este proyecto ideológico. Que el amor a sus hijos no puede quedarse en un interés individualista egocéntrico. Que no se puede educar en el amor si no se está dispuesto a sufrir por ello, asumiendo al mismo tiempo una responsabilidad social. Mientras el incendio amenaza los valores de nuestra sociedad no es lícito contentarse con la seguridad de la propia casa. La batalla por la libertad no ha hecho más que empezar. ¿O es que un padre puede cansarse de amar a su hijo? □

¿HAN TRAICIONADO LOS INTELLECTUALES SU PROPIA MISIÓN?

□ JOSÉ M.^a VEGAS
CMF

Habría que empezar definiendo qué o quién es el intelectual. Porque trabajar con el intelecto es algo demasiado amplio e indefinido. Si nos atenemos a las condiciones de aparición de la filosofía según Aristóteles, esto es, gozar de un cierto nivel de ocio, podemos entender la labor intelectual como aquella que implica una cierta distancia del «negocio», es decir, de la dedicación a la satisfacción de las necesidades más inmediatas. Pero no se debe entender aquí la palabra «ocio» en el sentido de la ociosidad, del «dolce far niente», que da lugar a ocupaciones lujosas, vanas y prescindibles; sino en una precisa y bien determinada relación con el «negocio»: la actividad intelectual significa e implica una toma de distancia respecto de las ocupaciones ligadas a la supervivencia inmediata, para, viéndolas en perspectiva, descubrir su sentido y, en consecuencia, las adherencias y las corrupciones que les impiden realizar su verdadero papel al servicio del hombre y de su humanización. Esta toma de distancia lleva consigo una cierta contemplación del «deber ser ideal» de aquello de lo que se toma distancia, pues sólo si se adquieren criterios positivos es posible después criticar, proponer y corregir.

Vistas así las cosas, quisiera proponer como modelo del intelectual al filósofo tal como se nos ha transmitido

desde la tradición griega. El filósofo inquiere y pone en cuestión las opiniones comunes y los prejuicios dominantes (Sócrates), se eleva en su inquisición hasta el «deber ser ideal» (Platón) y, finalmente, hace bajar el cielo a la tierra, estableciendo lo que las cosas reales son y lo que, en consecuencia, deben ser en realidad a la luz del ideal contemplado (Aristóteles): la crítica y la abstracción se traducen en exigencias de verdad, de bien, de virtud, de justicia, etc. Al tomar al filósofo como

modelo del intelectual puro, que utiliza el ocio para pensar e iluminar el sentido de lo real más inmediato (el negocio), esto es, que pone su saber al servicio de la vida, de la sociedad y de la realidad concreta, no excluimos a otros (literatos, científicos, teólogos), sino que simplemente nos simplificamos la tarea de discernimiento. No obstante, creo que con idéntico sentido en que tomamos de la Grecia clásica al filósofo como modelo del intelectual, podemos tomar de la tradición bíblica al profeta, que cumple una función si-

milar e, incluso de calado y significación mayor.

El esbozo que hemos hecho de la tarea del intelectual (el filósofo y el profeta) nos hace caer enseguida en la cuenta de los peligros que acechan a esta misión. El primero es quedarse en la abstracción contemplativa y mantenerse definitivamente alejado de la realidad a la que debería servir. Es un modo ilegítimo de servirse del



ocio que la sociedad le brinda, ya que no revierte sobre ella los beneficios de los que disfruta. Este abstencionismo abstracto puede deberse a un ensimismamiento teórico (ya decía Aristóteles que la contemplación de la verdad es la más sublime dedicación a la que se puede aspirar), pero también a un pesimismo práctico: al comparar las sublimes esencias con la pedestre realidad puede llegarse a la conclusión de que esta última está irremisiblemente perdida y que no hay nada que hacer por mejorarla ni tan siquiera un poco. No es raro que este pesimismo esté abonado por una cierta dosis de resentimiento originado en la escasa atención que las fuerzas vivas de la sociedad (la economía y la política sobre todo y, tras ellos, gran parte de la masa social) prestan a la voz de los intelectuales.

El segundo peligro, el contrario al anterior, tal vez abonado por el deseo de paliar esta falta de atención y relevancia social, es convertirse en justificadores ideológicos de la mostrenca realidad, de los puros intereses sociales, de los prejuicios ambientales. Los sofistas venden su saber y sus habilidades dialécticas para dotar de legitimidad y prestigio a puras relaciones de poder, a estructuras e instituciones de hecho, pero que se encuentran muy lejos de lo que deberían ser, a puros prejuicios e intereses que pasan por verdaderos valores... La versión religiosa del sofista es el profeta áulico que pronuncia sólo oráculos agradables a los oídos del poder o de la masa. El sofista se convierte en un «técnico» de la dialéctica al servicio de quien más dé, del más fuerte o de la corriente en boga. Nunca disiente, y si lo hace es respecto de posturas que ya no representan peligro alguno para el disenso. El profeta no escucha la voz de Dios, sino que hace de la opinión pública la fuente de sus revelaciones, en una interpretación bien torcida de aquello de que «vox populi, Vox Dei».

Esta segunda perversión es más dañina que la primera, y expresa lo que se podría llamar la «traición de los intelectuales», que dimiten de su misión en la sociedad (en sí misma nada ociosa, nada fácil ni cómoda, pues

oponerse a los prejuicios y opiniones dominantes no es plato de gusto), y, en definitiva, hacen del ocio que se les ha otorgado su propio negocio.

¿Puede decirse que los intelectuales de nuestro tiempo han caído en esas perversiones, especialmente en la traición descrita al final?

Se nos permitirá abstenernos de emitir un juicio tan comprometido y difícil. Pero trataremos de dar algún criterio que nos permita tomar postura al respecto y, de paso, quién sabe, incluso criticarnos a nosotros mismos.

En primer lugar, diría que el intelectual tiene la tentación de traicionar su misión y de venderse al sistema en la misma medida en que el comerciante la tiene de engañar a sus clientes y el político de aprovecharse de su cargo. Que exista la tentación no significa que haya de existir por necesidad el pecado. Habrá quién caiga en la

tentación y habrá quién sepa vencerla. En todo caso, si nos dejamos llevar por la tendencia a un cierto pesimismo histórico, y pensar que hoy gran parte de los intelectuales sí que se han convertido en voceros del poder de turno y de los prejuicios ambientales, habremos de recordar algo que Juan Miguel Palacios solía repetir cuando en la Facultad de Filosofía de la Complutense alguien se dejaba llevar por esas funestas impresiones: «la filosofía siempre se ha cultivado en el

«En primer lugar, diría que el intelectual tiene la tentación de traicionar su misión y de venderse al sistema en la misma medida en que el comerciante la tiene de engañar a sus clientes y el político de aprovecharse de su cargo.»

marco de su propia falsificación». Lo mismo puede decirse del profetismo y del intelectual en general. Sócrates por la filosofía, Jesucristo por el lado de la experiencia religiosa nos pueden servir de ejemplo suficiente. ¿Quién está dispuesto a dar la vida (en general, a salir perdiendo) por la verdad a la que dice servir? He ahí el criterio principal del verdadero intelectual, del filósofo, del profeta, en el fondo, del hombre cabal.

Una dificultad añadida que se nos puede presentar a la hora de discernir nuestro tema es el extremo pluralismo que caracteriza a nuestra época. ¿Es posible alcanzar criterios objetivos de verdad, bien, justicia, etc., que nos permitan evaluar la misión del intelectual y el modo de realizar su misión? Porque es muy posible que nos

parezca que traicionan su misión los que ponen su saber al servicio de causas que no compartimos, pero en las que ellos creen sinceramente.

En esta situación de perplejidad y pluralismo extremo es procedente, tal vez, exigir a los intelectuales que agudicen esa primera dimensión de su tarea, la que asignábamos al espíritu socrático: la capacidad de hacer preguntas, de buscar respuestas sin anteojeras, de ser capaces de inclinarse ante las evidencias que podamos alcanzar, al margen de que estén de moda o lo contrario. En nuestra confusa y sofisticada época necesitamos sobre todo espíritus socráticos que rehagan el camino de la búsqueda sin compromisos. En la Atenas de aquel tiempo había muchos sofistas, pero bastó un Sócrates (un punto arquimédico del intelecto) para refundar la filosofía con nuevo vigor.

Por otro lado, el hecho del pluralismo no es tan radicalmente nuevo y no es un obstáculo para suscitar en uno mismo las actitudes que han de adornar al verdadero intelectual, al filósofo y al profeta. La cuestión es si uno tiene actitud de servicio, o si se sirve de su saber para medrar; si es capaz de arriesgar su hacienda por el ideal al que sirve, o hace del aumento de su hacienda el ideal de su vida. O, usando la conocida y contundente sentencia de Pegúy, se trata de saber si uno está en ac-



titud mística o en actitud política: mística republicana era cuando se daba la vida por la república; política republicana es cuando se vive de la república. Aplíquese *mutatis mutandi* la máxima a unos y otros (políticos, artistas, teólogos, filósofos e intelectuales en general) y podrá responderse con aproximación a la pregunta que abre estas líneas. □

UN MUNDO SIN ACONTECIMIENTOS

■ **RAFAEL CID**
Periodista

Resistencia y sumisión son conceptos antagónicos. Resistencia es sinónimo de insumisión y sumisión de servidumbre. Y los medios de comunicación, hoy por hoy, ambas cosas son. Promueven la sumisión, en el polo positivo, y minan la resistencia, en el otro borne. Pero no engañan a nadie, son quienes son: medios que inducen fines. Extensiones del hombre (y de la mujer) que nos suplantán. Artefactos que castran la propia experiencia. Sistemas de delegación listos para inocularnos órdenes en forma de datos, imágenes y noticias. Mediadores autodesignados. La última vuelta de tuerca de un sistema de obsolescencia participativa que lleva de la democracia representativa a la democracia de percepción: la mediocracia. Así es si así os parece.

Aunque la gente cree todo lo contrario. Los medios tienen buena prensa y mala reputación. Hace algunos años, invitado a las aulas de verano por la Fundación Emmanuel Mounier en Burgos manifesté esta opinión sobre los medios de comunicación, advirtiéndome además que era una deriva que comprometía la poca y débil democracia de que disponíamos. No me refería a la ya entonces agotadora telebasura existente, sino a ese periodismo tildeado de serio e independiente que cada día nos marca la agenda con un menú informativo rico en miserias y pobre en valores. Y claro, la reseña que el periódico local publicó sobre aquel acto no podía menos que aprovechar la sedicente oportunidad para el linchamiento del refractario. Según dejó escrito el impetuoso colega, el tipo que acababa de sembrar dudas sobre las verdaderas intenciones de los medios y la filantropía de sus ilustres representantes, era un perfecto majadero que no sabía dónde tenía la mano derecha.

De entonces para acá, este diagnóstico no ha hecho sino confirmarse y gangrenarse. Citando a esa pieza que

fue Ortega y Gasset, lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa. Tenemos más medios que nunca en la historia, estamos conectados a bancos de datos que ni en mil vidas podríamos saciar y la información nos sale por las orejas. Todo en eso que ahora se denomina en tiempo real, concepto que ni el propio Henri Bergson podría imaginar. Pero, así y todo, compartimos bulimia y anorexia. Derrochamos ignorancia, carecemos de sentido común y colmamos más soledad que un transeúnte en el avispero de la T4. Y todo porque nos hemos resignado a la servidumbre voluntaria. Olvidada la huella matriz de la resistencia y su legado seminal por la acción paliativa de los medios, abrazamos la sumisión como expiación de los errores a que nuestros dominadores nos han conducido. Propaganda, consumo, rivalidad, lavado de cerebro, analfabetismo funcional, obediencia ciega y trágala, integran el devocionario de la era del conocimiento. Todo muy español y muy vetusto, al fin y al cabo. Que inventen ellos. Vivan las *caenas*. Fuera de nosotros la funesta manía de pensar. ¡En tiempo real!

Adam Smith, bajo la impronta de su primera naturaleza como profesor de teología moral, ya nos advirtió del peligro de deshumanización que anidaba en esa división del trabajo tan rentable para la economía fabril. Luego, debemos a Arthur Schopenhauer y a Hanna Fenichel Pitkin el ponernos en guardia sobre la voracidad de la representación como fórmula de acción política. Y ése precisamente es el explosivo coctel que ofrecen los medios de comunicación cuando se constituyen como el gran oráculo social, abusando de que en las actuales sociedades de escala la especialización en el pensar, opinar e informar semeja una necesidad insoslayable. De esta forma, sin controles democráticos, sometidos al principio del interés y el beneficio, como empresas privadas que son, los medios se han convertido en los nuevos legisladores

domésticos. Un espejo donde todos ansían mirarse porque aquel que no sale reflejado no existe, haciendo cierto el dicho que hablen de mí aunque sea mal.

Hemos escrito «espejo» y lo recalcamos para mostrar la improductividad consustancial a tal sistema. La galaxia mediática establecida es un modelo especulativo, que busca realizarse en su propio solipsismo, evitando en todo momento la participación de los titulares del derecho de información: la sociedad en su conjunto y todos y cada uno de los ciudadanos en particular. Se puede decir que los medios anticiparon la economía especulativa de casino pues fueron los primeros en cebar *urbi et orbe* el mantra de una conciencia banal ¡en tiempo real! Y no es la única complementariedad que ambos ostentan. Su egotismo es similar al de sistema financiero. Los dos se sienten indispensables. Quizás por ello, uno y otro han acudido al rescate del dinero público para capear la crisis provocada con sus prácticas. La ideología mediática dominante, lo diga Marx o su porquero, es la ideología de la clase dominante. Porque los medios son lo que son: voz de su amo y espejo de triunfadores. Así, incomunicados por los medios, *ceteris paribus*, se siembra el desarraigo que posibilita la sumisión y sofoca la resistencia.

Son innumerables y flagrantes los casos que balizan esta deriva de los medios desde una primitiva e ideal función de servidores de la opinión pública, para ayudar a tomar conciencia de la realidad social y avanzar en la convivencia democrática y solidaria, hasta la real de dinamizadores para el control y la alienación en línea con los intereses estratégicos de los poderes fácticos. Por acción u omisión, dejando hacer a quienes diseñan un *imago mundi* afín a su estrategia y solapando la realidad que contraría al sistema dominante, los medios del neoliberalismo rampante han terminado por construir un nuevo panóptico que jibariza la realidad hasta el límite de disciplinarla en la ser-

vidumbre voluntaria, el adocenamiento y el pasotismo. La reacción popular durante el intento del golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, cuando la democracia «conquistada» tras casi cuarenta años de dictadura se veía seriamente comprometida por la acción violenta de un grupo de militares fascistas, es un paradigma de la situación descrita. No hubo la más mínima reacción popular, ni se la esperaba. Adoctrinada en la no resistencia y en sumisión a la cadena de mando, la opinión pública se quedó al margen de unos acontecimientos decisivos, como si lo

que estaba ocurriendo no contara con ella, o fuera una realidad virtual. Una astenia democrática que tendría su colofón cuando, 27 años más tarde, desde la televisión pública, se nos contara cómo pasó, en una serie que alcanzaría las máximas cotas de audiencia, retroalimentada temáticamente al año siguiente con otro episodio sobre *La noche más triste del rey*, y convirtiendo de este modo un hecho histórico, del que aún no es posible conocer sus circunstancias porque el «dossier 23-F» sigue sin desclasificarse, en un acontecimiento irreal. Lo que, en el contexto de esta flamante sociedad del ciberconocimiento, induce a preguntarse con Watzlawick o con Orwell si es real la realidad.

Aunque de lo que cada vez quedan menos dudas es de que las hemerotecas están llenas de mentiras, de falsos acontecimientos, de experiencias ventrílocuas.

El viejo periodismo ha muerto para que la telegenia tome el relevo. Y así vivimos en las antípodas de nuestros deseos. Finanzas y medios de comunicación constituyen la centralidad del sistema dominante, y sin embargo, y quizás por eso, ambas estructuras aparecen en las encuestas y sondeos entre las peor valoradas por la ciudadanía. El espejo público, como grandilocuentemente se denominaba a la prensa en otras épocas, ha devenido en un parvulario de pensamiento único, canibalismo social, golosinas culturales y bribonerías. Distribuido por cohortes y facciones según sea su orien-



tación política y económica, los medios no suministran información real sobre los acontecimientos sino que regulan su tráfico, lo semaforizan, de acuerdo con lo que resulta más provechoso a cada escudería, ofreciendo con la esgrima partidista una ficción de pluralismo que no es más que el rostro vecino de una identidad de destino en la dominación. Y aquí radica otra de las lacras del planeta mediático realmente existente: su condición de medios de producción (simbólica) privados. Constitucionalizada la información como uno de los derechos fundamentales, junto a la libertad de expresión, los medios sólo tienen «autoritas» si son de dominio público y gestión democrática. En caso contrario, si son mayoritariamente un oligopolio (privado o gubernamental, tanto da que da lo mismo), sólo pueden ser factores sujetos a las contingencias del mercado, que incluso suponen una amenaza para una libertad de expresión cada vez más confinada al reducido ámbito de lo «doméstico».

Somos lo que hacemos, que más o menos dijo Hipócrates, por eso la responsabilidad social va por categorías, e instituciones como la prensa, por su efecto multiplicador, capilar y si se quiere especulativo, deben ser honestas y además parecerlo. Lo contrario supone abonar el camino para la barbarie. Que es lo que hacen habitualmente los medios predicando con su mal ejemplo, salvo excepciones. Y aquí no se salva ni Dios. El diario *El País*, el más importante e influyente de España desde el final del franquismo, ha sido durante años tenaz fomentador de una cultura liberal y progresista, hasta que las circunstancias rodadas ponen en solfa a la monarquía posfranquista que nos tutela y se empiezan a socavar los mitos del cacareado consenso. Entonces se derrota y aparece su segunda naturaleza como bastión de las esencias de la restauración borbónica, una auténtica arma secreta de la transición, y pierde la compostura. Datos de esta perversión: metaboliza las filtraciones de la Audiencia Nacional para validar las investigaciones indiciarias del juez Garzón sobre la corrupción en el primer partido de la oposición, olvidando

«...los medios no suministran información real sobre los acontecimientos sino que regulan su tráfico, lo semaforizan, de acuerdo con lo que resulta más provechoso a cada escudería...»

que en su día censuró el sumario del GAL; utiliza informes de revistas financiadas por sectores próximos a la CIA para desacreditar al legítimo gobierno venezolano de Chávez; rechaza anuncios de *Le Monde Diplomatique* en sus páginas por incluir un trabajo crítico sobre la situación del Grupo Prisa; admite frecuentes campañas de encartes dominicales con publicidad engañosa de las inmobiliarias de El Pocero, cuando el polémico constructor era un apestado social; dedica semblanzas elogiosas al presidente de la constructora Astroc días antes de convertirse en una de las quiebras más espectaculares del sector y, suma y sigue, dedica un amplio suplemento a conmemorar el 30 aniversario del reinado de Juan Carlos, incluyendo la opinión de destacados articulistas que, como Javier Pradera, señalan sin pudor que la gran virtud del régimen surgido del 18 de Julio radica en una sabia combinación del principio monárquico y el principio

democrático. Ojo, que el diario celebraba su «coronación» como rey de España en noviembre de 1975 cuando juró «por Dios y sobre los Santos Evangelios cumplir y hacer cumplir las Leyes Fundamentales del Reino y guardar lealtad a los principios que informan el Movimiento Nacional».

Si esto es un retrato aproximado del mejor periódico de España, ¿qué alfaguara de miserias múltiples se podría relatar de muchos otros medios-panfletos, tan dis-

tantes a pesar de los pesares del promedio profesional del diario fundado por Jesús de Polanco? Por cierto, aunque oculto bajo siete llaves, ya entonces *El País* marcaba la tendencia que está terminando lamentablemente por afirmarse. El jefe de la asesoría jurídica del periódico, desde su fundación allá en los primeros años de la transición hasta hace poco, ha sido Diego Córdoba, el ex titular del Juzgado de Orden Público número 2, la circunscripción penal sumarísima y especial creada por la dictadura para perseguir a la disidencia política y social. Claro, que, según hemos conocido por la necrológica de Juan Luis Cebrían, primer director de *El País*, sobre el patrón del rotativo, éste siempre tuvo como modelo ético a su íntimo

amigo Dionisio Ridruejo, el culto ideólogo nazi que tras la caída del Tercer Reich se convertiría a la socialdemocracia, alcanzando predicamento entre la oposición al franquismo, donde destacaría por su «resistencia interior».

Cuando en 1979 François Lyotard publicó *La condición postmoderna* sobre el «fin de las grandes narraciones» y la caducidad de los valores de la ilustración, sofisma que remataría una década después Francis Fukuyama con su obra *El fin de la historia y el último hombre*, panegírico de la democracia formal como culmen civilizatorio, los medios de comunicación de masas fueron los «púlpitos» ¡en tiempo real! de esos heraldos que predicaban la definitiva entronización del mercado global. Todo estaba atado y bien atado, y cualquier disidencia o crítica era arrojada a las tinieblas exteriores como sinónimo de peligrosa herejía. De esta manera brotó el paradigma de lo políticamente correcto que nos hizo aún más ciegos.

Como respondiendo a una programa, al grito de «democracia» se de-construía la democracia y en nombre de la «libertad de información» se laminaba cualquier foco de heterodoxia previa su implacable demonización mediática. El Reino de España ha sido uno de los principales contribuyentes a esa política de tierra quemada contra

todo lo que se mueva en la izquierda social. Periódicos, revistas y editoriales como Kalegorria, Ardi Beltza, Egin y Egunkaria se han cerrado por decisión gubernativa y el apoyo clamoroso y beligerante de los restantes medios, para, una vez secado el manantial informativo, proceder al exterminio político de los antisistema. Un proceso que acaba de dar sus últimos frutos al celebrarse el pasado

marzo unas elecciones en Euskadi sin derecho al voto para casi un diez por ciento de la población. Estado de excepción de facto que no ha impedido celebrar esos comicios como un triunfo de la democracia, hasta el punto de que un conocido analista iniciaba de esta guisa su comentario el día después: «Las novenas elecciones autonómicas en Euskadi, además de apuntalar el pluralismo de la sociedad vasca, señalan un camino sin retorno» (*El País*, 11/03/09).

Hoy por hoy, en su formato elitista, privatista y autorregulado, prensa, radio y televisión se han constituido en el cuarto poder que asume la

«Hoy por hoy, en su formato elitista, privatista y autorregulado, prensa, radio y televisión se han constituido en el cuarto poder que asume la representación política vicaria (transgénica) para configurar una construcción social de la realidad vacía de acontecimientos».

representación política vicaria (transgénica) para configurar una construcción social de la realidad vacía de acontecimientos. Un continente sin contenido, una democracia sin demócratas, una historia sin memoria y una realidad sin atributos, he aquí el mérito de los medios de comunicación de masas en el siglo xxi. □

EL INDIVIDUO Y EL NACIONALISMO

□ JOSÉ RAMÓN RECUERO

Abogado del Estado en el Tribunal Supremo
Ensayista

El nacionalismo excluyente y radical es un ataque directo a la persona humana. ¿Por qué? Veámoslo. Es un hecho que el hombre, aún no siendo un dios, es lo más *digno* que existe en la creación. Es un ser moral, *libre*, ciudadano del universo, considerado éste como una sola nación. Todos los hombres somos *iguales*, y por tanto todos estamos unidos en una sociedad común, con lazos comunes y naturales, de manera que el universo, puede decirse, es nuestra patria. Naturalmente hay hombres vanidosos, egoístas, egocéntricos, ególatras en una palabra, pero no son un modelo a seguir, más bien al contrario los evitamos, con frecuencia comprobamos que no hay peor cosa que tener que convivir con un vecino malvado y egoísta. Pues bien, resulta que con los nacionalismos pasa lo mismo: de forma natural hay un nacionalismo bueno, incluso muy bueno, gracias al cual nos sentimos unidos a quienes han nacido en el mismo suelo que nosotros, ya nos fijemos en nuestra aldea, región o país, o bien en la ciudad común que es el mundo. Pero, también como en el caso del hombre, hay un nacionalismo malo, muy malo a veces. Es el nacionalismo particular de una aldea o región que pretende ser como Delfos, el ombligo del mundo. Este nacionalismo, es decir, la *autocontemplación* y *egolatría* nacionales, es en todas partes una enfermedad mental peligrosa, capaz de desfigurar y afean los rasgos de una nación, igual que la vanidad y el egoísmo desfiguran y afean los rasgos de una persona, muchos ejemplos históricos tenemos de ello.

Este nacionalismo destruye y pisotea la *dignidad humana* sencillamente porque persigue la *homogeneidad racial*, lo que es según Aristóteles una de las causas que provocan los cambios y las sublevaciones en las comunidades políticas, y con ello la exclusión de otros hombres menos dignos que los nacionalistas. Continuamente provoca más



y más *desigualdad* entre los hombres, ya que éste es su único medio de imponerse, ser *diferentes*, a diario comprobamos las rivalidades entre nacionalistas de distintos territorios de España para inclinar a su favor la balanza en detrimento del vecino. Con tal de ser diferentes los nacionalistas regulan todo, incluso cosas tales como el tamaño de la cuerda necesaria para pasear al propio perro, la forma de llevar a cabo la contemplación del paisaje, la lengua que hay que utilizar en la propia empresa, o para exhibir una película, y un larguísimo etcétera. Si les decimos que nuestra patria es el universo, contestan que eso es centralismo. Y, acaso lo peor de todo, este nacionalismo es destructivo de nuestra *libertad* justamente por eso, porque de ciudadanos del mundo pasamos a ser súbditos de una pequeña comunidad política que es rival de otras, y que para imponerse no tiene más remedio que *regular todo*. Estos nacionalismos de cortas miras intervienen continuamente en todo lo que sucede en su pequeño territorio, disparando normas sin cesar, como una ametralladora legislativa que tiene que justificar su alto costo; dando órdenes, ordenanzas y regulaciones múltiples; subvencionando lo que conviene a ellos, a los nacionalistas, a costa de fondos y tributos pagados por nacionalistas y no nacionalistas; poniendo obstáculos a quienes son de otro pueblo, hablan otra lengua, o con men-

te abierta critican la desigualdad y la exclusión... Así, poco a poco, a un aparente aumento de descentralización y autonomía, se produce una disminución de la libertad real del individuo. Ahora es ciudadano de todo el mundo... salvo de las aldeas nacionalistas. Es amigo y pariente de todos los hombres, con los que quiere constituir esa comunidad política universal de la que hablaron Vitoria y Kant... salvo los de razas supuestamente superiores, o al menos diferentes, cuya homogeneidad persiguen los nacionalistas. ¿Se comprende por qué el nacionalismo radical es un ataque directo a la persona humana?

Esta enfermedad colectiva tiene que ser combatida por el individuo. ¿Cómo? Organizando bien las comunidades políticas en las que convive: la de su casa, la vecinal, la local y comarcal, incluso la o las nacionales. Un buen sistema de leyes es esencial. Pero a su vez éste se basa en el desarrollo de un sano y buen nacionalismo con el que no haya dominadores excluyentes, amos y súbditos, sino concordia, amistad y solidaridad. Esta higiene mental requiere en nuestro caso una *regeneración de España*, para que todos los que en su suelo hemos nacido gocemos de la misma dignidad, libertad e igualdad. Y eso, es lógico, nunca lo harán los nacionalismos egocéntricos, por definición. La pasión no obedece a la razón, y los hombres combaten no sólo por las cosas que creen necesarias, a veces lo hacen simplemente para saciar sus deseos o ansiedades, como es convertirse en un nuevo Delfos. Pero aunque haya quienes no lo oigan, o no quieran oírlo, los ciudadanos del mundo necesitamos estabilidad, necesitamos *un proyecto coherente para nuestra vida futura en común*, y los conflictos aparentes no son útiles, al contrario, tienen más desventajas que ventajas y debilitan a todos. No son razonables porque el mundo no va por ahí, tiende a la unión, a la globalización en sentido kantiano; pues hay que recordar que Kant propugnaba un pacto entre naciones para conseguir una unión mundial, única forma a su juicio de conseguir la paz perpetua. No son útiles porque la Unión Europea, a la que pertenece España, se está convirtien-

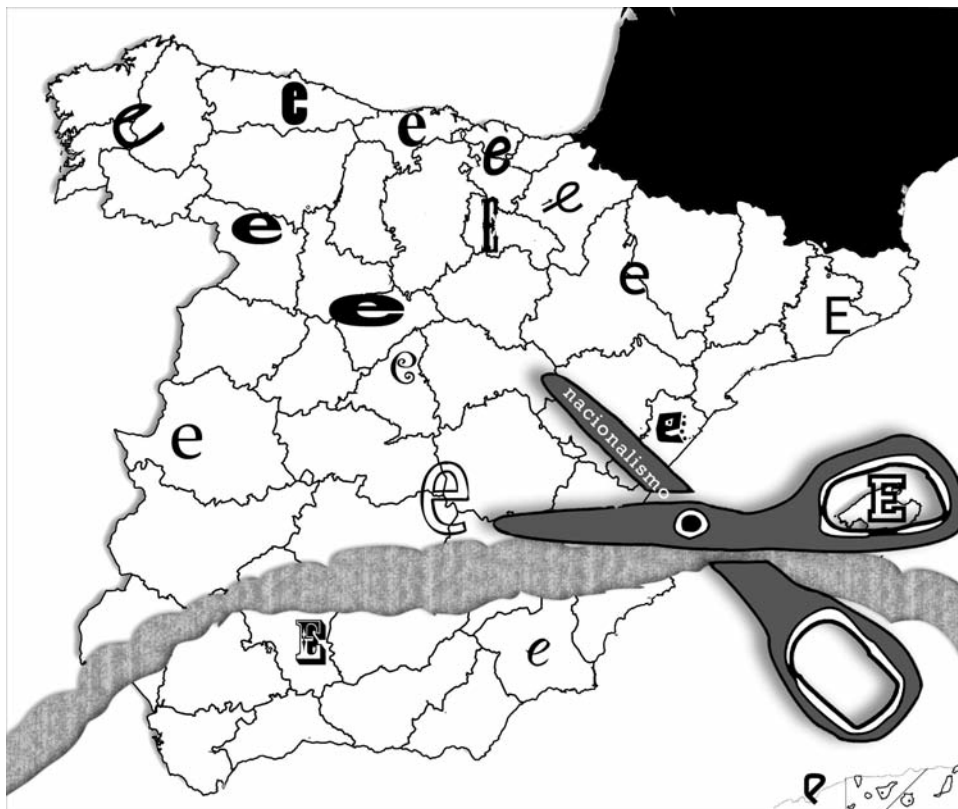
do en una Federación de Estados, y una España dividida, rota, o simplemente conflictiva, debilitaría mucho nuestro peso en la Unión. Y los conflictos y traumas artificiales creados por nacionalismos excluyentes son absolutamente irracionales porque son peligrosos, pues está demostrado que las frustraciones psíquicas con frecuencia salen fuera, y se convierten en extra-psíquicas, provocando que la persona reaccione violentamente contra su entorno ambiental o social.

Por todo ello la única esperanza del individuo español es que algún día, en alguna parte, se produzca *un gran pacto* entre quienes no consideran que hay nacionalismos superiores y excluyentes. El cáncer está dentro del propio cuerpo político español, pues aquellos que quieren des-

truirlo lo están utilizando, y lo utilizan para eso, para eliminarlo. Extirpemos el cáncer, no dejemos que manejen la cosa pública *relativa al todo* aquellos que quieren destruir ese todo, ni que sean determinantes de las decisiones que afectan a la totalidad. Es lo más democrático. En una comunidad el fin que se persigue es muy importante, y es de locos o suicidas admitir que los que queremos dignidad, libertad e igualdad cooperemos con los nacionalismos egocéntricos.

Si queremos vivir bien, en paz y en progreso, los españoles debemos aplicar nuestra prudencia (esa prudencia para construir Comunidades políticas que Aristóteles llamaba «prudencia arquitectónica») para organizar nuestro proyecto en común de forma lógica, coherente y estable. Y todo está ya inventado, el único camino es establecer un buen sistema de leyes. ¿Cómo? Una comunidad de hombres libres que, no obstante, tienen leyes comunes, únicamente puede erigirse o modificarse por eso que Kant llamaba la Voluntad popular universalmente unida, y Rousseau la Voluntad General. Voluntad que se compone en democracia mediante la participación de la voluntad individual de todos los ciudadanos, conformándose así la «voluntad popular» de la que habla la Constitución española, voluntad del pueblo español que es depositaria de la soberanía nacional, y de la que emanan los poderes del Estado (Preámbulo y art. 1.2 de la CE). En con-

«Esta higiene mental requiere en nuestro caso una *regeneración de España*, para que todos los que en su suelo hemos nacido gocemos de la misma dignidad, libertad e igualdad»



secuencia el artifice de nuestras reglas de conducta libre somos todos, juntos, no cada comunidad parcial (autónoma) por su cuenta.

La conclusión parece obvia: lo que protege al individuo, lo democrático además, es que la construcción del Estado de las Autonomías, o como queramos llamarlo, la hagamos *todos los españoles a través de las Cortes*, no los nacionalistas en cada comunidad autónoma por su cuenta y riesgo. Construcción que requiere un *gran pacto*. No un simple acuerdo entre partidos políticos, sino un *gran pacto de Estado* en el que participen todos los españoles. Un pacto que dé solución definitiva y duradera a los nacionalismos de aldeas, villas, pueblos y regiones, para que no disputen continuamente (a costa del individuo) sobre lo tuyo-mío. El gran problema radica en los intereses creados, la situación actual tiene unas fuertes barreras de salida y encauzarla requerirá vencer lo que Friedman ha llamado la *tiranía del statu quo*. No es fácil levantar la mirada de lo particular y pen-

sar en la persona como miembro del universo. Pero si lo intentamos, si antepone el interés de cada persona, pensando que ella es única, digna, libre, igual a las demás, si así lo hacemos, está claro: ese *gran pacto* debe dar solución definitiva, permanente y duradera en el tiempo a los nacionalismos radicales, cerrando así las eternas disputas entre ellos. Unas leyes sabias son sin duda el regalo más valioso que podemos dejar a las generaciones futuras, pues con ellas podrán vivir en paz. Y nosotros, cabe decir, gracias a ellas no permitiremos que nos mande un hombre nacionalista, sino la razón y la naturaleza, porque el hombre manda en interés propio y así se convierte en un tirano; mientras que la naturaleza y la razón sin deseo atienden a la justicia política o total, que es la que preserva la libertad, la igualdad y la dignidad para todo ser humano. Sólo así las personas de carne y hueso sentiremos que, como bien dijo Cicerón, el mundo es la ciudad común de todos los hombres. □

GRANDEZA Y MISERIA EN LA POLÍTICA: RESISTENCIA O SUMISIÓN

■ **JUAN MANUEL CABRERA SANTANA**

Maestro de escuela. IEM Canarias.

No tenemos en nuestras manos soluciones para los problemas del mundo.

Pero frente a los problemas del mundo, tenemos nuestras manos.

Llamamos política al proceso que se desarrolla en toda comunidad humana en aras a armonizar y propiciar dos principios antropológicos de la persona, el ansia de libertad y el afán de igualdad. Este proceso se concreta en la armonización de normas de convivencia y leyes que obligan a todos. Por tanto la piedra angular de la política es la justicia.

La justicia a la que me refiero no hay que entenderla solamente en términos jurídicos que nos remiten al derecho positivo y necesariamente a lo que es legal o ilegal. La justicia en la política nos remite a la ética: lo que debe y no debe ser para que la persona en comunidad pueda vivir en libertad e igualdad. Si la justicia en la política nos remite a la ética, la política es cosa de personas justas.

En las sociedades democráticas, la justicia se elabora y conforma en los Parlamentos, donde reside la soberanía popular. Y los que deciden la justicia tienen un poder superior a los que no la deciden. El ejercicio del poder es un elemento innato a la política. El poder es inherente a todos los sistemas sociales y a todas las relaciones humanas y, en sí mismo, no es ni bueno ni malo de por sí.

La concentración excesiva de recursos de poder tiene consecuencias calamitosas en toda comunidad humana. En septiembre de 1935 Hitler promulgó en Nuremberg una serie de leyes muy agresivas contra los judíos. La «Ley de ciudadanía del Reich» privaba de derechos políticos a quienes no poseían «sangre alemana y afín», y les reducía a simples súbditos del Estado. La «Ley de defensa de la sangre» prohibía los llamados matrimonios

mixtos. Otras leyes impedían, por ejemplo, a las mujeres «árias» que trabajaran como sirvientas en hogares judíos. Seis años más tarde promulgó el decreto de la estrella amarilla: todos los judíos debían llevar aquella señal cosida en sus ropas para seguidamente ordenar el desalojo de los mismos de las «casas árias».

Ahora bien si la concentración de poder en unos pocos es perversa, no menos lo es la nula o escasa concentración de recursos de poder. Hoy el Congo padece un gobierno débil propiciado por gobiernos de países enriquecidos para que las grandes multinacionales expolien los recursos naturales de la zona, no teniendo reparos en utilizar parte de sus beneficios en financiar guerrillas y bandas armadas, propiciando un genocidio que ha causado más de cinco millones de personas asesinadas. Mientras el Congo no tenga un gobierno fuerte las multinacionales podrán seguir robando y las bandas armadas seguir matando.

Quien quiera «meterse en política» también debe saber que es esencial a la política el poder, y al poder la dominación y la violencia. Ahora bien la política como ejercicio de poder no hay que confundirla con la ambición de poder personal. El ejercicio del poder como servicio a la comunidad es sacrificio, entrega, tiempo, y deberíamos sospechar de aquellas personas que se dan codazos para ir en listas electorales en puestos de salida. En la vida cotidiana nadie da empujones para hacer un sacrificio personal.

La persona que tenga vocación de ejercer política en las instituciones públicas debe saber que el poder es como el estiércol, que amontonado es putrefacto, pero es bueno cuando está extendido.

Si la política es cosa de personas justas sin ambición de poder personal, la comunidad debe elegir libremente a personas con esas características para que tengan

responsabilidades de buen gobierno en una convivencia pacífica, puesto que todos no podemos hacer todo, debemos delegar asuntos del común y tareas concretas en servidores de la comunidad.

Para que las personas justas y sin ambición de poder personal tengan legitimidad para tomar decisiones sobre el buen gobierno necesitan ser elegidos libremente por todos los miembros de la comunidad a la que tiene que servir. En nuestra democracia esta legitimidad se busca en elecciones electorales periódicas.

En las campañas electorales diversos partidos presentan candidaturas para gobernar por un tiempo determinado. Lo más habitual es que una persona que quiera «meterse en política» se afilie a un partido. El término partido tiene dos acepciones semánticas que se oponen, etimológicamente viene del latín *partire* (partir) cuya traducción es dividir una cosa en dos o más partes, y también partido se denomina a un grupo de personas que siguiendo una misma opinión se organizan para gobernar las cosas del común. En ambas acepciones, si es partido es parte, y si es parte no representa al todo y, lo más importante, su condición de parte le subordina al todo.

El partido político tiene dos tentaciones, la primera el pensar que sus ideas y proyectos son los que harán a la comunidad vivir en felicidad, y que no tiene por qué ponerlas en dialéctica y diálogo con las ideas y proyectos de los demás partidos. Esto lleva al fanatismo y a la desintegración de la convivencia. La segunda tentación es pensar que sus ideas y proyectos son las que tienen que implantarse necesariamente en la comunidad para que consiga la felicidad. Esto lleva al autoritarismo. No olvidemos que un solo partido oprime, dos son la confrontación permanente y muchos son una posibilidad de libertad.

Hoy la política se nos presenta como encarnizada lucha por desalojar del poder a los que están, para ocupar sus poltronas. El partido que no tiene el poder trata de conquistarlo, y el que acapara el poder conservarlo y aumentarlo, mediante cualquier medio, sin excluir, cuando resulten los más eficaces el pisoteo de la dignidad humana, el desprestigio personal y la mentira que repetida insistentemente se convierte en verdad popular.

En esta lucha desencarnada y sin reglas de juego, los partidos políticos y los medios de comunicación social juegan un papel fundamental. Ambos han dejado de ser canales de creación de debate y diálogo que eleve a la comunidad a la altura de la estatura humana. Al contra-



rio son auténticos obstáculos que hacen casi imposible la creación de una opinión pública responsable alternativa.

Si hacemos el ejercicio de analizar durante varios días los principales asuntos de debate que aparecen en los medios de comunicación social del país, descubriremos que fuera de lo que plantean los dos grandes partidos políticos apenas hay grandes debates.

Si hacemos un análisis más profundo veremos que no hay diálogo sobre ideas sino slogans, no veremos rostros con quien identificarnos de manera auténtica, sino máscaras.

El círculo se cierra cuando de manera interesada se identifica a la opinión publicada con la opinión pública. Lo que no aparece en los medios de comunicación social no existe.

Lo que prima hoy en la política es la negociación y el pacto, que siempre responden a planteamientos estratégicos o tácticos, cuando la política debe ser diálogo y negociación que es lo propio de una racionalidad comunicativa.

Esta realidad no debe llevar a la persona que quiera participar en política a huir de los partidos políticos. Al contrario, que nos sirvan las palabras de Emmanuel Mounier: «Si toda acción nos introduce en un mundo de datos preexistentes, no hay jamás una acción completa-

mente pura. Todas las situaciones son situaciones impuras, mezcladas, ambiguas y de hecho desgarradoras». «Querer obrar y no abandonar nada sus principios o no mancharse las manos es una contradicción en los términos: expresa un fariseísmo egocéntrico, más apegado a su propia imagen que al destino común de los hombres».

Los partidos políticos son instrumentos fundamentales para aglutinar mayorías sociales y para que en un régimen democrático no se perpetúe en el poder una minoría privilegiada. Y en cualquier caso aunque la Ley d'Hont convierte en mayoría parlamentaria una minoría social, no es menos cierto que el único sistema que puede oponerse al de la mayoría es la fuerza, algo no recomendable.

Ya tenemos una persona justa, sin ambición de poder personal, que a través de un partido político llega al poder.

Si tienes el poder, te aconsejo que no lo acapares egoístamente, acuérdate del estiércol, sólo expandido es bueno.

Si tienes el poder, formas parte de una mayoría parlamentaria, pero debes saber que eso no significa necesariamente que esa mayoría responda a una mayoría social.

Si tienes el poder, no confundas lo verdadero y lo justo con el resultado de una votación que siempre gana la mayoría. Algunas veces la mayoría esconde corrupción y se ampara en el número de votos para esconderla.

Utilizas bien el poder si basas tu voto en el resultado de la discusión y el debate. El voto es el resultado de

una discusión que siempre afecta a toda la comunidad para bien o para mal. Tu voto o tu decisión en el ejercicio del poder sólo es tolerable en la medida en que la minoría que no ostenta ningún tipo de poder pueda inclinarse sin desmerecer y someterse a tu decisión sin derivar en avasallamiento. Tu respeto a la minoría es el respeto al derecho y a la libertad.

Si tienes el poder y en la plaza pública una mayoría te pide que crucifiques a un hombre bueno, no te laves las manos. Lo bueno y lo justo no siempre responde a una voluntad mayoritaria y mucho menos a encuestas de opinión.

Si tienes el poder no trates de administrar el sistema en aquello que es injusto para los más pobres, actúa con flexibilidad sin caer en la infidelidad, practica el arte de arriesgar en la búsqueda del bien común. No seas un realista compulsivo, no te rindas, recuerda que las cosas son imposibles hasta que alguien que no lo sabe va y las hace.

Si tienes el poder y tienes que adecuar tus deseos de servicio a la comunidad a condicionantes que vinculan a tu autoridad, no te preocupes de rebajar tus ansias, lo que nunca debes hacer es traicionarlas.

Si tienes el poder, no pierdas la utopía, no como algo ilusorio que usamos para evadir nuestras frustraciones sino como esperanza en la que nos proyectamos con voluntad de hierro.

Si tienes el poder, te sacrificas por la comunidad y eres feliz porque haces una labor desinteresada. No te conviertas en un privilegiado. No te perpetúes en él. Dale paso a otra persona para que tenga la suerte de ser feliz como tú lo has sido sirviendo a la comunidad. □

«Si tienes el poder, te aconsejo que no lo acapares egoístamente, acuérdate del estiércol, sólo expandido es bueno. Si tienes el poder, formas parte de una mayoría parlamentaria, pero debes saber que eso no significa necesariamente que esa mayoría responda a una mayoría social.»

RESISTENCIA Y SUMISIÓN EN EL MEDIO LABORAL

▣ **PACO ZUGASTI**
Sindicalista

En ningún lugar de nuestro quehacer cotidiano se viven, se sufren, las relaciones de opresión-sumisión como dentro de la empresa privada. «La empresa es mía y aquí se hace lo que yo mando» es proclama patronal al uso. Y no les falta razón, porque ese absurdo despropósito contra natura es lo que amparan las leyes cuando defienden y sacralizan la propiedad privada de los medios de producción.

Estos son los poderes del patrón: despedir, contratar, sancionar, ascender, degradar; decidir en suma sobre la vida y la estima de otras personas con absoluta arbitrariedad, con tímidas limitaciones legales que no alcanzan ni de lejos a garantizar el respeto a la dignidad de las personas en el ámbito laboral.

Son las relaciones de poder, más que las de producción, las determinantes del abismo entre clases. Quienes tienen el poder, que además poseen los medios de producción o están al servicio de ellos, deciden sobre la suerte y la vida de los desposeídos.

Recuerdo haber leído que los ejecutivos de las grandes empresas dedican apenas el 30 por ciento de su jornada de trabajo propiamente a trabajar, el resto es pasilleo, zancadilleo, despacheo, lucha por el poder en fin. ¡Ojala dedicaran al menos un 30 por ciento del tiempo a currar!, me dijo cuando le pregunté sobre esto a un propio que los conocía bien, no en vano se dedicaba a la selección de directivos.

Son precisamente estos ejecutivos indolentes, cuando no lo hace directamente el patrón, quienes someten a los trabajadores a través de mecanismos de dominación más o menos sutiles. Estos son los mecanismos de control, ejercidos directamente por el patrón, en los menos de los casos, o indirectamente a través de gerentes, capataces, mandos intermedios en general, que



forman parte de una estructura jerárquica de corte cuasi militar. Este control sobre las personas que trabajan es posible por la amenaza permanente a perder el único medio de sustento propio y de personas queridas que dependen del mismo. Bien mirado y entendido es como una tortura psicológica permanente que anula la propia voluntad de la persona que trabaja en una relación de dependencia.

El miedo al desamparo, a la miseria y al consiguiente dolor, está siempre presente en las relaciones laborales de dependencia, características de los sistemas capitalistas, tanto da si privados o estatales. Es ese miedo permanente, más o menos evidente en según qué condiciones de tiempo y lugar pero siempre latente, el que conduce a la sumisión. El poder que las leyes otorgan al que se posesiona y apropia de los medios del común se ejerce unas veces a látigo y otras a sugestión; someter seduciendo es el formato que adquiere la opresión de los modernos. «Practique buenas maneras cuando atice el varapalo —canta Serrat— que usted será lo que sea, escoria de los mortales, un perfecto desalmado pero con buenos modales».

De nada valdrían sus leyes si no las respetáramos, pero ¿por qué las respetamos sabiéndolas injustas? Será que todo el aparato del poder está orientado a lograr la sumisión de los mortales, eso sí con buenos modales. Para ello controlan y seleccionan la información que nos llega porque el poder controla también los medios de comunicación, lo que les permite manipular la pública opinión, otra falacia autoritaria.

El aislamiento y la incertidumbre se alían con el adoctrinamiento permanente que se ejerce sobre la clase desposeída, para venir a concluir en la popularización de una sarta de mentiras, mil veces repetidas para que pa-

rezcan verdad: que «siempre hubo ricos y pobres», que «siempre ha sido así», que «nada se puede hacer», que «nada cambia, todo permanece», y otros fatalismos fallaces por el estilo. «¡Por su propia seguridad: permanezcan asustados!», hace decir El Roto a un vocero desde un estrado.

Pero la sumisión forzada no supone la aceptación de la misma. Se puede, y se debe, mantener una actitud de resistencia personal, de rebeldía incluso, frente al poder opresivo que otorgan las leyes al capital. Pero no se sostiene, ni adquiere eficacia, si esa resistencia no se suma con otras y se hace colectiva. La unión es la fuerza de los débiles, de los desposeídos, y así lo entendieron los pioneros del movimiento obrero.

Las primeras sociedades obreras sobre las que germina el movimiento obrero se constituyen como sociedades de resistencia y ayuda mutua, son organizaciones que surgen desde abajo, desde el tajo, y que tienden a federarse para reforzarse y afrontar la lucha resistente contra los abusos del capital que aparece investido de omnímodo poder.

En el Congreso de Basilea de la Internacional (1869) se anima a todos los trabajadores a formar sociedades de resistencia en los diversos gremios y la Federación que en España precede a la CNT, y que se constituye al comenzar el siglo xx, es, precisamente, una Federación de Sociedades de Resistencia.

De la federación o unión de sociedades obreras de resistencia surgen los sindicatos que, andando el tiempo, toman derivas diferentes. Hay quienes mantienen activa la resistencia al capital y a cualquier forma de opresión, y quienes se acomodan al sistema, no lo ponen en cuestión, abandonan la resistencia y se institucionalizan. Este colaboracionismo es la sumisión, antítesis de la resistencia, de la lucha por la libertad, que no es privativo del ámbito sindical.

La sumisión es una tentación siempre presente, la búsqueda de un refugio de seguridad aparente lleva a muchos sindicalistas a convertirse en supuestos mediadores que, a la postre, acaban ejerciendo de gestores empresariales poniendo coto y freno a la rebeldía laboral. Permanecer en la resistencia es duro y tiene costes

personales; se paga con cárcel, destierro e incluso la vida en los momentos más duros; con exclusión, marginación, sanción o despido, en los mas suaves. Pero mantenerse en la resistencia es vivir con libertad y quien experimenta la libertad no puede renunciar a ella.

Es por eso que la historia del movimiento obrero está llena de personas que han sido objeto de todo tipo de represión. Aún hoy hay países en que optar por la resistencia sindical supone un riesgo para

la propia vida. De ahí que resulte particularmente indignante ver a gentes en nuestro entorno que han hecho del sindicalismo su acomodo profesional, usado con frecuencia como trampolín para escalar a un puesto político o empresarial.

Esta deriva del sindicalismo hacia el colaboracionismo institucional no ocurre por casualidad, la actitud resistente se pierde cuando se pierde la finalidad de la misma; si no pervive esta conciencia no hay fuerza para sostenerla. La resistencia no puede constituir un fin en sí misma, resultaría extenuante si así fuera. Se puede mantener una actitud resistente siempre que haya un norte que la fundamente. La finalidad de la resistencia es la libertad y, en el ámbito del movimiento obrero, la emancipación, que no es más que la liberación de la persona de la opresión y de la explotación consustanciales a las sociedades capitalistas. Resistir para posibilitar la transformación social para poder vivir en paz, en equilibrio de poderes, en armonía humana personal y social. □

«Pero la sumisión forzada no supone la aceptación de la misma. Se puede, y se debe, mantener una actitud de resistencia personal, de rebeldía incluso, frente al poder opresivo que otorgan las leyes al capital.»